



UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE PSICOLOGÍA  
CIUDAD UNIVERSITARIA



“LA SOCIALIZACION EN EL PODER”

T E S I S

PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN PSICOLOGÍA  
P R E S E N T A N  
PEDRO OROZCO GÓMEZ  
ERIKA MARÍA DE JÉSUS PÉREZ GARCÍA

DIRECTOR DE TESIS: MTR. JOSE FRANCISCO FERNÁNDEZ DÍAZ

ASESOR: DR. PABLO FERNÁNDEZ CHRISTLIEB  
UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO.



CIUDAD DE MÉXICO, MÉXICO

EXAMENES PROFESIONALES  
FAC. PSICOLOGÍA.

2001



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la Universidad Nacional Autónoma de México por su  
contribución a nuestra formación y por haber distinguido la  
investigación:  
“La Socialización en el Poder”  
con el otorgamiento de su Beca Tesis, lo cual significó un  
poderoso incentivo para ambos.

Gracias

Pedro Orozco Gómez  
Erika María de Jesús Pérez García

Con cariño, respeto y admiración para la  
Maestra Graciela Aurora Mota Botello.

Pedro Orozco Gómez  
Erika María de Jesús Pérez García

## AGRADECIMIENTOS

Al Maestro José Francisco Fernández Díaz y  
al Doctor Pablo Fernández Christlieb por  
haber creído y apoyado el presente proyecto  
de investigación.

Pedro Orozco Gómez  
Erika María de Jesús Pérez García

Una mención especial a los profesores-investigadores de El  
Colegio de México: Rogelio Hernández Rodríguez,  
Lorenzo Meyer Cosío y Nelson Minello Martini  
por haber mostrado interés hacia nuestro proyecto; por su  
tiempo, críticas y opiniones que nos sirvieron para dar cauce a  
nuestras motivaciones.

Gracias

Pedro Orozco Gómez  
Erika María de Jesús Pérez García

Por su valioso tiempo, atinados comentarios y  
apreciado apoyo con afecto a nuestros  
maestros: Jesús Felipe Uribe Prado  
y Sofía Rivera Aragón.

Gracias

Pedro Orozco Gómez  
Erika María de Jesús Pérez García

A Erika mi incansable compañera de mil batallas.

A ti Pedro, que me enseñaste que la vida no es vivir en la cima de la montaña, sino el trayecto que vivimos en la escarpada.



*"Por eso mismo sitúo en primer lugar,  
como inclinación general de toda la humanidad,  
un deseo perpetuo e insaciable de poder tras poder,  
que sólo cesa con la muerte".  
Hobbes. "Leviatán", parte I, Capítulo XI.*

## LA SOCIALIZACIÓN EN EL PODER

### INDICE

	Página
Introducción .....	1
Capítulo I. El Poder	
1.1 Definición de poder .....	12
1.2 Orígenes	
1.2.1 Nicolás Maquiavelo .....	14
1.2.1.1 Método .....	16
1.2.1.2 La teoría del hombre .....	18
1.2.1.3 Los valores .....	20
1.2.1.4 Conflicto y corrupción .....	23
1.2.1.5 Gobierno y política .....	25
1.2.1.6 Significación e influencia .....	29
1.2.1.7 Reflexiones sobre Nicolás Maquiavelo .....	30
1.2.2 Thomas Hobbes .....	52
1.2.2.1 Algunas palabras entorno a Thomas Hobbes .....	62
1.2.3 Max Weber .....	76
1.2.3.1 Tipología de la dominación .....	79
1.2.3.2 Tipos de dominación .....	83
1.2.3.3 Una revisión al concepto de poder de Max Weber .....	91
Capítulo II. La Socialización	
2.1 Una revisión preliminar del problema .....	94
2.2 Concepto de socialización .....	101
2.3 El lugar del sujeto en el proceso de socialización .....	107
2.4 La socialización política	
2.4.1 El concepto de socialización política .....	116
2.4.2 Modelos de socialización política .....	121
2.4.3 Los agentes de socialización .....	124
Capítulo III. Socializando por el Poder	
3.1 Antecedentes .....	128
3.2 ¿Por qué razón participan las personas en la política? .....	136
3.3 La familia .....	140
3.4 La escuela .....	143
3.5 Los amigos .....	145
3.6 Los maestros .....	154
3.7 Los valores para socializar en el poder .....	159

Capítulo IV. Una Democracia de Elegidos	
4.1 Origen de la presencia de los técnicos .....	167
4.2 Tecnocracia: origen, características y conceptos .....	174
4.2.1 Tecnocracia e instituciones políticas .....	183
4.2.2 Tecnocracia, racionalidad, legitimidad e ideología .....	190
4.2.3 Tipología del tecnócrata .....	199
4.3 El asalto al poder .....	203
Conclusiones .....	213
Fuentes .....	226

## INTRODUCCIÓN

Las relaciones entre psicología y política han sido tan escasas como (mutuamente) recelosas. Lo que no ha impedido, que los más ilustres tratadistas de la política, como por ejemplo Maquiavelo y Hobbes, hayan formulado en sus escritos acertadas observaciones sobre la naturaleza "psicológica" de los individuos.

Verdaderamente, sería difícil exponer en qué medida los teóricos de la política de los 25 siglos pasados se han preocupado de las relaciones de poder y autoridad más allá de su significación moral y práctica para cualquier persona interesada en la vida política, como observador o como activista. Se considera corrientemente que cierta comprensión del poder es indispensable para la aprehensión moral o ética de los sistemas políticos. Desde fecha muy temprana, ciertamente desde Platón (y probablemente antes) los hombres se han inclinado a pronunciarse sobre la deseabilidad relativa de los diferentes tipos de sistemas políticos en función, entre otras características, de las relaciones de poder y autoridad en dichos sistemas. Además, la *acción* inteligente para producir un resultado de cualquier tipo en un sistema político, tal como un cambio en el derecho o en la política, una revolución, o la normalización de un conflicto internacional, exige saber cómo producir o "causar" estos resultados. En la acción política, como en otras esferas de la vida, se tratan de producir los resultados que se desean actuando apropiadamente sobre las causas.

En consecuencia, hay muy pocos trabajos formalmente históricos sobre las relaciones entre psicología y política. Entre los precursores se encuentran aquellos autores clásicos, cultivadores de la Filosofía Social y Política que trataron asuntos relacionados con la conducta política. Son particularmente interesantes quienes construyeron su Filosofía Política a partir de una adecuada teoría psicobiológica de la naturaleza humana como Maquiavelo y Hobbes.

De lo anterior se desprende parte de nuestro interés por cultivar y contribuir a ensanchar la investigación que sobre estos temas existe en la disciplina psicológica. La razón por la cual deseamos realizar este trabajo de investigación y análisis documental, se expresa claramente en las palabras que Graciela Mota incluyó en el libro de *Psicología Política del Nuevo Siglo: una ventana a la ciudadanía* (1999):

“...psicología y política se unen para describir una tradición de investigación que enfrenta los retos por caracterizar la transición del Estado Nacional en el contexto de la globalización, en el ámbito de los grandes cambios que gestan retos y oportunidades, pero también enormes rezagos y resentimientos para el espacio histórico del próximo siglo”.

A la Psicología Política se le puede precisar con una *definición efectiva*, aquella que, de hecho, producen sus cultivadores y que recogen en sus manuales, revistas, actas de congresos, etc. La definición efectiva no plantea demasiados problemas epistémicos. Se trata de revisar lo publicado y someterlo a codificaciones más o menos complicadas. Todo eso está fácilmente disponible y cuyo análisis, como es obvio, ofrece una objetiva prueba de cuáles son los asuntos

que merecen el interés de los “psicopolitólogos” como puede advertirse junto a temas clásicos: socialización política, el problema del poder, personalidad y política, cultura política, consensos democráticos, pensamiento social, agentes de influencia, etc.

Respecto a la *definición intencional*, muy pocos especialistas se han arriesgado a proponer fórmulas y, ciertamente, las disponibles -por ser tautológicas en muchos casos-, son escasamente aclaratorias. Algunos de estos ejemplos nos los brindan: Deutsch (1983, pag.240): “La Psicología Política tiene por objeto el estudio de la interacción de los procesos políticos y psicológicos”. Parecida expresión utiliza Iyengard (1993, pag.3): “La Psicología Política es un campo de investigación en la intersección de la ciencia Política y la Psicología”. Y finalmente Barney-Barry (1985, pag.7): “La Psicología Política es el estudio de la actividad políticamente relevante en relación con el ambiente dentro del cual tiene lugar”. Independientemente de la definición que pudiera utilizarse, lo cierto es que con trabajos como este buscamos integrar de forma cotidiana, la discusión de temas políticos, a los que como nosotros los protagonizamos para darles voz pública por medio de la figura de la civilidad.

Al aproximarnos al estudio de la política por medio del análisis del poder damos por supuesto, al menos minimamente, que las relaciones de poder figuran entre los aspectos significativos de un sistema político. Esta suposición, y en consecuencia el correspondiente análisis de poder, se puede aplicar a cualquier tipo de sistema político (internacional, nacional o local), a las asociaciones y grupos de diversos tipos (tales como la familia, las instituciones educativas o las empresas), así como a los cambios históricos. En uno de los extremos, un análisis del poder puede postular simplemente que las relaciones de poder constituyen una

característica de la política junto a cierto número de otras, aunque lo suficientemente importante como para ser destacada y estudiada. En el otro extremo, se puede sostener que el poder distingue a la "política" de cualquier otra actividad humana. Para los estudiosos de esta corriente, la "ciencia política, como una disciplina empírica, es el estudio de la configuración y reparto del poder" (Lasswell y Kaplan, 1950).

En cualquier caso, como analistas damos por cierto que las diferencias entre los sistemas políticos, o los cambios profundos dentro de una misma sociedad, pueden ser interpretados como diferencias en la forma en que el poder se distribuye entre los diferentes individuos, grupos u otras unidades. El poder puede estar relativamente concentrado o difundido, y la parte de poder que tienen los individuos, estratos, clases, grupos profesionales, grupos étnicos, raciales o religiosos, etc., puede ser relativamente grande o pequeña. El análisis del poder tiene, pues, que ocuparse a menudo de la identificación de las élites y del liderazgo, del descubrimiento de los caminos por los que el poder llega a los diferentes estratos, relaciones entre los líderes, y entre estos y los no líderes, y así sucesivamente.

En esta aproximación a la política mediante el estudio de las relaciones de poder damos por sentado que todo el mundo busca el poder como el valor más alto. El análisis del poder implica lógicamente una presunción psicológica particular. Algunas veces, la crítica a las investigaciones sobre poder se fundamenta en que existe una supuesta presunción de que la búsqueda del poder es moralmente buena o, en cualquier caso, de que no debería ser condenada. Sin embargo, cuando esta carrera por el poder abre espacios cada vez más grandes a la desigualdad y la exclusión de grandes sectores de la población mundial no sólo ha diferenciado la

distribución de la riqueza; sino que ha hecho que la política deje de ser asunto de la "polis" y pase a manos de unos cuantos hombres, privándonos de la posibilidad de hablar con palabras que tengan el mismo significado de los problemas comunes y hechos reales que vive nuestro país, por lo que sólo resta darle el calificativo moral que la colectividad siente que la política (y su intrínseca búsqueda de poder) se ha ganado.

Esta serie de inquietudes nos condujeron a llevar a cabo la presente investigación y quisimos hacerla tomando como punto de partida lo que los científicos sociales conocemos como *socialización*. Toda esa serie de complejas influencias recibidas por los funcionarios mexicanos que los han conducido a los puestos de dirección (más no de crecimiento o desarrollo) de un país, y vincular este concepto al de *poder*, con el fin de fusionar ambas disciplinas en la práctica, es decir, arrojar datos que contribuyeran a dar a conocer *cómo se socializa en el poder*. Para profundizar el conocimiento sobre este proceso nosotros tuvimos que elegir seguir uno de dos caminos concebidos ampliamente. Primero, si se utilizaban fuentes documentales o datos estadísticos nosotros como científicos sociales podíamos describir los resultados de la política gubernamental y atribuir valores y metas a los hombres que la plasmaron. O, segundo, podíamos intentar, si utilizábamos una metodología tomada en parte de la tradición de la historia oral, conversar con muchos de los actores que participaron en este evento social y político, procurando registrar y analizar sus opiniones sobre sus actividades y valores, así como sobre las decisiones que tomaron en su momento político.

Pero como es bien sabido por todos, el segundo camino resulta más complicado que el primero, ya que en México los estudiantes no contamos con la disponibilidad de los funcionarios



mexicanos para concedernos una entrevista y menos aún, si esta desea profundizar sobre su pasado político. La excepción a este impedimento la tiene Jorge G. Castañeda en su libro *La Herencia: arqueología de la sucesión presidencial* (Extra-Alfaguara:1999). Ningún enfoque es en esencia mejor que el otro. Sin embargo, nosotros elegimos utilizar fuentes documentales para proporcionar una perspectiva poco usual sobre los líderes políticos mexicanos que han dejado su huella en nuestro tiempo. Fue de esta manera como nos percatamos que nuestra investigación encajaba dentro de una de las ocho diferentes áreas de injerencia de la psicología política definida como sigue:

“La **psicología política como método**” está dirigida a hacer inteligible, comunicable, tematizable y conversacional, el interés por profundizar e interpretar, el papel de la diferencia, en los hechos que se suceden al fin del milenio” (Mota, 1999).

Pues esta definición resumía nuestras más entrañables motivaciones que nos conducían a desarrollar este trabajo.

Con tal propósito realizamos, primeramente, una revisión de las principales fuentes de información bibliográfica, tanto en lo que se refiere propiamente a los tipos de productos informativos de grado y posgrado (libros, artículos en publicaciones periódicas, etc.) como en lo referente a los lugares o las instituciones en que se les localiza (bibliotecas, centros de documentación, hemerotecas, librerías etc.). En este mismo orden hicimos la revisión de literatura que comprendió lo clásico y lo reciente, lo nacional y lo extranjero, lo teórico y lo investigativo, que se relacionara directamente al tema de “la socialización y el poder”; así como algunos tópicos que indirectamente se vincularon con él, por ejemplo, las élites en México y cuya consideración devino significativamente a nuestro trabajo. Para lo anterior elaboramos un

esquema de contenido en el que identificamos los principales temas y subtemas relacionados con la problemática y el objetivo de nuestra investigación: *¿cómo (pueden y deben) socializar los mexicanos que desean alcanzar el poder?*, de modo que dicho esquema pudiera orientar nuestro proceso de búsqueda bibliográfica.

Lo que motivó nuestro interés por este tema fue dar respuesta especialmente a la pregunta anterior, sin embargo con ella surgieron otras más como las siguientes: ¿Qué es el poder? ¿Cómo ha evolucionado el poder históricamente? ¿Qué es la socialización? ¿Cuáles son los agentes y productos de la socialización? ¿Cuáles son las normas y valores para socializar por poder en México? ¿De qué manera influyen la familia y los amigos para llegar al poder? ¿Cómo repercute la elección del centro educativo y de la carrera para socializar en el poder? ¿A qué se refiere la diada *mentor-discipulo*? ¿Por qué rigen la democracia en México los más altamente educados? Éstas son algunas de las preguntas que guiaron este estudio. Sin embargo, es necesario decir que el intento de responderlas lo consideramos más como una tarea exploratoria y de contribución a las investigaciones en este campo, que como una labor que arrojará conclusiones definitivas sobre el tema. Mucha de la información y de la evidencia que se necesita para dar respuesta satisfactoria a los fenómenos que aquí describimos todavía se encuentra en la agenda de investigación y disponible para ser recopiladas por todo aquel que desee incursionar en el territorio de la Psicología Política de México.

### ESTRUCTURA DE LA INVESTIGACIÓN

La primera parte de este trabajo hizo un análisis del concepto de Poder a través del tiempo en las principales obras de prominentes pensadores como son Maquiavelo, Hobbes, Weber que

han dejado huella en torno a la relación del poder y el hombre. Lo cual nos permitió comprender mejor el concepto y su interacción en las diversas culturas, cómo las afecta o interviene en su contexto histórico. El *poder*, como lo define Díaz Guerrero (1975), es cualquier tipo de comportamiento por medio del cual hacemos que otros hagan lo que nosotros, como individuos, deseamos que se realice. Este es el tipo de conducta que pone la última decisión en nuestras manos. A menudo se relaciona más con los fines que con los medios, aún cuando hay gran interés en los medios, siempre que sean necesarios para alcanzar ciertos fines. Al poder no le importa si en su accionar las personas se acercan más entre sí o se alejan. Aquí, lo importante es que los demás hagan lo que yo quiero o que se haga lo que yo quiero que suceda.

A esta discusión le siguió una investigación sobre el proceso de *socialización*, para identificar y comprender los procesos básicos, sus agentes y sus productos. Sabemos que por medio de dicho proceso el individuo llega a formar parte integral de un grupo social, dotado de las actitudes sociales y de las conductas comunes, propias de su sociedad particular y a su lugar dentro de ella. El individuo se ajusta al grupo aprendiendo las conductas (normas, valores, creencias, actitudes, comunicación) que llevan a la aprobación del mismo.

Nosotros creemos que para tener acceso al poder es necesario socializar con los grupos que lo detentan. Por ello, nuestro tercer apartado hizo referencia al estudio de la socialización en el poder, donde no tienen importancia alguna los medios, sino el fin: el Poder. Para lo cual el sujeto debe contar con "ciertos agentes socializadores" como es el caso mismo durante su propia vida: familia, amigos, valores, etc. Sin embargo, para alcanzar *el poder* deben existir otro tipo de agentes socializadores, mismo que formaron parte del objeto de nuestro estudio, como son los

profesores y las instituciones educativas.

En la última sección de este trabajo de investigación, revisamos las características de la *élite* que hoy se encuentra en las esferas de poder: *los tecnócratas*. Grupo que socializó, primero, para acceder al poder y, segundo, desde que lo obtuvo lo detento. Además ofrecemos una reseña de cómo y cuándo fue que estos actores llegaron a ocupar "su" lugar en nuestro país. Mostramos las razones por las cuales sus cartas credenciales y alianzas (relaciones personales) estratégicas les han abierto las puertas del sistema político mexicano para que actualmente se consoliden como la maquinaria líder en México.

Por último, presentamos una serie de reflexiones a *manera de conclusión* pues estamos concientes que en esta área de la Psicología Política nada está totalmente dicho. Por el contrario, nos regocijamos que siendo una línea de investigación "relativamente" reciente para nuestra disciplina, ya tenga a la fecha tantos seguidores. Uno de nuestros principales intereses al desarrollar este trabajo fue contribuir con esta vasta ola de investigaciones, además del ambicioso objetivo de despertar en el resto de nuestros compañeros el interés por este tipo de estudios y dejar un precedente más a nivel licenciatura en México.

De forma pertinaz, José M. Sabucedo (*Psicología Política del Nuevo Siglo: 1999*) señala que: "...la realidad es susceptible de múltiples lecturas, dependiendo de la situación y de los intereses desde la que se analice. Por ello, y a pesar de que cada uno la describa e interprete desde la máxima honestidad, existirán, necesariamente versiones enfrentadas de la misma. La

psicología de la percepción y de la atribución ha demostrado, de manera reiterada, los sesgos y distorsiones que acompañan a los procesos cognitivos humanos”.

Dentro de las diferentes perspectivas y horizontes que propone Graciela Mota Botello (1999) para leer la psicología política del nuevo siglo, creemos que nuestro trabajo de investigación puede ubicarse dentro de la primera opción, en la que señala:

“El que surge del **‘diálogo con la tradición’** cuando la psicología social tradicional ha entendido el sentido del poder como ‘acción concreta de influir a los demás’. El poder y la influencia (Raven & French, 1958) han sido concebidos como el dominio de los individuos privados de sí, a partir de un eje de poder dominante y controlador. Por el contrario, desde una psicología colectiva que parte de la construcción supraindividual de lo social (S. Moscovici, 1916-1988), la influencia se hace pública y se ‘politiza’ cuando las modalidades de participación y acción social, provienen del diálogo que se gesta en las conversaciones que nutren el contenido de las diferentes esferas de la sociedad. Estas conversaciones son el producto del debate y la negociación de contenidos y significados que permiten construir, lo que Alan Tourraine (1989) ha llamado, los ‘consensos sociales’.”

En el que también pretendemos hacer pública la discusión de estos temas en lenguaje claro, que puede manifestar el sentir de algunos ciudadanos con respecto a su “polis” y el por qué de la misma en un mundo tan vertiginosamente cambiante. Deseamos con este trabajo abrir más espacios a la psicología política y a cualquiera de las combinaciones que se desee hacer con ella,

pues estamos convencidos que nuestra disciplina, por ser humana, tiene relación con todo aquello que tenga involucrado al hombre y su entorno.

Vislumbramos el siglo XXI como un tiempo para reconocer el lugar de la psicología política, como un momento en que se deben desarrollar formas creativas de construcción de una disciplina que reconozca su geografía y sus dinámicas diferenciales dentro de la heterogeneidad social del mundo en que vivimos, el tiempo de afirmar nuestro campo de estudio y señalar, al resto, la importancia que este ha tenido para el significado de la humanidad.

*El poder no se toma...se arrebatata.*

*Anónimo*

## CAPÍTULO I. IDEOLOGÍA DEL PODER

### 1.1 DEFINICIÓN DE PODER

Los términos que designan al poder abarcan evidentemente una categoría muy amplia de relaciones humanas. Una dosis considerable de esfuerzo y de ingenuidad ha ido a parar a los esquemas propuestos para clasificar estas relaciones en diversos tipos etiquetados como poder, influencia, autoridad, persuasión, disuasión, inducción, coacción, compulsión, fuerza y otros por el estilo. Vamos a incluir a todos bajo la denominación colectiva de términos de poder. La gran variedad y heterogeneidad de estas relaciones podría hacer imposible o en todo caso no muy fructífero, desarrollar teorías generales sobre el poder destinadas a abarcarlos a todos.

Los estudios empíricos discutidos por Wallas (1948), Merriam (1934) y otros, y particularmente los estudios sobre la comunidad, han llamado la atención sobre un problema descuidado: la elaboración de definiciones operacionales aceptables (Álvaro, 1996).

Los conceptos y medidas discutidos en este trabajo no se han traducido al lenguaje operacional. Y todavía no está claro en qué medida pueden ser sometidos a este tratamiento. No obstante, el analista que trata de observar, comparar y analizar el poder en el mundo real,

con objeto de verificar una determinada hipótesis o una teoría más amplia, descubre pronto la necesidad urgente de términos definidos operacionalmente. La investigación hasta ahora ha atraído la atención sobre tres clases de problemas. Primero, la distancia entre el concepto y la definición operacional es generalmente tan grande, que, en ocasiones, no es posible ver las relaciones que pueden existir entre las operaciones y las definiciones abstractas. De esta forma, no es extraño que los críticos concluyan que los estudios se refieren, sin lugar a dudas, a "algo" perteneciente al mundo real, pero pueden preguntarse si se refieren a los fenómenos que traemos a colación cuando hablamos de *poder*. Segundo, las diferentes medidas operacionales no parecen estar correlacionadas entre sí, y tratan de aspectos diferentes de las relaciones de poder. Tercero, casi todas las mediciones propuestas han dado lugar a controversias sobre su "validez" (Friedrich, 1963).

Ninguno de estos resultados debe producirnos sorpresa o inducciones al desanimo, ya que, si bien el intento de comprender los sistemas políticos por medio del análisis de las relaciones de poder es antiguo, el estudio sistemático-empírico de las relaciones de poder es sumamente reciente (Alvaro, 1996).



## 1.2 ORÍGENES

### 1.2.1 Nicolás Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo (1469-1527), teórico político y militar italiano, historiador, funcionario, procedía de una antigua familia florentina cuyos ingresos provenían de fincas rústicas, pero que se encontraba al borde de la ruina al producirse su nacimiento. Hijo de un doctor en Derecho, Maquiavelo recibió al parecer una cuidadosa educación humanística, aunque nunca aprendiera el griego. En 1498 entró al servicio del gobierno de Florencia, cuando tenía 29 años, en calidad de segundo canciller y secretario de los Diez de la Libertad y de la Paz, consejo ejecutivo con competencias tanto en el orden interno como en el militar y diplomático. Durante los 14 años que desempeñó este cargo tuvo ocasión de cumplir numerosas y, en ocasiones, dilatadas misiones diplomáticas en Francia, Suiza y Alemania. Sus despachos e informes contienen ideas que anticipan muchas doctrinas de sus obras posteriores (Ridolfi, 1963).

De acuerdo con Ridolfi (1963), los asuntos militares constituyeron una preocupación permanente para Maquiavelo. No sólo fue el autor de la famosa ordenanza militar de 1506, sino que asumió también la responsabilidad de ponerla en práctica como Secretario de los Nueve de la Milicia, consejo creado para ese fin. En 1512, al producirse la amenaza de la restauración de los Médicis, apoyada por las tropas españolas, Maquiavelo logró movilizar con gran habilidad un ejército de 12.000 reclutas para contener la invasión; pero los ciudadanos-soldados se mostraron ineficaces ante las curtidas fuerzas enemigas.

Con la restauración de los Médicis, Maquiavelo conoció la prisión y la tortura.

Liberado al poco tiempo, fue desterrado de Florencia y se retiró en la pobreza a la pequeña finca que su familia poseía en San Casciano. Después de 13 años de inactividad política, los Médicis solicitaron en 1525 su vuelta al servicio público, pero, al ser derribados dos años más tarde, el nuevo gobierno republicano volvió a excluir a Maquiavelo. Murió en ese mismo año, 1527 (Ridolfi, 1963).

### 1.2.1.1 Método .

Maquiavelo no fue un constructor de sistemas ni un filósofo en sentido estricto. En ninguno de sus tratados llega a realizar una exposición sistemática de su teoría del hombre y del gobierno. Sus concepciones se ofrecen en una forma difusa e impresionista, esparcidas a lo largo de sus diversas obras. Pero, al mismo tiempo, no es posible negar la existencia de un sistema y de una acusada coherencia ideológica, aunque ésta no se revele en primera instancia.

Entre los logros singulares de Maquiavelo figura, sin duda, el intento de descubrir un orden propio de la vida política, con independencia de cualquier referencia o causalidad externas. La política es examinada autónoma y racionalmente, analizando las formas en que *el poder puede ser adquirido y conservado* (las cursivas son nuestras). Se muestran los tipos de acciones que, en circunstancias diversas, pueden conducir al éxito o al fracaso político.

Las fuentes de este enfoque se prestan a diversas conjeturas. Probablemente, debía menos a los filósofos tradicionales que a los escritores clásicos no filosóficos, en particular Livio, Tácito, Plutarco, Jenofonte, Políbio, Vegetio y Frontinus. Maquiavelo, por otra parte, no fue un caso único entre sus contemporáneos en el abandono de la perspectiva moralista del comportamiento humano y su sustitución por otra racionalista y objetiva; la influencia del platonismo se tradujo generalmente en el progresivo esfuerzo para reducir cada actividad a un orden inherente, esfuerzo que, a su vez, condujo a la revolución científica del siglo XVII (Chabod, 1958). El que Maquiavelo habitara en una ciudad cuya verdadera vida eran las finanzas y el comercio puede también contribuir a la explicación de su método, que tiene algunas de las características de un cálculo de pérdidas y ganancias. Otra posible influencia se

encuentra en la creciente conceptualización de la política gubernamental, a partir del siglo XIII, en torno a la noción de utilidad pública: Federico II (1194-1250), Felipe IV de Francia (1268-1314) y algunos juristas italianos habían sostenido que la seguridad y el bienestar del Estado exigían, en ocasiones, acciones oficiales que, en circunstancias ordinarias, serían consideradas como moralmente reprobables. Maquiavelo era el heredero de esta tradición de la Edad Media tardía (Ridolfi, 1963).

Maquiavelo estaba interesado, esencialmente, en el descubrimiento de las condiciones del “éxito político”, y trató de llegar a él determinando qué tipos de actos se habían revelado como beneficiosos o perjudiciales para los actores (políticos) que los habían llevado a cabo. En *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, escritos entre 1513 y 1521, demostró la verdad de algunos preceptos políticos mediante el empleo de cierto tipo de cálculo: citaba numerosos ejemplos, extraídos de la historia y de los acontecimientos de su propio tiempo, susceptibles de verificar una proposición particular sobre las condiciones del éxito político, y exhibía, a continuación, otros ejemplos que negaban, en principio, la validez de la misma máxima.

### 1.2.1.2 La teoría del hombre

El concepto de naturaleza humana reviste una importancia crucial para la teoría política de Maquiavelo. Tanto su propia observación como sus voraces lecturas históricas le habían llevado a la conclusión de que la naturaleza humana era inalterable (sí no lo fuera, sería imposible formular generalizaciones sobre la política) y esencialmente mala. Maquiavelo empleaba el concepto de naturaleza humana en un sentido mucho más descriptivo que normativo. No obstante, estas malas cualidades humanas innatas no excluyen la posibilidad de un esfuerzo cooperativo en el hombre; muchas de ellas facilitan incluso la cooperación social. Las características básicas del hombre, según Maquiavelo (Chabod, 1958) son las siguientes: es una criatura de insaciables deseos y ambición ilimitada, cuyo móvil primordial es la propia conservación; su estrechez de miras tiende a orientarle en función de la recompensa inmediata más que de las consecuencias a largo plazo de sus acciones; es también un ser imitativo, inclinado a seguir el ejemplo de los que encarnan la autoridad, y de una rigidez tal, que los patrones de conducta establecidos por medio de la imitación sólo pueden alterarse hasta un cierto límite.

A la vista de estas características, puede parecer oscura la perspectiva de una cooperación social, pero de hecho no es así: el deseo de autoconservación y la propia limitación de sus miras determinan que los hombres sean particularmente aptos para ser manipulados por sus dirigentes; el mimetismo señalado antes les predispone a aceptar los condicionamientos impuestos por el mando y la organización. Además, en situación de necesidad, cuando sus vidas se ven amenazadas por un medio físico hostil o por actos agresivos, el deseo de autoconservación les mueve a actuar cooperativa y hasta amistosamente: demuestran entonces que pueden ser industriosos, valientes y abnegados.

Incluso cuando ya no pesa una amenaza inmediata para la supervivencia, es posible mantener las virtudes sociales por medio de un liderazgo astuto y de una organización social racional. Maquiavelo distinguía entre una naturaleza originaria (mala) y una segunda naturaleza (socialmente benéfica), entre las características naturales y las socialmente adquiridas. (Whitfield, 1947)

En consecuencia, la naturaleza esencialmente mala del hombre es como una materia prima que puede ser modelada o condicionada por el liderazgo y la organización; aunque, por supuesto, esa naturaleza originaria limita la maleabilidad. El hombre es capaz de socializar, y es posible imprimir en su primitiva naturaleza características más o menos deseables por medio de la educación, es decir del condicionamiento. La sociedad civil es la gran escuela de la humanidad. El comportamiento humano puede ser vitalmente afectado por la estructura del medio social, por las finalidades socialmente establecidas que canalizan los deseos humanos. Todos los hombres son en alguna medida producto de una convención, no simples hombres naturales. En rigor, es imposible que exista un hombre absolutamente convencional o absolutamente natural, de la misma forma que no es posible encontrar un hombre absolutamente bueno o absolutamente malo: de una u otra forma, todos pueden situarse en una escala entre ambos extremos. Según Whitfield (1947), Maquiavelo se inclinaba a considerar que el bien y el mal en el mundo estaban más o menos en equilibrio, aunque su distribución pudiera variar según las épocas. Cada cualidad particular vendría a concentrarse, en algunos periodos, en determinadas sociedades, dispersándose, en cambio, en otros.

### 1.2.1.3 Los valores

El fin supremo de la política, en la concepción de Maquiavelo, es la utilidad pública, la seguridad y el bienestar de la comunidad, por encima de los fines morales que atribuían a la política los pensadores anteriores.

Cuando trataba de establecer la validez de un precepto político, examinando las consecuencias de actos políticos particulares, consideraba los actos morales o de cualquier otro tipo desde un punto de vista instrumental. Siempre le interesaron más las consecuencias sociales y políticas de los mismos que la intencionalidad moral de los autores, puesto que, en última instancia, en los asuntos humanos las consecuencias de los actos siempre pueden ser buenas y malas. En lo esencial, no se ocupó de los problemas de la filosofía moral, aceptando el hecho de que una vida de acción presupone siempre el dilema moral y la paradoja (Gilbert, 1938).

Es posible que una de las aportaciones de Maquiavelo a la moral, nunca articulada explícitamente, haya sido establecer la dependencia de las condiciones de la moralidad personal con respecto a la seguridad garantizada por la inmoralidad del Estado. Asimismo, casi nunca dejó de afirmar claramente que el empleo de medios inmorales en nombre del bien común podía disculparse más bien que justificarse. La propia violación de las pautas de la moralidad personal sólo es excusable cuando resulta necesaria para la utilidad pública. El hombre de Estado debe saber actuar inicuaente.

La finalidad más alta que el hombre puede proponerse, según Maquiavelo (1997), es la gloria. Esta gloria es conferida por los actos que son recordados y enaltecidos por la humanidad. Para Maquiavelo vale mucho más una vida breve pero gloriosa, del individuo o

de la colectividad, que una larga existencia mediocre. El simple éxito o la reputación emanada del poder o de una gran riqueza tienen mucho menos valor que la verdadera gloria. La gloria más alta, según Maquiavelo, se alcanza (en orden decreciente de importancia) fundando una religión, estableciendo un Estado, en el mando de los ejércitos o en la creación literaria.

La gloria verdadera depende de la *virtú* de un individuo o de un pueblo. Maquiavelo hace un uso ambiguo del término, pero casi siempre parece pensar, al emplearlo, en el soldado que en una batalla despliega previsión, autodisciplina, constancia, resolución, perseverancia, decisión, valentía, arrojo y vigor. La guerra es solo el conflicto arquetípico entre la *virtú* (cualidad viril) y la *fortuna* (mudable, imprevisible, caprichosa), porque de hecho la vida entera consiste en esa lucha. El control sobre el medio físico y social, tan esencial para el bienestar y la supervivencia humana, depende de la oposición entre la *virtú* y la *fortuna*. La acción virtuosa permite a los hombres controlar al menos una parte de sus vidas y limitar los caprichos del azar (Maquiavelo, 1997).

Una vez más, Maquiavelo recurre al estudio de la historia para descubrir las condiciones susceptibles de producir el mayor grado posible de *virtú* en una república y el consiguiente logro de la gloria, señalando que los jefes y los pueblos más virtuosos fueron los de la antigüedad clásica, particularmente los de la Roma republicana (Gilbert, 1938). Piensa que la *virtú* de un pueblo depende enteramente de la educación, mientras que la de los príncipes o jefes es innata, aunque esté configurada por la educación. La atmósfera más propicia para el ejercicio de la *virtú* es la de un republicanismo, protegido por un ejército de ciudadanos, en el que florezca la libertad. Bajo estas condiciones se podrán alcanzar el mayor y más duradero poder político y la máxima estabilidad del orden político. Así pues, los



elementos básicos de la concepción del orden político en Maquiavelo son la gloria, la *virtú* y la libertad.

#### 1.2.1.4 Conflicto y corrupción

El conflicto es un concepto vital en el pensamiento político de Maquiavelo, que lo acepta como una condición universal y permanente de la sociedad, derivada de la naturaleza humana. Maquiavelo abandonó, las antiguas formas de pensamiento a partir de su noción de la naturalidad del conflicto social.

La manifestación básica del conflicto social, según Maquiavelo (Whitfield, 1947) es la lucha sin pausa entre el pueblo común y los grandes y poderosos. Aunque esta sea, claramente, una noción de lucha de clases que incluye factores económicos, la explicación de Maquiavelo no se fundamenta en términos económicos. *La causa primordial de las discordias internas y de las guerras entre los Estados es el deseo de poder y de dominación* (las cursivas son nuestras). En cualquier Estado, la gran mayoría persigue la seguridad de sus vidas y posesiones, mientras que un puñado de gentes, sean una aristocracia hereditaria o una oligarquía comercial, ambicionan dominar a las masas.

Maquiavelo creía, inspirado en Polibio, no sólo que este conflicto es natural, sino que puede ponerse al servicio de finalidades socialmente útiles. Las repúblicas virtuosas presentan este tipo de conflictividad tanto como las corrompidas. La diferencia no reside, pues, en la presencia o ausencia del conflicto, ni siquiera en el grado del mismo, sino en su cualidad.

La Roma republicana, el ideal maquiavélico de una comunidad política virtuosa tal como aparece en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, ejemplifica este tipo de conflicto limitado en el que la lucha entre los patricios y los plebeyos estaba institucionalizada a través del Senado y de las asambleas populares y sus tribunos. La

verdadera fuerza y unidad de la república, tanto como las libertades cívicas, dependían precisamente de esta confrontación ininterrumpida.

Como contraste, Florencia es analizada en la *Historia de Florencia* como prototipo de corrupción estatal. En un Estado de esta índole la sociedad llega a estar atomizada: cada hombre se encierra en sus intereses propios. El sentimiento religioso declina y, como consecuencia, también la honestidad cívica, el sentimiento del deber público y el respeto a la autoridad. En una atmósfera de conspiración y particularismo, el gobierno no es más que presa sucesiva de los bandos más poderosos. La *virtú* decae, la avaricia se extiende; la indolencia, el lujo y las desigualdades económicas arruinan el tejido social. La avaricia, además, suele florecer en las sociedades que han tenido éxito y han conocido durante mucho tiempo la paz y la prosperidad. Al desaparecer el desafío a la supervivencia, con el bienestar y el ocio, los hombres retornan a sus intereses privados, y las leyes dejan de cumplirse y ejecutarse. Ni siquiera son revisadas para adecuarlas a las nuevas condiciones. Pero ni la mayor vigilancia ni la más prudente dirección política pueden oponerse indefinidamente a la marea de la decadencia. Todas las cosas están sometidas al cambio, y hasta las repúblicas mejor ordenadas, como Roma y Esparta, están condenadas a la decadencia. (Gilbert, 1938)

### 1.2.1.5 Gobierno y política

El más importante instrumento de que dispone el hombre para poner freno a su naturaleza egoísta y canalizarla hacia finalidades socialmente deseables es, según Maquiavelo, el Estado. Solo él hace posible la creación de las condiciones para la seguridad y el bienestar.

Aunque Maquiavelo se sirviera con frecuencia de imágenes médicas para caracterizar al Estado, su concepción está, en realidad, mucho más cerca del mecanicismo que del organicismo. El Estado no tiene una finalidad superior ni un propósito espiritual; tampoco tiene una vida o una personalidad independientes del pueblo que le constituye. Lo que más tarde pasó a denominarse "razón de Estado", una expresión que nunca utilizó Maquiavelo, es la política prudente y calculada del hombre de Estado para mejorar los fines seculares de los gobernados, y no un orden suprrracional (Gilbert, 1938).

En *El Príncipe* y en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo presenta una clasificación dual de los Estados basada en el número de los que gobiernan, cuyos términos antagónicos son la monarquía y la república. La primera puede ser limitada (Francia), despótica (Turquía) o tiránica (Siracusa); mientras que las repúblicas pueden ser populares (Atenas) o equilibradas (Roma). Dentro de estas últimas, a su vez, existen dos tipos principales: la aristocrática (Venecia) y la democrática (Roma). Sobre la base de la experiencia florentina, Maquiavelo introdujo también en su clasificación dos formas inestables, intermedias entre las repúblicas y las monarquías, a las que podría denominar oligarquía y monarquía plebiscitaria. Los Estados pueden calificarse aún según otros criterios: según la forma de adquisición del poder; según su tendencia a la expansión (Roma) o a la

conservación (Esparta), a la corrupción (Florencia) o a la *virtú* (Roma republicana); o según la constitución haya surgido de un legislador singular (Esparta) o se haya desarrollado a lo largo del tiempo en función de la experiencia (Roma) (Gilbert, 1938).

Maquiavelo, por supuesto, formuló los requisitos necesarios para el éxito de una acción gubernamental. El buen gobierno tiene que apoyarse en la fundación de un poderoso aparato militar como protección frente al enemigo exterior. La vida, la propiedad, la familia y el honor de cada ciudadano deben ser salvaguardados frente a cualquier interferencia por parte de los demás. *Y otorgar el necesario reconocimiento al mérito entre los ciudadanos, permitiendo la promoción en el servicio del Estado a los que buscan el honor y la gloria* (las cursivas son nuestras). Nosotros creemos que el mejor gobierno es el que se funda en las capacidades de los gobernados y sabe hacer uso de ellas; el mejor Estado es aquel en que el rango social está en estricta correspondencia con la capacidad.

Todos estos fines pueden cumplirse en máximo grado en las repúblicas caracterizadas, según el modelo romano, por una constitución mixta, con instituciones tales como la dictadura en tiempos de emergencia, la censura, la acusación pública, las asambleas populares, las leyes suntuarias y un ejército de ciudadanos. No es posible, sin embargo, establecer repúblicas en todas partes, ya que la forma del Estado debe hallarse en consonancia con las condiciones de cada sociedad en particular (Chabod, 1958). Además, el éxito en la fundación de cualquier cuerpo político depende de la presencia de un individuo singular dotado de la *virtú* y la prudencia más altas.

La descripción del ejército modelo en *El arte de la guerra* proporciona, en realidad, un cuadro más preciso de su concepto de una sociedad racional que los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Puesto que consideraba los problemas políticos internos como una forma de guerra y los problemas políticos, en conjunto, de la misma manera que un general que se enfrenta con el problema de someter al enemigo, no es extraño que escribiera sobre la política como los teóricos militares clásicos habían escrito sobre la guerra. Las estratagemas militares se traducen, así, en una serie de máximas políticas de idéntica y calculada objetividad; el ejército, racionalmente dirigido y organizado, se propone como modelo para la organización social racional (Gilbert, 1938).

Según Gilbert (1938), Maquiavelo pensaba que la mayor parte de las situaciones políticas pueden ser asimiladas a la conspiración o a la contraconspiración, y la conspiración tiene fundamentalmente un carácter militar. El arte político es similar al arte militar por la importancia que revisten el secreto, el plan y la preparación, la estimación de los factores, la flexibilidad y la rapidez en la ejecución, la sorpresa y el engaño. Estas cualidades caracterizan a los métodos conspiratorios necesarios para establecer, o reformar radicalmente, un Estado, así como a los métodos de contraconspiración indispensables para su conservación (puesto que es preciso impedir la conspiración, evitando el odio y el desprecio de los gobernados). En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se formula, por primera vez en Occidente, una teoría general de la conspiración política.

Pero Maquiavelo no sólo estableció la similitud entre las situaciones políticas y militares y entre el arte de la política y el arte militar, sino que también consideraba que el mando político y el militar tenían un carácter similar. El dirigente político se asemeja en su

actividad creadora al general que organiza, disciplina, instruye y lleva al ejército a la victoria. Es muy significativo que, para Maquiavelo, la *virtú* sea la cualidad cardinal de un jefe político tanto como de un general victorioso. *El político virtuoso es racionalista, calculador y dueño de sí mismo, desempeña con aplomo los más diversos papeles y es lo suficientemente prudente como para identificar su propio interés con el bienestar de aquellos a los que trata de dirigir* (las cursivas son nuestras). Los héroes de Maquiavelo son los fundadores de ciudades y los estadistas-soldados de la República romana. Profesaba una admiración particular por la moderación, el liberalismo el genio humano y militar.

El buen gobierno interno y el éxito en la política exterior se fundan esencialmente en los mismos principios. La política exterior de un Estado se lleva a cabo por medio de la diplomacia o de la guerra. La habilidad diplomática va unida a una serie familiar de cualidades imprescindibles: previsión, iniciativa, capacidad de decidir, flexibilidad y engaño. La negociación es la técnica del embajador que debe estar preparado para persuadir, temporizar o intimidar, según los casos. Si la negociación fracasa, la guerra puede ser inevitable. En consecuencia, es preciso realizar preparativos militares en tiempos de paz (la Guerra Fría, la Carrera Armamentista), puesto que más tarde o más temprano, la guerra resulta inevitable en virtud de la propia naturaleza humana.

### 1.2.1.6 Significación e influencia

Aunque lleguen a existir quienes nieguen a Maquiavelo un lugar de privilegio entre los pensadores políticos occidentales, su reputación, basada con excesiva frecuencia en *El Príncipe* exclusivamente, ha estado ligada durante mucho tiempo a la descripción de las estrategias que permiten *apoderarse del poder político, y conservarlo, con independencia de los fines morales* (las cursivas son nuestras). Coherentemente, durante siglos ha sido considerado como discípulo del diablo y tutor de los déspotas. En los últimos años han aparecido apreciaciones más favorables: ha sido descubierto como el primer politólogo, el primer teórico político moderno o el primer liberal. Pero estas valoraciones positivas solo contienen todavía verdades a medias.

Desde luego, en el pensamiento de Maquiavelo se encuentran atisbos de la ciencia, la modernidad o el liberalismo. Pero no puede olvidarse que tenía un pie firmemente arraigado en el mundo clásico, y esta dimensión clásica de su obra ha tenido una influencia considerable. Montesquieu se encontró con el Maquiavelo de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* en Inglaterra, y su huella es visible en las *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence* y, también en *L'esprit des lois*, que inspiraron tanto al radical Rousseau como al liberal Tocqueville y Hobbes, todos ellos, han reconocido la genialidad de Maquiavelo (Whitfield, 1947).



### 1.2.1.7 Reflexiones sobre Nicolás Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo, debe ser incentivo para explorar aspectos inéditos de su vida o de su obra, o por lo menos para encararlos con los problemas de nuestro tiempo y preguntarnos si aún puede contribuir, y en que medida, a la solución. Como quiera que sea, lo cierto es que probablemente nadie ha sido, tanto como Maquiavelo, signo de contradicción. Nadie ha tenido tan variada y tempestuosa *fortuna*, como suelen decir los italianos y vale la pena recordar algunas de sus más conocidas hazañas.

Nicolás Maquiavelo fue un escritor extraordinariamente fecundo, en todos y los variados géneros que cultivó de suprema excelencia; particularmente en sus escritos políticos como son *El Príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* está su genio, y en los demás sobresale prodigiosamente su talento. El hombre, sus acciones y pasiones fue el gran tema central de las reflexiones de Maquiavelo, por la simple razón de que lo que ante todo le absorbía era el *homo politicus*, o como Maquiavelo (1997) decía “el razonar del Estado”, y en esto ha de consumirse lo mejor de su energía espiritual.

Los hombres, sin embargo, suelen proceder por la línea del menor esfuerzo. En el caso de Maquiavelo, se hizo prácticamente tabla rasa de todas sus obras para quedarse sólo con *El Príncipe*, libro breve y claro, y por lo mismo de lectura rápida y apasionante. Se afirma que todas las obras de Maquiavelo están escritas por el dedo del diablo (Ridolfi, 1963). Maquiavelo habría sido un hombre astuto y pérfido, coadjutor de los demonios e incomparable artífice de maquinaciones diabólicas.

Maquiavelo es el genio maléfico de los peores políticos. Un libro tan fuerte y tan

original como *El Príncipe* tenía que ser leído y releído en el círculo político, también de acuerdo con Whitfield (1947) se le califica de consejero de ladrones y asesinos.

En la concepción de Maquiavelo, *El Príncipe* es el Estado. En cuanto al pueblo es algo que no ha podido definirse jamás. Como entidad política, es puramente abstracto. No se sabe exactamente ni dónde comienza ni dónde acaba. El adjetivo del soberano aplicado al pueblo es una farsa trágica. Al pueblo no le queda sino un monosílabo para afirmar y obedecer.

De *El Príncipe* en particular podrá decirse todo lo que se quiera; pero lo primero que hay que decir es que, es el fruto de una experiencia personal en función inmediata de la circunstancia vital de su autor. No obstante es un libro que aplica a todas las épocas y como se dijo anteriormente de lectura obligada en todo círculo político, administrativo o para quien desee conocer acerca del poder de los hombres.

En la dedicatoria de *El Príncipe* a Lorenzo de Médicis (el nieto homónimo del Magnífico), dice Maquiavelo (1997) que el conocimiento que ha alcanzado de las acciones de los grandes hombres -y cuyo recuento ofrece al magnate florentino en este breviarío- ha resultado de “la larga experiencia de las cosas modernas y la continua lectura de las antiguas”. Con lo primero quiere mencionar Maquiavelo la experiencia de los negocios públicos que adquirió en sus años de trabajo en la Cancillería florentina; y con lo segundo a su frecuentación que desde su juventud realizó de los grandes clásicos griegos y latinos, de los historiadores principalmente.

De estudio y meditación parecen haber sido sus primeros años y tanto por espontánea inclinación como porque muy pronto comprendió que había de serle preciso ganarse por sí

mismo el pan diario. De buena familia, pero económicamente sin muchos recursos, nadie sino él, por su propio esfuerzo, podía conquistarle el éxito en la vida. "Yo nací pobre -nos dice- y aprendí a sufrir antes que a gozar" (Ridolfi, 1963). Pobre morirá también. De su juventud antes de aparecer en la escena pública, no sabemos prácticamente nada, pero es seguro que cierto prestigio tendría ya Maquiavelo en los círculos políticos cuando fue nombrado Secretario de la Señoría (no eran sino dos los que ostentaban este cargo) quedando bajo su dependencia la segunda cancillería. Por catorce años, hasta el retorno de los Médicis, conservó este puesto. (Ridolfi, 1963) La competencia que luego demostró en este ramo, hicieron prácticamente de la cancillería de Maquiavelo la Secretaría de Relaciones Exteriores del Gobierno Florentino, y de Maquiavelo mismo el más activo de sus agentes diplomáticos.

Mientras en España, Francia e Inglaterra, había acabado por consolidarse más o menos el Estado Nacional, y en Alemania, aunque sin haber llegado a la misma centralización, el Imperio era una potencia importante, en Italia, por el contrario, reinaba la dispersión política y, como necesaria consecuencia, un Estado permanente de recelo y de fricción, a menudo bélica, entre los muchos señoríos en que estaba dividida la península. Los reinos pequeños daban tanta guerra o más que los grandes, tal es el caso de: Pisa y Luca, por ejemplo, en crónica beligerancia con Florencia (Chabod, 1958).

Por otra parte, eran también continuas en Italia las intervenciones de las potencias transalpinas antes nombradas, con la sola excepción de Inglaterra, cuyas rapacerías andaban por otros rumbos. Intervenciones, hay que añadir, tanto espontáneas como solicitadas por los gobiernos italianos -y no sólo por los papas-, los cuales no vacilan en llamar al invasor extranjero, con tal de abatir al odiado rival de su propia nación. Con la paz de Lodi,

concertada en 1454, pudo creerse que se había establecido al fin un sistema de equilibrio entre los Estados italianos. Esta ilusión, hubo de disiparse con la muerte en Italia de Carlos VIII, rey de Francia. De entonces en adelante, el equilibrio y la libertad de Italia no son sino un recuerdo del pasado, y sus destinos son simplemente cartas del juego diplomático, o botín del conflicto armado entre las grandes monarquías francesa y española (Chabod, 1958). En estas condiciones Florencia, tan pobre de recursos materiales como exuberante de inteligencia, no podía soñar en otra cosa que en servirse de esta última para preservar su libertad amenazada por todas partes. Ahora bien, la inteligencia aplicada a las relaciones internacionales se llama diplomacia; y la diplomacia, por tanto, era el único paliativo de que podía echar mano, en aquella tremenda situación, la República florentina. Había que llevarse bien con todos, halagando, regateando, entreteniendo, prometiendo y difiriendo, y cuando no se pudiera, tener la perspicacia necesaria para saber abrazar el partido del más fuerte y poder así sacar ventaja, o por lo menos subsistir. No hay que decir más para poner de relieve la importancia de las múltiples misiones diplomáticas que la Señoría encomendó al Secretario Maquiavelo, y que fueron acrecentándose justamente en razón del tacto y la destreza con que las que se iba desempeñando. Las lleva a cabo, en todas partes y ante todos los personajes de que podía depender, la libertad de su patria: en Roma con los papas, en la corte de Francia, con innumerables príncipes o principillos italianos, y por último, con César Borgia. Y es aquí donde debemos hacer una pausa de reflexión, ya que la composición de *El Príncipe* surge indiscutiblemente del trato que en estas últimas legaciones tuvo Maquiavelo con el Duque Valentino (Ridolfi, 1963).

Que lo cautivó, lo deslumbró y lo subyugó, no hay modo de negarlo. Toda su correspondencia es de ello más que elocuente testimonio, sino que puede bastarnos el terrible

capítulo VII de *El Príncipe*, donde Maquiavelo dice que en verdad no podría dar a un estadista otros preceptos mejores que las acciones de César Borgia. A Maquiavelo, por su parte, lo devoró también el celo del Estado. Con tal de ver algún día erigirse en Italia un Estado grande y fuerte, como los otros que sin cesar la oprimían y la torturaban, no reparó en los medios que fuesen, los tuvo no por buenos pero sí por necesarios. Ahora bien, en ningún otro sino en el Duque Valentino, entre los políticos de su tiempo, vio el secretario florentino la posibilidad de que pudiera alzarse con un Estado semejante.

Pero dejando las conjeturas y volviendo a la historia simple y llana, es bien sabido el modo que usaba César Borgia para hacerse del mando único y desembarazarse de sus rivales. De todos estos sucesos, con excepción naturalmente del prendimiento y ejecución, fue testigo el Secretario Maquiavelo en el curso de su segunda legación cerca del Duque Valentino. La historia, sin embargo, ha de ser completa, y no lo sería, en lo que vamos diciendo, si no la completáramos con un par de precisiones. La primera, que César Borgia no era en modo alguno un caso singular, en la Italia de aquel tiempo, en esto de llevar la política por la perfidia y con el puñal y el veneno. Y la segunda, que César Borgia, dotado indiscutiblemente de talento político y administrativo, sabía poner un término a su crueldad cuando ya no era necesaria, para ganarse, hasta donde pudiera ser, el afecto de sus súbditos (Ridolfi, 1963). Todo esto había que decirlo no en descargo precisamente de la admiración de Maquiavelo por César Borgia (porque el juicio moral debió siempre haber prevalecido), pero sí como explicación de semejante actitud. Lo que, en cambio, nos resulta hasta hoy inexplicable es por qué Maquiavelo no se desilusiona de su héroe, escribiendo *El Príncipe*, como lo escribe, muchos años después del declive y final de César Borgia, cuando lo había visto, según lo dice fríamente, resbalar a la fosa.

A las pocas semanas de instalado el nuevo régimen, viene, como era de esperarse, el cese de Maquiavelo. No fue, sin embargo, automático, sino, casi seguramente, como resultado de la actitud asumida por él en aquellos momentos críticos. En lugar, en efecto, de plegarse dócilmente, como los demás, a los caprichos de los nuevos amos, les recomienda, por el contrario, una "sabia y política magnanimidad" (Maquiavelo, 1997) con los vencidos, tratando de disuadirles, en particular, de ciertas medidas de rigor. Pero si Lorenzo el Magnífico hubiera apreciado tal vez estos consejos, no así su hijo el cardenal Juan de Médicis (el futuro León X), por cuya orden se decreta la remoción definitiva de Maquiavelo de la segunda cancillería. Ni fue un cese puro y simple, sino agravado con la providencia, que luego sobrevino, de arraigo temporal dentro del territorio de la República, y obligándolo además, para asegurar su cumplimiento, a otorgar fianza por mil florines de oro. Era una suma enorme y fuera totalmente de sus capacidades, pero que, afortunadamente, pudo reunirse entre varios amigos suyos (Ridolfi, 1963).

Duro, muy duro, como fue este golpe, con el juicio de residencia que luego se le instauró, todavía le esperaban nuevas y más agudas tribulaciones. Al poco tiempo, en efecto, comenzó a hablarse de él como uno de los sospechosos en la abortada conjuración contra los Médicis, promovida por Agostino Capponi y Pietropaolo Boscoli. Maquiavelo, perfectamente inocente, se presentó espontáneamente en el Palacio de la Señoría, donde, por premio de tan noble actitud, fue encarcelado, procesado y torturado. Cuatro vueltas de cordel en el potro hubieran sido suficientes, según los expertos, para doblegar toda voluntad y todo cuerpo, y si se daban más venía la dislocación de los miembros y el desgarramiento de las carnes. Maquiavelo soportó seis sin abrir la boca: sin acusarse a sí mismo de lo que no había hecho, ni menos aún denunciar a supuestos conjurados, como lo hacían tantos otros en el rigor del

suplicio. En su mazmorra, con esposas y cepos, estuvo luego largas semanas sin saber lo que iba a ser de él, y esperando tal vez lo peor en días en que, como el de la ejecución de Capponi y de Boscoli, podía oír los cantos fúnebres que coreaban la decapitación. No recobró la libertad sino cuando fueron abiertas las cárceles para todos los presos políticos, en la amnistía decretada con motivo de la elección al pontificado del cardenal Juan de Médicis (Ridolfi, 1963).

Y aún aceptando la hipótesis, desde luego no probada, de que este silencio fuera dictado por consideraciones de prudencia política, queda en pie el hecho sobresaliente -y que por sí solo cancela toda cavilación maligna- de que Maquiavelo no buscó jamás, aunque hubiera podido hacerlo, otro país fuera del suyo propio. Ni siquiera aceptó, y no obstante sus apremios económicos, otras ofertas que le hubieran permitido resolver estos problemas y alejarse honorablemente. Pero Maquiavelo, no podía vivir sino en su ciudad y para su ciudad. "Amo a mi patria más que a mi alma" (Ridolfi, 1963), según solía decir, y de ella no podía soportar ni la separación física. Y por esto continúa viviendo, sí no precisamente en Florencia, muy cerca de ella: en su granja de San Casciano que había heredado de su padre, y de cuyo magro rendimiento tienen ahora que vivir él y los suyos.

Por más que citadísimo, no resistimos al deseo de copiar aquí, una vez más, el testimonio único que de sus hábitos en aquellos años, y de su personalidad en general, nos ha dejado Maquiavelo en aquel celebre pasaje de su carta escrita a su amigo Francesco Vettori, el 10 de diciembre de 1513:

"Al caer la noche, vuelvo a casa y entro en mi estudio, en cuyo umbral me despojo de aquel traje de la jornada, lleno de lodo y lamparones, para vestirme ropas de corte real y

pontificia; y así ataviado honorablemente, entro en las cortes antiguas de los hombres de la Antigüedad. Recibido de ellos amorosamente, me nutro de aquel alimento que es privativamente mío, y para el cual nací. En esta compañía, no me avergüenzo de hablar con ellos, interrogándolos sobre los móviles de sus acciones, y ellos, con toda humanidad, me responden. Y por cuatro horas no siento el menor hastio; olvido todos mis cuidados, no temo la pobreza ni me espanta la muerte: a tal punto me siento transportado a ellos todo yo. Y guiándome por lo que dice Dante, sobre, que no puede haber ciencia si no retenemos lo que aprendemos, he puesto por escrito lo que de su conversación he apreciado como lo más esencial, y compuesto un opúsculo *De principatibus*, en el que profundizo hasta donde puedo los problemas de este tema: qué es la soberanía (*principato*), cuántas especies hay, y cómo se adquiere, se conserva y se pierde” (Gilbert, 1938).

Un detalle muy interesante de esta carta, y que creemos oportuno señalar, es el ofrecérsenos en ella la génesis interna de *El Príncipe*: nombre o título que, como más popular, acabó imponiéndose sobre el otro *De principatibus*, único genuino en la intención de su autor (Gilbert, 1938). Lo que, por tanto, se propuso ante todo Maquiavelo, no fue trazar la semblanza del estadista ideal o real, Borgia o no Borgia, sino tratar con todo rigor científico del tema de la *soberanía*, o en italiano de *principato*. De ciencia política se trata, ni más ni menos, y por esta razón ha podido adjudicarse su fundación, en el pensamiento moderno, a Nicolás Maquiavelo. Como escritor y nada más, pasó prácticamente Maquiavelo los años que mediaron entre el de su ostracismo político y el de su muerte, aunque él hubiera preferido hacer el Estado a describirlo. Hombre de acción fue ante todo Maquiavelo, y muy aficionado a ver otras tierras y otras gentes.



De su obra podrá seguir diciéndose lo que se quiera, en este mundo entregado a las disputas de los hombres. Dicho lo anterior, volvámonos a la obra. El pensamiento político de Maquiavelo, aunque disperso también en otros escritos suyos, se contiene principalmente en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y en *El Príncipe*, las dos obras en que se asienta su fama como escritor político. Si queremos entender bien a Maquiavelo, antes de censurarlo o aplaudirlo, comencemos por disipar el equivoco, que por mucho tiempo circuló como moneda corriente, de la supuesta oposición doctrinal que habría entre los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, el libro de los republicanos, y *El Príncipe*, el libro de los monárquicos. Que hay una dualidad temática, es algo bien patente a cualquier lector, y de la cual, además, Maquiavelo es el primero en hacerse cargo al decirnos que ha escrito un tratado sobre las repúblicas y otro sobre los principados. De acuerdo con Gilbert (1938) Maquiavelo, en efecto, empieza por escribir los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*: los interrumpe para escribir de un tirón, en unos cuantos meses, *El Príncipe*, y reanuda luego la composición, que por cierto quedó inconclusa, de la primera obra. Y en ambas, además, está con toda sinceridad el pensamiento de su autor, porque nadie ha sido menos simulador, menos *maquiavélico*, que el propio Maquiavelo. Ningún escritor de verdad ha escrito nunca en esta tesitura, y Maquiavelo fue un gran escritor.

La única oposición, pero de polaridad y no de contradicción, que podría establecerse entre los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *El Príncipe*, sería la que se da entre el ideal y la realidad. El ideal, es la república, y consiguientemente la libertad y la democracia. La realidad, una realidad desesperada pero inexorable, el principado despótico. He ahí la única dicotomía posible en el pensamiento político de Maquiavelo. El ideal, con mayor precisión, no es ni siquiera la república en abstracto, sino concretamente, la República

romana. Entre todos los escritores del Renacimiento, Maquiavelo es, muy probablemente, el que con mayor hondura siente la vivencia de la "romanità". Es el escritor más representativo del Re-nacimiento, porque lo que quisiera, si fuera posible, es el hecho de hacer re-nacer a la antigua Roma. No el hacer de Italia un Estado "distinto", un miembro más en la comunidad de Estados soberanos, sino la resurrección, pura y simplemente, de la "Roma antica" (Chabod, 1958).

Lo que a Maquiavelo le impresiona sobre todo de la antigua Roma es la perfecta alianza de los tres principios de gobierno: el monárquico, el aristocrático y el democrático representados respectivamente en el Consulado, el Senado y el Tribunado, y por más que el Consulado, hablando con todo rigor, no hubiera sido en realidad una monarquía, sino una diarquía. *Principato, Ottimato, Popolare*: estos son los tres elementos de cuya mutua colaboración resulta el buen gobierno. Y cuando, por el contrario, predomina alguno de ellos exclusivamente, tenemos las peores formas de régimen político: la monarquía se convierte en tiranía, la aristocracia en oligarquía, y la democracia en olocracia (Chabod, 1958). Reflexiones como éstas, sobre la excelencia superior del gobierno mixto, no eran por cierto nuevas en la historia del pensamiento político, y ya Aristóteles, para no hablar de otros, las había hecho muy de propósito. Y sin embargo, Maquiavelo puede decir con verdad que entra por un camino no hollado aún por ningún otro en cuanto va a ser el primero en reducir a esquemas más precisos de organización política el juego concertado que resulta de la composición de aquellos tres elementos, en un sistema de pesos y contrapesos.

Ahora bien, y después de haberse especulado hasta el infinito y de haberlo ensayado todo, ésta continúa siendo la última palabra de la ciencia política: no la simple división

estática de poderes, sino su recíproca independencia y dinámica confrontación, y en esto encuentra su mejor tutela la libertad de los ciudadanos. Y de todo esto no pudo hacerse cargo el Occidente sino hasta haber pasado por la experiencia romana (porque en la misma Grecia no llegó jamás a arraigar el gobierno mixto), y hasta que esta experiencia fuera vista con nuevos ojos, los de Maquiavelo precisamente. Porque todos, antes de él, no habían hecho sino lamentarse de las interminables luchas o fricciones entre el Senado y la Plebe, pero él es el primero que, sin tratar de paliar los hechos, afirma resueltamente que “aquella desunión hizo libre y potente a aquella República”, ya que en ella debe verse la “guardia de la libertad”. La libertad, es para Maquiavelo el supremo bien a cuya consecución debe ordenarse la comunidad política, y por esta consideración censura severamente a Julio César, por haber sido el exterminador de las libertades públicas y, en suma, de la República romana (Gilbert, 1938).

En la mentalidad de Maquiavelo, sin embargo, no hay contradicción alguna. Julio César, en su opinión, es el destructor de aquella obra maravillosa de sabiduría política que fue la República romana, y siendo así, lo pone al nivel de Catalina, o por mejor decir, más bajo aún, en cuanto que “quien hace un mal es más censurable que el que solo quiso hacerlo”. César Borgia, por el contrario, no sólo no destruye nada, sino que organiza políticamente una región que no era sino una madriguera de bandidos. César Borgia es así el prototipo del *principe nuovo*, en tanto que Julio César es el magistrado supremo de una muy antigua república, que debió haber conservado y fortalecido en lugar de destruirla, no hay la menor contradicción en su pensamiento (Gilbert, 1938).

Otra prueba, la mejor tal vez, de que es uno y el mismo el criterio político en las dos

obras de Maquiavelo, está en el hecho de que ya en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* aparece el *principe nuovo*, aunque sin esta designación, en la persona de Rómulo, el legendario fundador de Roma. Y como “nuevo” que era, novísimo mejor dicho, encuentran sus crímenes, por parte de Maquiavelo, la misma absolución plenaria que los de César Borgia. Si se trata de organizar el Estado, todo puede pasar, y lo único imperdonable es el atentar a la existencia de un Estado bien constituido. La realidad, por tanto, la del principado despótico, está ya bien presente en el libro consagrado al ideal del gobierno republicano, aunque es justo decir que esta última se mantiene en toda su entereza. “Del pueblo -dice aún Maquiavelo- puede uno fiarse más que de *El Príncipe*” (Maquiavelo, 1997).

*El Príncipe*, sin embargo, era lo más apremiante en la circunstancia histórica; y considerándolo así, el solitario de San Casciano interrumpe sus meditaciones sobre la Roma republicana, para escribir con rapidez, en el verano de 1513, el *De principatibus*. ¿Por qué? Pues porque, según los rumores que corren, León X tiene, al parecer, el designio de engrandecer a su hermano Juliano (II) de Médicis, su delegado en el gobierno de Florencia, agraciándolo con alguno o varios principados, como Urbino, Módena o Parma. Otro caso de nepotismo papal, como el de Rodrigo Borgia con su hijo César, pero que esta vez -por lo menos así lo piensa Maquiavelo- puede resultar en algo grande, y por esto hay que leerle pronto la cartilla a Juliano, a fin de que emulando al Valentino, pueda consumir la empresa que a este último se le fue de las manos (Ridolfi, 1938).

A Juliano de Médicis, por tanto, piensa Maquiavelo dedicarle *El Príncipe*; pero como no tarda en darse cuenta de que se trata de un menguado personaje, deja correr el tiempo, y no es sino después de la muerte de Juliano, acaecida en 1516, cuando Maquiavelo se decide al fin

dedicarlo a Lorenzo, su último sobrino, y por lo demás tan incapaz como el tío. Parece casi cierto que jamás leyó el breviario dedicado a "Su Magnificencia", y aún se cuenta en una crónica que el día en que le fue ofrecido *El Príncipe*, por su autor en persona, mostró acoger con mejor semblante el donativo simultáneo de unos perros de caza, con lo cual, según anota el cronista, acreditaba que verdaderamente era un noble señor. Y sólo porque Miguel Angel los inmortalizó, a Juliano y a Lorenzo (aunque felizmente muy estilizados) en la *Cappella Médicis*, nadie recordaría hoy a tan insulsos personajes (Gilbert, 1938).

Como quiera que haya sido, Maquiavelo era bien consciente de que los grandes de este mundo leen bien poco cuando leen; y por esto, al retocar el opúsculo en aquellos años de indecisión, antes de la oferta irrevocable, lo hace no para ampliarlo o adornarlo, sino, por el contrario, para dejarlo lo más enjuto posible. La voluntad antiliteraria de su autor, combinada con la "gravedad del sujeto", hizo de él una de las obras cumbres en la literatura universal.

Libro de pasión, *El Príncipe*, no obstante, es un libro de ciencia. La ciencia política, en efecto, debe hacerse cargo no sólo del régimen político mejor, ni sólo del proceso legal, sino también de aquellos que se producen, se configuran y se mantienen por la fuerza. Debe estudiarlos y analizarlos como un fenómeno natural, con la objetividad de un biólogo en su laboratorio, y con el fin de descubrir, si le es posible, las leyes que presiden a su nacimiento, desarrollo y muerte. Ahora bien, es esto exactamente lo que hace Maquiavelo, de acuerdo con el siguiente esquema que encontramos en el capítulo primero de *El Príncipe*: "Todos los Estados y todos los dominios que han tenido y tienen imperio sobre los hombres, han sido y son o repúblicas o principados. Y los principados son o del todo nuevos, o como miembros que se agregan al Estado hereditario de *El Príncipe* que los conquista... Y estos dominios así

conquistados, o están acostumbrados a vivir bajo un príncipe, o habituados a ser libres; y se conquistan o con las armas ajenas o con las propias, y son, por último, fruto de la fortuna o del talento (Maquiavelo, 1997).

La gran originalidad de *El Príncipe*, sin embargo, no está en aquellas clasificaciones escolásticas, ni en la descripción de otras situaciones más o menos obvias, sino en su tratamiento del *principato nuovo*. Es éste el verdadero problema, y el único, además, que a Maquiavelo le interesa resolver, porque no ha pensado nunca en dar consejos a los reyes de las grandes monarquías hereditarias, sino a quien pueda alzarse en Italia con Estado nuevo y poderoso (Maquiavelo, 1997). Y para este destinatario ideal (porque los reales o habían muerto o le habían desencantado) propone Maquiavelo como modelo a César Borgia, y en el plano de los principios -hasta donde aquí pueda hablarse de "principios"- promulga el evangelio de la fuerza: la dictadura de *El Príncipe* como etapa dialéctica en la marcha hacia el Estado republicano. Lo importante para nosotros, por ser lo de valor permanente, son las máximas de gobierno que se le dan, y que van casi todas por la línea más dura.

Que *El Príncipe* deba conciliarse, hasta donde sea posible, el amor de sus súbditos, continúa siendo también para Maquiavelo (1997), el ideal de todo gobierno; pero a renglón seguido añade que es siempre "mucho más seguro ser temido que amado", y que serlo al mismo tiempo lo uno y lo otro es lo más difícil. Y la razón fundamental por la cual ha de preferirse la dureza a la clemencia, no reside, como a primera vista pudiera parecer, en una concepción moral sobre la seguridad del Estado, sino en la concepción que del hombre en general tiene Maquiavelo, y sin la cual no puede entenderse en absoluto su filosofía política. "Porque de los hombres se puede decir generalmente lo siguiente: que son ingratos, volubles,

simuladores y disimulados, amigos de rehuir el peligro y ávidos de ganancia. Mientras les haces el bien y no los necesitas, son por entero tuyos, pero en cuanto te ven en peligro se te rebelan” (*El Príncipe*, 1997:capítulo XVII). Ni hay que creer que sean más leales por los beneficios que reciben, por que como los hombres son malos nada desean tanto como poder sacudirse el vínculo de la gratitud, por lo que es más seguro tenerlos obligados por el miedo. “Los hombres se afligen del mal y se aburren del bien” (Maquiavelo, 1997).

No debe pensarse que en Maquiavelo sea algo accidental o transitorio esta negra visión de la naturaleza humana. En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* abundan declaraciones semejantes. “Hay que partir del presupuesto de que los hombres son todos perversos, y que siempre que se les presente ocasión, harán uso de la malignidad de su ánimo... Los hombres no obran jamás el bien, a no ser por necesidad” (*Discursos*, 1997:1, III).

Maquiavelo, cuya idea del hombre, más que pesimista, es literalmente desesperada. Ya en el prólogo de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* está muy claro que la naturaleza humana es tan inmutable como la “del cielo, el sol y los elementos”, y como todo esto puntualmente, el hombre será siempre, en todo tiempo o latitud, lo que siempre ha sido. “De acuerdo con el mismo orden, y siempre, los hombres nacieron, vivieron, y murieron” (*Discursos*, 1997:1, XI). En todas las ciudades y en todos los pueblos –leemos más adelante– los hombres han estado sujetos a los mismos deseos y a las mismas pasiones (*Discursos*, 1997:1, XXXIX), y con la misma fatal inclinación al mal. Tan fatal y tan incontrastable, podemos añadir, como cualquier ley de la naturaleza, la gravitación por ejemplo, ya que el hombre entra apenas como uno más de los elementos naturales. A este punto, vale la pena poner de manifiesto cómo los consejos de crueldad que encontramos en *El Príncipe*, brotan desgraciadamente de algo mucho más profundo. Brotan de la más desoladora visión de la

especie humana, con la cual, por consiguiente, hay que conducirse como con las fieras más dañinas. La crueldad, no obstante, tiene también su código, o en otras palabras sus modos o cautelas. Una muy importante es no atentar jamás a la propiedad ajena (a no ser, naturalmente, que también se mate al propietario), porque siempre habrá, por parte del expropiado, un deseo de venganza (Maquiavelo, 1997). Y a la objeción de que este deseo lo tendrán igualmente, en caso de asesinato, los deudos del occiso, contesta Maquiavelo que no hay que temer por este lado, “porque los hombres olvidan más pronto la muerte del padre que la pérdida del patrimonio” (Maquiavelo, 1997). Y sin duda que así es, si el hombre no es más que un animal de presa.

La otra cautela, y por ventura la más importante, es la de que, y sobre todo en el príncipe del principado nuevo, la mano dura debe hacerse sentir de una vez y con todo su peso, después de lo cual podrá irse extendiendo, pero ahora con toda lentitud, la mano blanda. “Porque las injurias deben hacerse todas juntas, a fin de que ofendan menos al saborearse menos, mientras que los beneficios deben hacerse poco a poco para que puedan saborearse mejor” (*El Príncipe*, 1997:capítulo VIII). La norma general, en consecuencia, parece ser la de que las únicas ofensas aconsejables son siempre las extremas, es decir las mortales, por la razón siguiente: “Porque a los hombres hay que ganarlos o suprimirlos, ya que, así como se vengan de las ofensas leves, no pueden hacerlo de las graves; de modo que, cuando se trata de ofender a un hombre, hay que hacerlo de manera que no pueda tomarse la venganza” (*El Príncipe*, 1997:capítulo III).

Al servicio del pueblo, por tanto, o al servicio del tirano, la moral política es una y la misma, y por algo Whitfield (1947) dejó escrito que la única diferencia entre *El Príncipe* y los



*Discursos sobre la primera década de Tito Livio* está en que aquél cuenta la historia de un hombre ambicioso, y éstos, por su parte, la de un pueblo ambicioso. De un pueblo, además, que así como respetó la libertad en su régimen interno, así también practicó la tiranía en sus relaciones con otros pueblos.

La violencia no basta, sino que ha de alternarse con la perfidia, o acompañarse de ella, si fuere el caso. De esta acción dice expresamente Maquiavelo (1997) que no puede pasarla en silencio, porque “es digna de noticia y de ser imitada por otros”. Más aún que la violencia, la perfidia es lo típicamente constitutivo del maquiavelismo según ha ido configurándose esta noción a lo largo de la historia. Tiene, además, una dimensión de mayor permanencia en el arte de la política, ya que si la violencia puede cesar alguna vez, la perfidia, en cambio, debe ser la norma habitual en las relaciones internacionales, en las cuales no siempre podemos imponernos a los otros pueblos por la fuerza, pero sí sacar ventajas por el dolor y la violación a sangre fría de los tratados internacionales. Y como César Borgia se nos ha presentado antes como el perfecto modelo de la crueldad, el *león*, así viene ahora el *zorro* de la perfidia ejemplificada en el digno padre de tal hijo, en el papa Alejandro VI, con lo que todo queda en familia. La cita será larga, pero hay que hacerla; la de este terrible capítulo XVIII de *El Príncipe* (Maquiavelo, 1997), acaso el más terrible de todos, porque arrasa con todos los valores morales y que va como sigue:

“Cuán laudable sea en un príncipe mantener la fe prometida y vivir con integridad y no con astucia, lo entienden todos. No obstante, se ve por experiencia en nuestros tiempos que los príncipes que han hecho grandes cosas son aquellos que han hecho poco aprecio de su fe, y que han sabido con astucia envolver la mente de los hombres, por lo que, en el resultado final, han superado a aquellos que se han fundado sobre la lealtad”.

“Debéis saber, por tanto, cómo hay dos maneras de combatir, una con las leyes y la otra por la fuerza, y que la primera es propia del hombre, y la segunda de la bestia; pero como a menudo no basta la primera, conviene recurrir a la segunda. Por tanto, a un príncipe le es necesario saber usar bien de la bestia y del hombre. Veladamente enseñaron esto mismo a los príncipes los autores antiguos, los cuales nos cuentan cómo Aquiles y otros muchos príncipes de aquellos tiempos, le fueron dados al centauro Quirón para que los educara y los tuviera bajo su disciplina. Lo cual no significa otra cosa -esto de tener por preceptor a uno medio bestia y medio hombre- sino que es preciso que un príncipe sepa servirse de una y otra naturaleza, y que ninguna de ellas es durable sin la otra”.

“Siendo, pues, necesario que un príncipe sepa servirse bien de la bestia, debe, entre las bestias, escoger el zorro y el león, porque ni el león puede defenderse de las trampas, ni el zorro de los lobos. Zorro hay que ser, por tanto, para conocer las trampas, y león para amedrentar a los lobos, y nada de esto entienden los que quieren simplemente atenerse al león. De lo que se sigue que un señor prudente no puede ni debe observar la fe cuando, tal observancia le cause perjuicio y se hayan extinguido las causas que le hicieron prometerla. Y si los hombres fuesen todos buenos, no sería bueno este precepto; pero como son malos y no te guardan la fe, no tienes tú tampoco por qué guardarla á ellos. Ni faltaron jamás a un príncipe excusas legítimas con que colorear su inobservancia; de lo cual podrían darse infinitos ejemplos modernos, y mostrar cuántas paces y cuántas promesas han sido convertidas en irritas y vanas por la infidelidad de los príncipes, y cómo aquellos que han sabido mejor hacer el zorro, son los que han tenido el mayor éxito... Y de los ejemplos más recientes no quiero callar el siguiente. Alejandro VI no hizo jamás otra cosa, ni pensó en otra, sino en engañar a los hombres, y encontró siempre sujeto en quien poderlo hacer. Nunca hubo otro hombre que con mayor energía prometiera una cosa y que con mayores juramentos la

afirmase, y que la observase menos: a pesar de lo cual, siempre le resultaron sus engaños, porque conocía bien la naturaleza del mundo...”

“Y hace de entender lo siguiente: que un príncipe, y sobre todo un nuevo príncipe, no puede observar todas aquellas cosas por las cuales son los hombres estimados por buenos, ya que a menudo se verá constreñido, para mantener su Estado, a obrar contra su palabra, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión. Y por esto es necesario que posea un ánimo dispuesto a tomarse en el sentido que le indiquen los vientos de fortuna y las variaciones de las cosas, y como dije antes, no apartarse del bien, si puede, pero saber entrar en el mal, si hay necesidad... Esfuércese el príncipe, por tanto, en vencer y en mantener su Estado, que los medios serán siempre juzgados honorables y loados por todos, porque el vulgo se deja llevar siempre del éxito y de las apariencias, y en el mundo no hay sino vulgo.” (Maquiavelo, 1997).

Para completar el cuadro, hay que agregar aún que no sólo la perfidia, sino que la crueldad también tiene su función, y muy prominente, en las relaciones internacionales. El capítulo V de *El Príncipe* (Maquiavelo, 1997), que enuncia las normas o procedimientos de la conquista de la manera siguiente:

“Tres modos hay de tener sujetos a los Estados acostumbrados a vivir con sus leyes y en libertad, a saber: el primero, destruirlos; el segundo, ir el nuevo príncipe a vivir allí en persona, y el tercero, dejarlos vivir con sus leyes, cobrando un tributo y creando una oligarquía de amigos tuyos que te lo conserven”.

Pero inmediatamente le asalta la duda a Maquiavelo (1997) sobre la eficacia del segundo y tercer modo, y pensándolo mejor, se apresura a añadir: “En verdad, no hay otro

modo de seguro de poseer tales Estados sino su destrucción. Porque quien llega a ser señor de una ciudad acostumbrada a vivir libre, y no la deshace, o tiene sino que esperar a ser deshecho por ella, porque invocará siempre, para rebelarse, el nombre de la libertad y el orden antiguo, y estas cosas no se olvidan, jamás, ni por más tiempo que pase ni por más beneficios que se concedan”.

Y cuando, por último, no se trata de sojuzgar a Estados de régimen democrático, bastará con suprimir a los antiguos príncipes y a su linaje, a su “sangre”.

Bien sabía Maquiavelo que su opúsculo era sólo para su destinatario natural: el príncipe, vale decir el gobernante. *El Príncipe* ha sido, para príncipes o villanos, cátedra de maquiavelismo. ¿En qué consiste el maquiavelismo? Si hubiera de condensarse en una sola frase, habría que decir que se resume en la proposición de que el fin justifica los medios. En ella se resume todo el resto, ya que la crueldad, la perfidia y cuanto más se quiera, no son sino medios que el gobernante debe poner por obra en la consecución del fin primario y absoluto, que es la conservación del Estado. Y si de frases se trata, recordemos no más la que antes transcribimos: que los medios, cualesquiera que sean, eran siempre juzgados honorables y alabados.

Con toda claridad le hemos oído decirnos que, en caso de necesidad, debe el gobernante, continuar siendo malo. Lo dice en *El Príncipe* y lo repite en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en este notable pasaje:

“Son estos modos crudelísimos y enemigos de todo vivir no solamente cristiano sino humano, y todo hombre debe huir de ellos y querer mejor vivir como particular que no como rey con tanta ruina de, los hombres. No obstante, aquel que no ha elegido aquella primera vía

del bien y quiera mantenerse (en su Estado). conviene que entre en este mal" (*Discursos*, 1997:1. XXVI).

Para los efectos prácticos, una vez más, puede aceptarse que es completo el divorcio entre ética y política. De lo mismo salimos para volver a lo mismo eternamente, porque el Estado, no menos que el hombre, sigue a su modo el ciclo de las estaciones y la regularidad, igualmente cíclica, de la naturaleza. De la generación nace la corrupción, y de ésta, a su vez, la generación, y así indefinidamente, en un mundo sujeto por entero al eterno ciclo de la generación y la corrupción (Chabod, 1958).

Del gobierno de uno (monarquía) se pasa, al degenerar en tiranía, al gobierno de pocos (aristocracia), y éste a su vez, en degenerar en oligarquía, da origen a la democracia, la cual, degenerando en olocracia, establece una situación que permite reiniciar el ciclo con el gobierno de uno solo. Seis formas de gobierno: tres sanas y tres degeneradas, se suceden así y vuelven a sí mismas, en un eterno proceso circular. Y lo único que puede hacerse es tratar de prolongar, por más o menos tiempo una de ellas (Chabod, 1958).

"Tal es el círculo en que giran todos los Estados; pero raramente regresan a las mismas formas de gobierno, porque casi ningún Estado tiene tanta vida que pueda pasar muchas veces por estas mutaciones y mantenerse en pie. Y lo más que a menudo acontece es que un Estado, decayendo progresivamente, por la fatiga, en fuerza y sabiduría, acaba por ser súbdito de un Estado vecino y mejor ordenado". (*Discursos*, 1997:1.11)

Tampoco cambia el hombre para Maquiavelo, ya que todo hombre, para él, es un

criminal en potencia. Realmente no sabe uno por qué no se apropió Maquiavelo, antes que Hobbes, el famoso, *homo homini lupus* (las cursivas son nuestras) partiendo de cuya noción desembocan uno y otro pensador, muy lógicamente por cierto, en la concepción leviatanesca del Estado como fuerza pura, como jaula o doma de fieras.

### 1.2.2 Thomas Hobbes

Thomas Hobbes (1588-1679) filósofo y teórico político inglés, fue uno de los creadores de la nueva visión mecánico-matemática del mundo establecida en el siglo XVII gracias a la interacción de la reflexión filosófica y de la ciencia natural.

La más duradera aportación intelectual de Hobbes es su teoría política. Sin embargo, la primera expresión de su interés por la política fue más histórica y clásica que filosófica. Hijo de un clérigo de Wiltshire, Hobbes inició su educación clásica en plena niñez, siendo enviado a Oxford a los 14 años. Al abandonar la universidad con el grado de bachiller en 1608, fue designado tutor del hijo de William Cavendish, Lord Harwick, al que posteriormente se concedió el condado de Devonshire. Este fue el comienzo de la vinculación, que habría de durar toda la vida, con la familia Cavendish, cuya amistad y patrocinio le permitieron proseguir su carrera como filósofo. En 1629, después de varios años de dedicación al estudio de la literatura clásica, publicó su primera obra, una traducción de la *Historia de Tucídides* (Aubrey, 1957). De acuerdo con Laird (1934) Hobbes veía en la historia el instrumento más valioso para la educación política de la clase gobernante; como tal, le parecía que la obra de Tucídides no había sido superada. Es sumamente significativo que, entre todos los historiadores antiguos, prefiriese al escritor más naturalista en la indagación de los acontecimientos, así como el más profundo analista de las perturbaciones de la vida política, e incluso del sentido de las palabras, que se derivan de la guerra civil. Sostuvo que la verdad depende de la formulación de definiciones claras y de la correcta deducción de todas sus consecuencias.

Era también el momento en que se estaba incubando la revolución contra el gobierno

de Carlos I. Los comienzos de la rebelión en Escocia e Inglaterra: en los últimos años del decenio, impulsaron sin duda a Hobbes a elaborar sus doctrinas políticas. (Goldsmith, 1966) En adelante, escribe Aubrey (1957, pág. 151), durante 10 años seguidos sus pensamientos se apartaron casi por completo de las matemáticas y se centraron sobre todo en la filosofía política. El resultado fue la composición de tres obras que encierran la sustancia de su teoría política: *Los Elementos de las Leyes* (1640), *De cive* (1642) y *Leviatán* (1651).

El enfoque hobbesiano de la teoría política refleja el espíritu del movimiento científico contemporáneo. Dentro de su concepción, el Estado constituye uno de los departamentos dentro de una división tripartita de la filosofía, cuya totalidad se centra en el cuerpo. Según esta clasificación, la filosofía se ocupa primero del cuerpo en sus aspectos más simples y generales; después, del hombre en su condición de cuerpo natural de un género particular y, finalmente, de la república como un tipo de cuerpo artificial concebido por la razón.

Hobbes se consideró a sí mismo como el padre de la ciencia política, comparándose con los grandes innovadores, como Copérnico, Galileo y Harvey. El sentido de esta presuntuosa afirmación se hallaba referido a su concepción del método. (Laird, 1934) El modo de proceder en filosofía, afirmaba, no puede ser otro que el método de causa y efecto; en consecuencia, razonar filosóficamente significa o bien demostrar los efectos de un fenómeno a partir de causas conocidas, o bien demostrar las causas mediante sus efectos conocidos. Concebía la causa no como una conexión necesaria entre sucesos comprobados experimentalmente, sino, en un sentido puramente intelectualista-deductivo, como una explicación hipotética lograda por medio de un razonamiento correcto y acorde con la experiencia ordinaria. Creía que, en el estudio de los fenómenos naturales, el hombre sólo puede alcanzar



un conocimiento de las causas "posibles". mientras que, por el contrario en el estudio de la república, un cuerpo artificial concebido por la razón humana, el hombre puede establecer con certeza las causas. Fue tan lejos por este camino que llegó a comparar la filosofía civil con la geometría. De la misma forma que la geometría es demostrable porque son los propios hombres los que establecen sus figuras, "la filosofía civil es demostrable porque somos nosotros mismos los creadores de la república" (Aubrey, 1957, pag.184).

Más específicamente, las definiciones de lo justo y de lo injusto, de la ley, del contrato, etc., sobre las que descansa el orden político, son resultado de la invención y del acuerdo de los hombres. Fundar la política como ciencia equivaldría a proponer definiciones de las que pudieran deducirse estrictamente la generación de una república y las normas necesarias para su existencia. Esto es lo que Hobbes creía haber realizado.

Hobbes inicia su teoría política con un análisis de la naturaleza humana. Pinta al hombre como una criatura de actividad incesante que no puede hallar el descanso en ninguna actividad. Dentro de este torrente de actividad, el hombre persigue fines específicos. El hombre llama bien a aquello que desea, y mal a aquello que le produce temor o aversión. Bien y mal, pues, poseen diversos significados según sean los propósitos que persiguen los hombres. Al describir de este modo cómo los hombres configuran sus nociones del bien y del mal, Hobbes no defendía una concepción relativista de la moral; por el contrario, constituye piedra angular de su filosofía política el hecho de que los hombres deben coincidir en ciertas definiciones comunes si quieren alcanzar lo que todos desean evidentemente: la propia conservación, condición de cualquier otra actividad. Tampoco Hobbes reprochó o condenó al hombre por ser la criatura egoísta que es. Sostiene que la filosofía política debe tomar a la

naturaleza humana como es en realidad si su propósito es mostrar que la paz y la vida en común son posibles entre criaturas que necesariamente refieren todas las cosas a su propia individualidad. *La política de Hobbes se vincula, pues, a su psicología* (las cursivas son nuestras). La tarea que asigna a la razón no es la de vencer o anular a la pasión, imposible en todo caso, sino disciplinarla. La razón ha de enseñar a la pasión de qué cosas debe abstenerse y qué normas debe aceptar para alcanzar sus fines de autoconservación y, más allá, el bienestar y las ventajas de la vida civilizada.

Hobbes se encontró frente al problema propiamente político, es decir, el de cómo asegurar la paz y el orden en una multitud, al pasar de la consideración del hombre general y abstracto a la del estado de naturaleza, donde hay que hacer concesiones para que puedan coexistir “muchos” hombres. Para Hobbes no tenía demasiada importancia saber si el estado de naturaleza había existido históricamente o no. Para él representaba, sobre todo, la alternativa hipotética de la república y de la soberanía y era, por consiguiente, una condición en la que los hombres no estaban sujetos, en la búsqueda de sus diversas finalidades, a otro poder que el que ocasionalmente pudieran imponerse unos a otros. Hobbes trataba de pensar al margen de la sociedad civil, con objeto de trazar un cuadro de la vida en ausencia de un orden político coercitivo. *Lo que describió era un estado de incesante y opresiva inseguridad, una guerra de todos contra todos, en el que nada es de nadie con seguridad, en el que las nociones de justo e injusto no tienen cabida y en el que todos tienen literalmente derecho a todo* (las cursivas son nuestras).

En medio de esta auténtica anarquía, Hobbes discernía las bases del derecho natural en la voluntad de vivir del hombre. Puesto que todos los hombres buscan su propio bien, temen naturalmente a la muerte, el peor de los males. Consecuentemente, la razón –afirma Hobbes–,

prescribe que los hombres deben tratar por todos los medios de asegurar su propia conservación. Cualquier cosa que se hace de acuerdo con la razón "se hace justa y rectamente" (Laird, 1934). El derecho natural era considerado por Hobbes como un antecedente del orden político; es un imperativo moral lógicamente derivado de la premisa de toda actividad y de toda pasión humanas: el deseo de vivir. De esta forma, cuando la razón enseña que, para alcanzar la propia seguridad, los hombres deben renunciar a la libertad del estado de naturaleza, el camino que va desde la anarquía a la república y la civilización ha sido abierta. Además, sólo la razón puede mostrar los medios que conducen de hecho a aquello que todos los hombres quieren, y sólo esos medios serán, en consecuencia, bienes reales. Serán las normas que habrán de mantener a los hombres como seres racionales para que su derecho sea efectivo.

Hobbes llama a los preceptos de la razón que conducen hacia la propia conservación ley natural, y enumera algunos de estos preceptos, de los cuales el más importante es que el hombre debe procurar la paz. A partir del mismo, mediante la deducción, la razón establece también que los hombres deben renunciar a su derecho sobre todas las cosas y contentarse "*... con una libertad frente a los otros semejante a la que está dispuesto a permitirles frente a él*" (Goldsmith, 1966).

Ahora bien: ¿en qué sentido son leyes estos preceptos? Hobbes contesta que solo en el caso de que sean considerados como mandamientos de Dios. En otro caso, no son propiamente leyes, puesto que consisten en simples consejos y no son formalmente obligatorios. Podrían definirse como "Conclusiones o Teoremas relativos a cuanto conduce a... la conservación" (Goldsmith, 1966-págs. 122-123) Es decir, para Hobbes, la ley de la

naturaleza apenas significa otra cosa que los medios o condiciones que el espíritu calculador demuestra que son necesarios para la conservación. Esto constituye un alejamiento radical de la concepción tradicional. En la filosofía política tradicional, la ley de la naturaleza era considerada como la ley genuina que prescribía normas éticas, de origen divino, que vinculaban a todos los pueblos de la tierra. Hobbes, sin embargo, muy escéptico con respecto a esta concepción, iba a seguir un camino diferente. Rehusó derivar los dictados de la ley natural de un reino sobrenatural, sobre la base de que ni Dios ni la revelación pueden ser objeto de conocimiento, hallándose ambos más allá del alcance de la filosofía. Afirmó también que aquellos dictados eran vacuos hasta que la ley positiva definía su sentido. Es decir, la ley natural prohíbe el robo, el asesinato o el adulterio, pero solo la ley positiva puede determinar qué acciones van a ser incluidas dentro de estas denominaciones (Laird, 1934). Hobbes se esforzó en desterrar las ambigüedades del concepto de ley natural en una doble dirección: mediante la negación de que la ley natural fuera en absoluto una ley propiamente dicha, derivando autónomamente sus preceptos de la lucha, racionalmente orientada, del hombre por su conservación. A partir de aquí, le fue posible rechazar al orden divino como la base de la valoración moral; los valores no están ni garantizados por la divinidad ni inscritos en el cosmos: *son una creación de los hombres* (las cursivas son nuestras).

El precepto fundamental de la ley natural es que el hombre debe buscar la paz. Esto entraña su renuncia al derecho sobre todas las cosas, que le pertenecen en el estado de naturaleza. Pero, aunque la razón siempre obliga al hombre a hacer esto, hay que establecer las condiciones en que puede hacerlo con seguridad. El acuerdo para renunciar a su derecho no es suficiente si no existe también un poder que asegure su adhesión a la resolución racional. Surge así, como una inferencia posterior, la comunidad política en que una voluntad

única representa a las voluntades de todos y posee el derecho de imponerse coactivamente sobre aquellos que violan el acuerdo al que la razón les ha impelido (Laird, 1934). En definitiva, la causa última de la comunidad política, según Hobbes (1984), es la previsión de los hombres, gracias a la cual se dan cuenta de que la sociedad civil es el único medio para la conservación y, asimismo, para una vida pacífica. Partiendo de este punto de vista, Hobbes (1984) rechazaba, por supuesto, la doctrina aristotélica de que el hombre es un animal político. No negaba que el hombre fuera por naturaleza sociable, pero insistía en que la colectividad política no era una mera reunión, sino una verdadera unión que exigía necesariamente la realización de una serie de pactos.

Hobbes explica con todo detalle que el consentimiento de los hombres para ser gobernados se manifiesta a través de un contrato o pacto. El pacto constituye, para Hobbes, una hipótesis tan necesaria como el estado de naturaleza, pues es preciso para demostrar que la república es impensable si no es como algo a lo que los hombres otorgan su consentimiento en nombre de la vida y de la civilización. *Le corresponde también la función ulterior de justificar la coerción y las penas impuestas por el Estado* (las cursivas son nuestras) (Hobbes, 1984). Si estas han de ser algo más que meros actos de poder, es preciso que sean establecidas mediante un pacto en el que el propio hombre, como ser racional, sea el autor de los castigos en que incurre por sus transgresiones en la sociedad civil.

En toda república, dice Hobbes, debe existir un poder soberano que sancione el pacto de paz que los hombres han convenido. *“Los pactos, sin la espada, no son más que palabras, y carecen de toda fuerza para dar seguridad al hombre”* (Aubrey, 1957, pag.128). La necesidad de la soberanía se desprende, pues, de la misma secuencia de deducciones que

conducen a la sociedad civil. Los atributos del soberano son los mismos en cualquier forma de gobierno (democracia, aristocracia y monarquía) y son amplísimos. *El poder soberano no puede ser removido ni castigado por sus súbditos; es el único juez de lo que conduce a la paz y, por tanto, de las doctrinas y opiniones que deben ser profesadas; solo su voluntad produce el derecho y determina las normas reguladoras de la propiedad, de lo bueno y de lo malo, de las acciones legítimas e ilegítimas; recompensa y castiga, manda las fuerzas armadas, decide sobre la guerra y la paz* (las cursivas son nuestras) (Laird, 1934). Hobbes, naturalmente, reconocía que, en la realidad, los soberanos no ejercían esos poderes, ni los súbditos estarían dispuestos a permitir que lo hicieran. Esto, sin embargo, le parecía ilógico: si el soberano ha de conservar la paz y el orden, sus súbditos deben reconocer la necesidad de todos sus atributos.

Con su riguroso razonamiento, Hobbes trajo al mundo la doctrina moderna de la soberanía. Según Laird (1934) esta doctrina tenía ya una larga tradición cuando Hobbes entró en escena: una aproximación a la misma se encontraba en la obra del pensador francés del siglo XVI Juan Bodino y, en hora más temprana, en los escritos de los canonistas medievales y de los publicistas que sostenían las posiciones más extremas de la monarquía papal. *Pero la concepción de Hobbes presenta la novedad de no admitir ninguna limitación jurídica del poder soberano. Era la consecuencia de su concepción del derecho, que se definía no por su contenido moral, sino exclusivamente por su carácter de mandato del soberano. El soberano no puede estar limitado por el derecho positivo, porque el origen de este es precisamente la voluntad del soberano, y tampoco por la ley natural, puesto que, propiamente hablando, no es una ley* (las cursivas son nuestras).

Puesto que el derecho natural, o sea la aspiración a la propia conservación del hombre, es la raíz de la doctrina política de Hobbes, este derecho introduce sustanciales matizaciones en el carácter absolutista de su pensamiento.

El liberalismo de Hobbes se halla implícito en su concepción del derecho natural, el tema dominante de su teoría política. Nos encontramos, pues, con el hecho paradójico de que el absolutismo se establece sobre presupuestos liberales. La comunidad política es obra de los hombres: su única justificación es la utilidad. Hace a los hombres morales y les educa para la civilización, pero lo hace a través de su consentimiento y porque favorece sus propósitos. Si Hobbes defendió el absolutismo fue porque consideraba que coincidía con el interés general. Sin esta premisa, no habría grandes dificultades para construir un sistema liberal con los mismos materiales de su propia filosofía política.

Hobbes fue uno de los más famosos pensadores de su tiempo. Sus escritos alcanzaron una amplia difusión, y, aunque no llegaron a formar escuela, ejerció probablemente mayor influencia que ninguno de sus contemporáneos sobre la teoría política inglesa. A pesar de esta conducta, Hobbes conservó el favor y la amistad de Carlos II, después de la restauración de los Estuardos en 1660 (Aubrey, 1957).

Hobbes ejerció una poderosa influencia incluso sobre sus críticos. Les obligaba a dejar a un lado sus concepciones morales y teológicas para que se enfrentaran con él en su propio terreno, el razonamiento estricto y severo, y debatieran sobre problemas en concordancia con sus méritos intelectuales. El notable estilo de su prosa, perfectamente expresivo del carácter firme, inquisitivo y confiado de su espíritu, contribuyó también, y en no pequeña medida, al

impacto que produjo sobre sus amigos y seguidores y hasta sobre sus antagonistas. Tanto por sus doctrinas positivas, como por el alcance y rigor de sus investigaciones filosóficas, Hobbes fue uno de los más destacados protagonistas de la difusión del racionalismo que alteró el clima moral y mental de Europa en el transcurso del siglo XVII.



### 1.2.2.1 Algunas palabras entorno a Thomas Hobbes

Un problema central preocupa a Hobbes: el de dar una solución coherente y exhaustiva, rigurosa y necesaria a la cuestión de la rectitud en la conducta humana y en el orden social. Como punto de partida trata de establecer la justicia o injusticia de las acciones humanas, y los conceptos prístinos de justicia y Estado, que reduce a su célula primaria: la voluntad individual. Luego, sólo necesita demostrar, como consecuencia, lo posible y lo necesario de la voluntad colectiva, para llegar a una satisfactoria conclusión: el conjunto irracional se convierte en colectividad racionalizada.

Siendo tan importante el método en la realización política a que Hobbes llegará principalmente en el *Leviatán* hay algo que reviste aún mayor trascendencia: su concepción del ser humano entresacada de la experiencia misma. Hobbes niega el altruismo natural del hombre: afirma, en cambio, su rapacidad innata, su inicial posición de guerra contra todos, la impotencia natural de la razón, para guiarlo.

El apetito natural, dice Hobbes (1984), empuja al hombre hacia un irracional afán de dominio y de honor, hacia una incesante superación del prójimo, que Hobbes subraya como la base de la felicidad humana: orgullo, ambición y vanidad (*superbia vitae*) son la fuerza motriz del hombre que trata, primero, de alcanzar excelencia mediante el ejercicio de su propia imaginación; luego, haciéndose estimar o temer por los demás. Para actuar esa potencia expansiva necesita el individuo otros seres en que apoyarse, y los busca por el convencimiento o por la fuerza. Entonces el hombre selecto encuentra oportunidad de mostrar su virtud aristocrática, esa virtud cuya admiración surgió en Hobbes por la lectura de Tucídides y por su personal experiencia entre nobles. Así llega a afirmar, arrebatado por su

entusiasmo historicista, que la virtud más estimable del príncipe es la virtud heroica.

Pero a esa energía expansiva existe un límite preciso: el miedo a la muerte (*timor mortis*), el trance más doloroso y supremo, cuyo acaecimiento diferido pone en tortura la vida entera. Ese peligro mortal imprevisto, ese eterno temor identificado con la conciencia humana, es el origen de la ley y la raíz del Estado, formas expresivas del deseo de autoconservación. Siguiendo esa trayectoria, ni el valor moral de todas las virtudes y pasiones que no contribuyen a la constitución y engrandecimiento del Estado. Para alcanzar dicho esencial postulado de su filosofía política Hobbes se apoya en un conocimiento de los hombres profundizado por el autoexamen y la experiencia, por su incorporación a las preocupaciones políticas de la época, por su contacto con los más insignes pensadores del momento.

Los acontecimientos políticos atraen y distraen su atención del trabajo filosófico, que va cuajando en tres tratados parciales: *De corpore*, *De homine* y *De cive* (este último, la más universal de sus obras). Al regresar a la turbulenta Inglaterra, en 1637, la teoría política de Hobbes estaba articulada ya, y su magna concepción de la inalienabilidad de las funciones de soberanía no hace sino afirmarse ante el espectáculo de la guerra civil que venía anunciándose y de la anarquía que constituye una efectiva plaga. En efecto, su primera formulación vasta de esas cuestiones, los *Elements of Law Natural and Politique* va fechada, en el manuscrito, en 9 de mayo de 1640 (Aubrey, 1957).

El interés político de Hobbes se anima y exalta con las adversidades de Inglaterra. Es entonces cuando idea y construye su *Leviatán* un libro inglés en el cual desarrolla su teoría

entera de la gobernación civil, en relación con la crisis política resultante de la guerra. El *Leviatán* es un monstruo de traza bíblica, integrado por seres humanos, dotado de una vida cuyo origen brota de la razón humana, pero que bajo la presión de las circunstancias y necesidades decae, por obra de las pasiones, en la guerra civil y en la desintegración, que es la muerte.

El *Leviatán* que había de preparar la vuelta de Hobbes a Inglaterra, constituye una penetrante crítica de la Iglesia y de su política: eso y su reprobación de los manejos realistas, le cerró (1651) el acceso a la Corte inglesa en París (Aubrey, 1957), sobre todo cuando afirmó que el nuevo Estado inglés debía excluir con firmeza todos los defectos orgánicos del antiguo, y ser netamente racionalista y laico, un verdadero reino de la luz y de la ciencia, para acabar con el reino de las tinieblas y de la superstición.

La amnistía otorgada por Cromwell en 1652 le permitió volver a su patria, desgarrada por la anarquía y por las discusiones entre católicos, presbiterianos y episcopálistas. Para Hobbes son los años inmediatos de tremenda y enconada lucha: sus adversarios le tachan de ateo y traidor, de enemigo, a un tiempo, de la religión y la monarquía (Aubrey, 1957).

Una nutrida correspondencia con sus amigos franceses mantiene su espíritu en constante vibración durante ese decenio. El día 25 de mayo de 1660 contempla en Londres la vuelta del monarca y el comienzo de una época de recrudescimiento en las persecuciones, que se coronan con la prohibición de reimprimir el *Leviatán*, obra escrita según sus adversarios en justificación del gobierno de Cromwell (Goldsmith, 1966).

Hobbes produce entonces una de sus más jugosas obras: el *Behemoth o el Parlamento largo*, estudio crítico de las causas y desarrollo de la guerra civil. El libro se dirige preferentemente contra el clero presbiteriano y la clase media, responsables, en modo diverso, de ese período de horror para la paz de Inglaterra (Laird, 1934).

No combate Hobbes la existencia de la clase media, sino la miopía de su política: cuando ese estamento comprende su destino histórico y su misión burguesa de enriquecimiento honorable -condición de la paz- Hobbes está a su lado: pero para que ese incremento de bienestar se realice, es preciso que los elementos productivos sientan un anhelo de seguridad y un temor profundo a la violencia. Siguiendo el desarrollo de sus ideas centrales, la filosofía política de Hobbes no es otra cosa que una suplantación de la virtud aristocrática por la virtud burguesa. Y Hobbes se irrita porque la clase media -en aquellos tiempos- ponía con su conducta serios obstáculos al cumplimiento de su propia misión.

En la elaboración de sus conceptos políticos va emancipándose Hobbes de los vínculos tradicionales y perfilando de modo cada vez más neto su vigor original. El hombre que en Aristóteles no es el ser más excelso de la Creación, aparece ya en la introducción del *Leviatán*, netamente renacentista, como la obra más perfecta de la Naturaleza. Pero el *Leviatán* no es un canto a la virtud heroica, sino un fuerte alegato contra el monstruo del orgullo. Ni siquiera la magnanimidad -gesto de un ser superior, que afirma, de paso, su excelencia-, es aceptada por Hobbes como origen de la justicia. Es la duda, con sus correlatos morales: la desconfianza y el miedo, algo anterior y más constructivo en el orden político que la confianza en sí mismo del ser que conoce y ostenta su independencia y libertad.

Pero así como el Estado natural encuentra su origen en el miedo y en la necesidad de dominarlo, la idea central que inspira al Estado artificial finca en la esperanza y en la confiada seguridad de la paz.

En la teoría estatal de Hobbes se intenta unir dos ideas tradicionales opuestas: la de la monarquía patrimonial -inspirada en la soberanía del padre de familia- forma natural y legítima del Estado, y la democrática que sitúa el origen de la legalidad en las decisiones del pueblo soberano, y deriva toda soberanía de una voluntaria delegación de autoridad por parte de la mayoría de los ciudadanos. Hobbes pretende salvar esa pugna conjugando en la institución del Estado los dos motivos antedichos: temor y esperanza. Ese intento revela del modo más claro con qué fuerza influían en el gran pensador las ideas tradicionales y la experiencia de la época crítica porque a la sazón atravesaba su propio país.

Esa legítima monarquía patrimonial no implica una justificación de la regla despótica del conquistador, pero advirtiendo que en gran parte la autoridad del Estado se basa en la usurpación, considera secundario el contenido de legitimidad de la norma y sólo se preocupa de la eficacia de ésta.

En la progresión incesante de las concepciones políticas de Hobbes la idea de una constitución mixta, que resulte de coordinar las dos formas de soberanía, la patrimonial y la democrática, le inspira una aversión decidida. Llegando a rechazar ulteriormente toda restricción de la soberanía o dejar todo el poder siquiera sea en el orden administrativo. Ni siquiera la palabra de Dios -y esta tesis es para Hobbes motivo de violentas persecuciones- se hace obligatoria si no descansa sobre el refrendo del soberano político.

La misma dualidad se advierte en la utilización que Hobbes hace de la Biblia. Hobbes hace uso de la autoridad de la Escritura para robustecer las propias opiniones, pero con el tiempo emplea su dialéctica para conmovir la autoridad de la Biblia misma, y llega un momento en que esta segunda finalidad predomina abiertamente sobre la primera. Una línea crítica que progresa desde los Elementos hasta el *Leviatán* hace que la ciudadela religiosa resulte cada vez menos inexpugnable: a medida que decae en importancia el Estado natural, pierden también significación los argumentos teológicos que se aducían para defenderlo.

En rigor tradicional la obligación del cristiano hacia su fe podía llevarle hasta el martirio. Para Hobbes, en cambio, la obediencia al poder secular se impone, sobre el deber religioso, a quien no tiene la expresa, vocación de predicar el Evangelio. Y así se llega a una tesis de Hobbes según la cual la religión debe servir a la suprema entidad política, y la estimación de que aquella disfrute, depende, precisamente, de si presta o no útiles servicios al Estado.

En otro aspecto más se realiza la liberación de Hobbes con respecto a la tradición aristotélica: La teoría política se libera del filosofismo, de corte tradicional, y se amolda a la experiencia histórica, de sentido francamente revolucionario. Responde a la idea sustancial de Hobbes el hecho de que si la filosofía establece normas para las acciones del hombre, la historia exprime la experiencia humana, y no engendra en el hombre soberbia sino prudencia y sabiduría práctica, la razón más suficiente y segura de la virtud morai.

Hobbes reconoce que la misma necesidad domina el reino de la Naturaleza y el de la cultura: esa convicción afirma en su alma la esperanza de que el conocimiento y la ciencia

pueden y deben modificar el curso de la vida.

Ya Aristóteles dudaba que los principios racionales ejercieran influjo sobre la mayoría de los hombres. Para Hobbes esa duda se convierte en evidencia absoluta; con ello afirma la impotencia de la razón como principio normativo, y en lo sucesivo se preocupa más de la eficiencia que de la rectitud de los preceptos. Así llegamos con Hobbes a plantearnos otro problema: el de la aplicación de las normas, el de la institución de leyes que amplíen el radio de influencia de los preceptos filosóficos. Entre estos preceptos y aquellas leyes se extiende una amplia zona que sólo puede ser colmada por las enseñanzas de la historia. Los preceptos filosóficos entrañan una limitación fundamental y sólo benefician a los selectos: las leyes visan, en cambio, a la mayoría de los hombres.

Ese tema toma y retorna incesantemente en la literatura del Renacimiento. La virtud es siempre cualidad aristocrática, según Castiglione (Goldsmith, 1966): por su inmadurez de criterio los hombres no comprenden ni siguen los mandatos de la filosofía, ni aman la virtud en sí, sino por la recompensa que procura. El nuevo estilo de la historia -en Goldsmith, 1966- persigue una finalidad nueva: la de aplicar y realizar los preceptos filosóficos, y determinar, al mismo tiempo, las condiciones y resultados de esa realización.

De este modo la Filosofía va derivando de la Física y la Matemática, y, por el camino de la Historia, llega a los dominios de la Moral y la Política. Como en el Arte, van abandonándose los orígenes y abstractos esquemas tradicionales, y el hombre -el ser más excelso de la Naturaleza- pasa a ser, con sus limitaciones características, tema central de la Filosofía.

Con ese creciente interés por el hombre se conjuga el convencimiento de que razón por sí sola es impotente para guiarlo: la historia revela la magnitud de la desobediencia humana, y sus enseñanzas procuran un saludable entrenamiento de prudencia. En esa técnica - dice Bacon (Goldsmith, 1966)- irán templándose los hombres para un mejor entendimiento y observancia de los preceptos filosóficos.

Como en otros muchos aspectos del saber renaciente la Historia gana un puesto de importancia junto a la Filosofía. Sus enseñanzas fáciles y copiosas llegan a todos los tiempos y personas, con lo cual queda evidenciada la superioridad de esa rama de conocimientos incluso sobre la filosofía tradicional, que supo formular preceptos útiles a una minoría selecta pero no acertó con el método para hacer llegar su vigencia a la "ignorante mayoría".

En ese intento de Hobbes, corresponde a las pasiones un amplio lugar, pero no en el sentido baconiano de ser asestadas unas contra otras, sino en el de buscar con todo empeño su armonía creadora.

Adviértase, sin embargo, que la historia misma ha de usarse con moderación. En los inicios de la historia, el estado de lucha natural existe de tribu a tribu, y no de hombre a hombre. Pero Hobbes se interesa sólo relativamente por el origen histórico inmediato del Estado, ya que de esa investigación no resulta dilucidada la cuestión cardinal de cuál sea el orden justo de la sociedad. Sólo llega a formular al efecto una tesis defectiva: que a falta de ese orden sobreviene la guerra de todos contra todos.

Por esa razón consideraba Hobbes más esencial e incomparablemente más importante



que el conocimiento histórico, por perfecto que sea, la fundamentación filosófica de los principios de todo juicio relativo a temas políticos. La tesis del llamado "estado de naturaleza" no es tanto un hecho histórico como una construcción necesaria, es decir, una historia no ya real sino típica, un esquema que no preexiste sino que se produce y prueba a sí mismo.

El Estado y la necesidad del Estado surgen del "estado natural", de la misma manera que, más tarde, Hegel (Laird, 1934) hace brotar de la conciencia natural el conocimiento absoluto. Los dos filósofos coinciden en investigar lo imperfecto no a base de un módulo más valioso, sino apoyándose en la imperfección misma, porque ésta, como valor dinámico, se comprueba y anula por sí sola. Para Hobbes el hombre que se obstina en permanecer en estado de naturaleza contradice su propia esencia. Las pasiones, según Hegel (Laird, 1934), modelan a sí mismas y a sus propósitos de acuerdo con su estructura, y construyen el edificio de la sociedad humana donde la ley y el orden establecidos tienen poder contra las mismas pasiones.

En una constante actividad depuradora de su propia teoría, Hobbes declara superflua la historia real cuando la misma filosofía política se ha convertido en una historia típica, desde el momento en que el orden no es inmutable desde el principio, sino perfecto solamente al final del proceso. La filosofía política -dice Leo Strauss (Goldsmith, 1966)- se ha convertido así, en manos de Hobbes, en una ciencia *a priori*: "Su función ya no es, como en la Antigüedad clásica, recordar a la vida política el prototipo eterno e inmutable del Estado perfecto, sino la moderna y peculiar tarea de delinear por primera vez el programa del Estado esencial, futuro y concreto". La historia cede en favor de la filosofía: el pasado, en favor del porvenir.

gobierno, singularmente en la aristocracia y en la demagogia.

El éxito, afirma Hobbes, infla la vanidad, que es la pasión más peligrosa del hombre. La excesiva prosperidad hace brotar en el hombre un desaforado amor a sí mismo. En cambio la mala fortuna pone cautela en los pasos del gobernante y del ciudadano, y suscita en ellos el miedo, germen de los buenos consejos, fuente de la meditación solitaria. La vanidad no sabe vivir sin la publicidad ostentosa: el temor, el miedo se compaginan mejor con la soledad. Sólo el infortunio, singularmente el inesperado, ilustra y depura al hombre: así también nuestro filósofo prefiere la recuperación de un bien perdido a la pacífica posesión. Por esos senderos van buscándose las excelencias que Hobbes encuentra en los gobiernos monárquicos: y su idea era fundamentalmente tan fuerte que en el transcurso de su existencia sólo varió el método de expresarla.

Miedo y honor son dos pasiones irreconciliables. En los *Elementos de la ley*, la única norma de las acciones en la guerra es el honor: en el *Leviatán*, más tarde, afirma Hobbes que la fuerza y el fraude son, en la guerra, las dos virtudes cardinales (Laird, 1934). Señalemos de paso que al expresar esa opinión, Hobbes no justifica la moralidad, sino la necesidad de tales hechos. La virtud aristocrática que inicialmente recibió de él elogios sustantivos, más tarde sólo se consideró provechosa en situación de guerra, esto es, en estado de naturaleza. La gloria del héroe nublaba la masa de sus seguidores: pero con el Renacimiento había llegado la época en que la historia, la poesía y el arte no se agotaban ya cantando a los reyes, sino que buscaban motivos de inspiración en las gestas del estado llano; en el perfil de los temas comunes, narrados en una forma más familiar que heroica.

En la crítica de la virtud aristocrática, la prudencia sustituye al honor, y la justicia y la caridad se resuelven en el temor de la muerte violenta.

El método de las Ciencias exactas, que Hobbes aplica a la filosofía política, significaba que iba a descartarse de modo definitivo el valor, hasta entonces esencialísimo, de la opinión: en lo sucesivo la filosofía política vendría a asignar fines obligatorios e indiscutibles a la voluntad y a la acción: las pasiones dejarían de ser motor irrefrenable, para convertirse en meros auxiliares. Así pues, nacía con Hobbes, una fría Ciencia política; necesitada de expresar su contenido sin contradicción posible: y es en este aspecto en el que renace el aristotelismo, que subraya el valor de la retórica, de la palabra precisa, frente a los hechos equívocos.

La soberanía considerada por Hobbes no es obra de razón sino de voluntad: el soberano no es la mente sino el espíritu del Estado, tesis que ya se aproxima mucho a la de Rousseau, según la cual el origen y asiento de la soberanía es la voluntad general. La ley, hábil y cambiante, se ajusta a los movimientos efectivos de la opinión general (Goldsmith, 1966).

La concepción hobbesiana del Estado de naturaleza se aparta netamente del sentido paradisiaco que a ese estado primordial asigna el pensamiento teológico. Hobbes separa con claridad dos etapas: una situación de barbarie y de guerra de todos contra todos, un mundo sin germen de derecho, y, por otra parte, un Estado creado y sostenido por el derecho, un Estado con poder bastante para iniciar y reformar su estructura.

Leyendo a Hobbes no se podría afirmar, que su teoría niega cualquier vínculo jurídico que no emane del poder estatal. La ley fundamental de naturaleza, señalada por Hobbes, implica en primer término la obligación de procurar la paz, pero seguidamente se añade que la propia renuncia al derecho que tenemos a todas las cosas, sólo es obligada cuando los demás están dispuestos a esa misma renuncia. Es, pues, en germen, la misma limitación general de la libertad que sirve de base, más tarde, a la formulación kantiana. Se asegura, así, una voluntad colectiva a la que sirve una sagaz teoría de la representación jurídica: pero no se niega la posibilidad de otras potencias de esa voluntad colectiva. La débil posición del "derecho" de gentes se explica por esa situación de guerra eterna en que aun se hallan sus titulares. El Estado no hace en esencia otra cosa que negar el estado de naturaleza y los dominios personales inherentes a él, construye un mandato y una representación, obra en nombre y con el poder de todos.

De acuerdo con Goldsmith (1966), quien conozca la calurosa defensa que de la auténtica burguesía económica hace Hobbes en su *Behemoth*, así como el hondo sentido moral que penetra en sus concepciones del Estado justo, encontrará poco fundada la tendencia a presentar a Hobbes como el origen de las teorías políticas totalitarias. "Un Estado -dice Hobbes- puede forzarnos a obedecer, pero no a que nos convenzamos de un error. .. La opresión de las opiniones no produce otro efecto que el de unir y amargar, esto es, aumentar la maldad y el poder de quienes en seguida las creyeron".

Hobbes sostiene la idea de defender con todos los medios, incluso la violencia y el engaño, los derechos del hombre abandonado a sí mismo cuando el Estado no existe o ha dejado de existir.

Quiere la paz a toda costa -¿quién vería en ello una afirmación totalitaria?-, siente una ferviente pasión por el orden, y cualquier manifestación de fuerza que sea necesaria para mantenerlo, le parece justa. Con una insuperable vehemencia rechaza todo atentado a la armonía y a la paz lograda, y ello le conduce a subrayar con ejemplos históricos abundantes la insensatez de la democracia derivando hacia la anarquía. Pero ninguna traba reconoce a su libre juicio, y cuando el soberano fracasa en el mantenimiento de su poder intangible, él, como súbdito, se considera liberado de su obligación de obedecer.

### 1.2.3 Max Weber

Max Weber (1864-1920) nació en Alemania en la época bismarckiana. Su padre era abogado, y en la estimulante atmósfera intelectual del hogar de los Weber, el interés cultural del muchacho se despertó en edad temprana. Recibió una excelente educación secundaria en cuanto a idiomas, historia y humanidades se refiere. Comenzó sus estudios universitarios en 1882 y asistió a las universidades de Heidelberg, Göttingen y Berlín; estudió derecho al tiempo que adquiría competencia profesional como economista, historiador y filósofo (Bendix, 1960).

Weber se licenció en derecho en 1886, coronado su carrera universitaria en 1891, pero su salud nunca le permitió acceder a una posición académica fija. Tras servir como *Privatdozent* de derecho en la Universidad de Berlín y como consejero gubernamental, y tras haber llevado a cabo amplios programas de investigación (en los años inmediatamente anteriores y posteriores a su matrimonio en 1893), llegó a ser profesor de economía, primero en la universidad de Friburgo en 1894 y después, en 1896, en la de Heidelberg. En 1898 sufrió una crisis nerviosa y, tras repetidos intentos de volver a la enseñanza, la universidad lo dio de baja sin sueldo. Incapacitado durante unos cuatro años, reanudó sus actividades académicas en 1903, llegando a coeditor del *Archiv für Sozialwissenschaft*. En 1904 comenzó a publicar su propia obra académica. Desde entonces se dedicó a la investigación privada, principalmente en la ciudad de Heidelberg, y no volvió a la actividad propiamente universitaria, sino por breves periodos, en Viena y Munich, en los años inmediatamente anteriores a su muerte (Bendix, 1960).

Investigador de la política del poder, examinó los problemas constitucionales con el

espíritu de un "ingeniero" político, aunque se interesó vivamente por los problemas éticos y por la significación cultural de la lucha por el poder. Un liberal con una visión pesimista de las masas y una convicción plena de la necesidad del liderazgo personalista, fue también un individualista apasionado, enfrentado a las fuerzas nacientes del colectivismo.

Una de las consecuencias del interés de Weber por la acción y su sentido fue su conceptualización de las colectividades en función del comportamiento social y no de las estructuras. En el contexto del libro, incluso las palabras del título aparecen modificadas, sugiriendo así procesos cambiantes. Por ejemplo, en lugar de "economía" (*Wirtschaft*), el texto habla de actividades económicas (*Wirtschaften*), y en lugar de "sociedad" (*Gesellschaft*), de socialización o de actividades encaminadas a formar sociedades (*Vergesellschaftung*) (Parsons, 1947).

Weber analizaba el sentido o significado de la acción humana a varios niveles, tres de los cuales pueden considerarse básicos, puesto que ofrecen un esquema organizativo para *Economía y Sociedad* (sin duda, sigue habiendo incertidumbre en cuanto a la organización proyectada por Weber, ya que la obra quedó sin terminar y varios editores han añadido subtítulos). Los tres niveles se refieren, respectivamente, a los componentes del interés material, los sentimientos de afinidad y la autoridad en las relaciones sociales.

En primer lugar, Weber (Crozier, 1963) se ocupó de los procesos de formación de grupos basados en el interés material. Analizó asociaciones como las de los corredores de bolsa, basadas en las relaciones de mercado; las firmas de negocios, basadas en métodos de contabilidad (a diferencia de las firmas familiares, que combinan el negocio y la dirección

familiar y no se limitan a los intereses materiales); el comercio y las empresas financieras, basados en el "botín"; las asociaciones juramentadas, que desempeñaron un importante papel en el desarrollo autónomo de las ciudades de Europa occidental y muchas otras. Tal como definía a las clases sociales, pertenecían también a la categoría de grupos basados en intereses materiales, ya que el concepto de clase social designaba para él la "situación de mercado" común a un grupo de personas que tienen, por consiguiente, posibilidades similares de disponer de unos bienes o de la capacidad de conseguir unos ingresos. En segundo lugar, Weber (Crozier, 1963) analizó los procesos de formación de grupos basados en sentimientos o afinidades. A este respecto estudió la comunidad familiar, la vecindad, los clanes o grupos extensos de parentesco (*Sippen*), los estamentos y grupos de rango social (*Stände*), las comunidades religiosas y otros. Estos grupos se forman todos en función de unas creencias compartidas sobre lo que es honorable y conveniente. Finalmente llegan a tener estilos de vida comunes, apoyados, a su vez, en restricciones segregadoras sobre la hospitalidad y el matrimonio. Estas restricciones son a menudo también la base de los monopolios económicos y de la organización militar, es decir, de organizaciones basadas en el interés material. La interacción entre estos dos niveles de abstracción es un tema constante en la obra de Weber, que analizó tanto las ideas y los sentimientos de afinidad implícitos en acciones aparentemente motivadas por intereses solo económicos, como los intereses económicos de los estamentos y las élites religiosas. A un tercer nivel, Weber citaba las relaciones sociales basadas en el ejercicio de la autoridad. Reinterpretando la distinción entre sociedad y Estado, Weber diferenciaba entre los grupos basados en el interés común o la afinidad y los que tenían como base una organización jerárquica y una creencia común en un orden legítimo de autoridad.



### 1.2.3.1 Tipología de la Dominación

#### Concepto de dominación

A reserva de hacer en otro momento una exposición más detallada de los conceptos de legitimidad y dominación, hagamos una breve presentación de éstos, sólo para adentrarnos a la definición de los tipos de dominación legítima. La dominación es para Weber (1974) un caso especial del poder; este último significa "la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad". Así, para que se dé la imposición de la voluntad que supone el ejercicio del poder no es necesario -es inclusive indiferente- que aquellos a quienes se les impone la consideren inserta en un orden válido (legítimo) o que sea obedecida como si tal validez existiera. Se trata, dice el autor, de un concepto general y "sociológicamente amorfo", puesto que las relaciones de poder pueden darse en el mercado, en la cátedra, en las fiestas, en el deporte, en las relaciones sexuales, en los debates científicos, en la política, etc.

**ESTA TESIS NO SALE  
DE LA BIBLIOTECA**

En cambio, por *dominación* debe entenderse "La probabilidad de encontrar obediencia a un mandato de determinado contenido entre personas dadas" o, en otras palabras: "el concepto de dominación sólo puede significar la probabilidad de que un mandato sea obedecido" (Weber 1974). Así, en el caso de poder tenemos acentuada la idea de una imposición y, en cambio, en el de la dominación, la de una obediencia. Subrayamos: una voluntad que se impone y la obediencia a un mandato determinado entre personas dadas. El sujeto pasivo de la relación de poder se convierte en activo o, al menos, pierde su extrema pasividad en la dominación. Además, quien obedece un mandato en una relación de dominación lo hace como si tal mandato fuese legítimamente válido. Esto queda

mucho más claro en otra de las definiciones que nos proporciona el autor (Weber, 1984): "...entendemos aquí por 'dominación' un estado de cosas por el cual una voluntad manifiesta ('mandato') del 'dominador' o de los 'dominadores' influye sobre los actos de otros (del 'dominado' o de los 'dominados'), de tal suerte que en un grado socialmente relevante estos actos tienen lugar como si los dominados hubieran adoptado por sí mismos y como máxima de su obrar el contenido del mandato ('obediencia')".

En esta otra definición encontramos que la "imposición de la voluntad propia", que define al poder, se convierte, en una "voluntad manifiesta" que "influye" sobre los actos de los otros. En este sentido, la dominación se distingue del poder tanto por la orientación del sujeto pasivo (obediencia) como por la del activo (voluntad manifiesta o mandato).

Por último, Weber (1974) distingue a la dominación de otro tipo de relación social: la disciplina, que consiste en "la probabilidad de encontrar obediencia para un mandato por parte de un conjunto de personas que, en virtud de actitudes arraigadas, sea pronta, simple y automática".

Así tenemos otra trilogía que corresponde con bastante aproximación a la que presentamos en el apartado anterior sobre los tipos de orientación de la acción en las relaciones sociales permanentes: uso (disciplina), cálculo (poder), obligatoriedad (dominación). En otras palabras: la disciplina *dada* por las actitudes arraigadas, el poder que se *impone* por la adecuación a una situación de intereses y, la dominación que es obedecida como si los actores se la representaran como válida, legítima u obligatoria.

Es importante detenemos un poco a analizar las implicaciones de la expresión "como si", que hemos venido subrayando en lo que va de este apartado. El concepto de dominación en Weber no se refiere sólo a la dominación legítima, aunque su tipología la haya construido, como veremos, atendiendo básicamente a sus respectivos fundamentos primarios de legitimidad. De hecho una dominación puede sustentarse en motivos no legítimos o ilegítimos: en una constelación de intereses, en la mera costumbre o en el puro afecto. En el escrito de Weber (1974) encontramos referencias constantes a cada uno de estos, por ejemplo, en su visión de la ciudad como "asentamiento de mercado", en su análisis de los sistemas de dominación legal condicionados o reforzados por el hábito, en la dominación carismática condicionada por el afecto. Por ello es que el autor define a la dominación, originalmente, en un sentido amplio: "únicamente" en méritos de la relación formal de obediencia, sin tener en cuenta la propia opinión sobre el valor o desvalor del mandato como tal.

Los motivos de obediencia que sustentan la dominación no legítima o ilegítima no se tradujeron en una tipología de la dominación debido, quizás, a que no tenían las cualidades que Weber quería mantener como el objeto propio, aunque no exclusivo, de la sociología comprensiva: las acciones con sentido que conforman las relaciones culturales entre los individuos, que son básicamente relaciones de valor. Sin embargo, insistimos, estos soportes ilegítimos de la dominación aparecen frecuentemente en la exposición de las características de los tipos de dominación legítima: inclusive los encontramos como si en un grado significativo fuesen condicionantes *ad hoc* de cada uno de los tipos de dominación legítima: el hábito condicionado a la dominación tradicional, el afecto condicionando a la carismática y la adecuación a una situación de intereses condicionando a la legal-racional.

Además de la relevancia que otorga a las fuentes de legitimidad en la construcción de su tipología de la dominación, Weber (1984) señala que la dominación le interesa "ante todo en cuanto está relacionada con el régimen de gobierno" y, añade: "toda dominación se manifiesta y funciona en forma de gobierno".

### 1.2.3.2 Tipos de Dominación

Los tipos de dominación fueron contruidos, en principio, a partir de las pretensiones típicas o de los fundamentos primarios de legitimidad o, si se quiere, a partir de la siguiente pregunta: ¿en qué últimos principios puede apoyarse la validez (legítima) de una forma de dominio, es decir, la exigencia de obediencia del cuadro administrativo a los mandatos del señor y, de los dominados a los mandatos de ambos? Pero, además de la legitimidad, como ya vimos, a Weber le interesaba la dominación, ante todo, en cuanto se manifiesta y funciona en forma de gobierno. Le pareció adecuado distinguir los tipos de dominación según sus pretensiones típicas de legitimidad porque "según sea la clase de legitimidad pretendida (por la dominación) es fundamentalmente diferente tanto el tipo de obediencia, como el carácter que toma el ejercicio de la dominación. Y también sus efectos" (Weber, 1974).

A reserva de volver sobre la cuestión de los motivos teóricos que tuvo el autor para construir su tipología de la dominación con base en lo apuntado (y en lo que paginas adelante veremos y especularemos), los siguientes son los tres tipos puros de dominación:

1. Dominación de carácter racional (ó legal ó racional-legal): que descansa en la creencia en la legalidad de las ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad (autoridad legal).

2. Dominación de carácter tradicional: que descansa en la creencia cotidiana en la santidad de las tradiciones que rigieron desde lejanos tiempos y en legitimidad de los señalados por esa tradición para ejercer la autoridad (autoridad tradicional).

3. Dominación de carácter carismático: que descansa en la entrega extracotidiana a la santidad, heroísmo o ejemplaridad de una persona y a las ordenaciones por ella creadas o

reveladas (autoridad carismática).

Es necesario insistir que se trata de construcciones típico ideales, · contruidos intencionalmente de manera unívoca, cuyo valor para el conocimiento sólo puede ser probado en la medida de su contribución a la explicación de los fenómenos sociales concretos. Y, una observación más, para la identificación concreta de fenómenos sociales que se aproximen a cada uno de los tipos de dominación, no es necesario que la generalidad de los dominados se orienten por cada una de estas representaciones de legitimidad para la presunción de su pertenencia a uno u otro tipo; basta con que lo haga "un grupo significativo" o, al menos, la generalidad de los miembros del cuadro administrativo. En la práctica sucede que la generalidad de los dominados obedecen al señor y a su cuadro por muy diversos motivos, por ejemplo, el hábito, el cálculo interesado, el afecto.

Antes de pasar a la presentación de los tipos de dominación, es conveniente apuntar breves definiciones de algunos conceptos que encontraremos frecuentemente en lo que sigue de este trabajo, aunque algunos de ellos recibirán después un tratamiento más extenso.

Por *legitimidad de una dominación* debe entenderse sólo la probabilidad de ser tratada prácticamente como tal y mantenida en una proporción importante; los *señores* en una relación de dominación son los dirigentes cuyo poder de mando efectivamente ejercido no procede de una delegación de otros señores; *cuadro administrativo*, aparato de mando o, simplemente, aparato, será el conjunto de personas que se ponen a disposición del señor con el objeto de garantizar y/o promover la obediencia de los dominados en una dominación; la *estructura* de una dominación es ante todo el modo característico en que se efectúa la

relación entre el señor o señores y el cuadro administrativo, y entre ambos y los dominados y, además, los principios básicos de la organización; la *organización* es la manera en que se hallan distribuidos los poderes de mando (las funciones de los miembros del cuadro administrativo).

a) Dominación legal:

La dominación legal racional, dijimos, es aquella que descansa en la creencia en la legalidad de ordenaciones estatuidas y de los derechos de mando de los llamados por esas ordenaciones a ejercer la autoridad. Tenemos así, por un lado, la creencia en la validez (legítima) de ordenaciones racionalmente (con arreglo a fines o a valores) estatuidas (pactadas u otorgadas) y, por el otro, poderes autoritarios de mando establecido por esas ordenaciones.

En su tipo más puro, esta dominación se ejerce mediante un aparato racional-burocrático, cuyas características fundamentales son las siguientes:

- 1) un ejercicio continuado de funciones dentro de una competencia delimitada por la ley en cuanto a su ámbito de deberes, atribución de poderes y de medios coactivos;
- 2) rige el principio de jerarquía administrativa;
- 3) las reglas, según las cuales hay que proceder, pueden ser técnicas o, simplemente, normas;
- 4) existe una plena separación entre el cuadro administrativo y los medios de administración y de producción;
- 5) no existe apropiación del cargo por quien lo ejerce y, por último,
- 6) rige el principio administrativo de atenerse al expediente.

Por otra parte, la estructura de la dominación legal-racional descansa en la validez de las siguientes ideas entrelazadas entre sí:

1. Que todo derecho, "pactado" u "otorgado", puede ser establecido de modo racional-racional con arreglo a fines o racional con arreglo a valores (o ambas cosas)- con la pretensión de ser respetado, por lo menos, por los miembros de la asociación; y también regularmente por aquellas personas que dentro del ámbito de poder de la asociación (en las territoriales: dentro de su dominio territorial) realicen acciones sociales o entren en relaciones sociales declaradas importantes por la asociación.
2. Que todo derecho, según su esencia, es un cosmos de *reglas* abstractas; por lo general establecidas intencionalmente. La judicatura implica la aplicación de esas reglas al caso concreto; y que la administración supone el cuidado racional de los intereses previstos por las ordenaciones de la asociación, dentro de los límites de las normas jurídicas y según principios señalables que tienen la aprobación o por lo menos carecen de la desaprobación de las ordenaciones de la asociación.
3. Que el soberano legal típico, la "persona puesta a la cabeza", en tanto que ordena y manda, obedece por su parte al orden impersonal por el que orienta sus disposiciones.
4. Que -tal como se expresa habitualmente- el que obedece sólo lo hace en cuanto *miembro de la asociación* y sólo obedece "al derecho".
5. En relación con el número 3, domina la idea de que los miembros de la asociación, en tanto que obedecen al soberano, no lo hacen por atención a su persona, sino que obedecen a aquel orden impersonal; y que sólo están obligados a la obediencia dentro de la *competencia* limitada, racional y objetiva, a él otorgada por dicho orden.

En la realidad, la dominación legal nunca es puramente legal; puede suceder, y es



lo más probable, que la creencia en la legalidad se haya hecho un "hábito" y, en este caso, hallarse condicionada por la tradición; o, también, que la dominación legal tenga como uno de sus sustentos el prestigio o el "carisma" del o los dominadores. El carácter específico que adquiere en la realidad la dominación depende de la forma en que se halle combinada con los otros sustentos legítimos y ilegítimos de una determinada dominación, de ésto también depende su permanencia.

En suma, la dominación legal es aquella que basa su probabilidad de encontrar obediencia de parte de los dominados y del cuadro administrativo en la creencia en la legalidad de ordenaciones, establecidas (o que tal es su pretensión típica de legitimidad); el cuadro administrativo, en su tipo más puro, es burocrático-racional y, al igual que el señor y los dominados, al mandar y obedecer, según sea el caso, lo hacen atendiendo a un orden impersonal: un sistema de normas racionales establecidas. El Estado (moderno occidental) y la empresa capitalista constituyen ejemplos típicos de dominación legal-racional.

b) Dominación tradicional:

Como ya lo apuntamos, la dominación tradicional es aquella que descansa en la creencia cotidiana, en la santidad de las tradiciones y en la legitimidad de los señalados por esta tradición para ejercer la autoridad. Como en el caso de dominación legal, los dominados obedecen a un orden impersonal; pero, a diferencia del orden legal, el tradicional no es un sistema de normas racionalmente establecidas, sino las tradiciones santificadas por el transcurso del tiempo; además el ejercicio de la autoridad tradicional no se atiene sólo a lo establecido por el orden tradicional (impersonal), sino también a un cierto margen de discrecionalidad del señor, fuera de las normas de la tradición la voluntad del

señor sólo se halla ligada por los límites que le pone en cada caso el sentimiento de equidad, o sea, en forma sumamente elástica: de ahí que su dominio se divida en un área estrictamente ligada por la tradición y otra, de la gracia y el arbitrio libres, en la que obra conforme a su placer, su simpatía o antipatía y de acuerdo con puntos de vista puramente personales susceptibles, en particular, de dejarse influir por complacencias también personales.

Los límites, casi siempre imprecisos, que la tradición impone a la discrecionalidad del señor consisten fundamentalmente en lo siguiente: el riesgo de que la violación sistemática o excesiva de lo establecido por la tradición se traduzca en el derrumbamiento de la dominación misma o en la sustitución del señor.

En el caso más sencillo, la dominación tradicional es una "asociación de piedad determinada por una comunidad de educación, en la que el dominador es el señor", los dominados son los "súbditos" y los miembros del cuadro administrativo son "servidores".

Las relaciones del cuerpo administrativo con el señor no están determinadas por el deber o la disciplina objetivos del cargo, sino por la "fidelidad personal"; no existen una jerarquía racional fija, el nombramiento y ascensos regulados, la formación profesional como norma, ni el sueldo pagado en dinero. Además, en vista de que el ejercicio de la dominación se orienta por la tradición, en el tipo puro de dominación tradicional es imposible la creación deliberada, por declaración de nuevos principios "jurídicos o administrativos", excepto aquellos que puedan ser legitimados por considerarse válidos de antaño y ser reconocidos por la sabiduría tradicional.

En la dominación tradicional pueden darse dos formas de estructura: la *puramente patriarcal* y la *de clase*. En la primera, el señor realiza el reclutamiento, dispone de los medios materiales de la administración y mantiene bajo su mando personal directo a todos sus servidores, que no pueden actuar como tales si no es en nombre y por cuenta del señor. En la segunda, en cambio, "los servidores no lo son personalmente del señor, sino que son personas independientes, de posición prominente: están *investidos* con sus cargos por privilegio o concesión del señor o poseen en virtud de un negocio jurídico (compra, pignoración o arriendo) un derecho propio al cargo, del cual no se les puede despojar más".

c) Dominación carismática:

Vimos cómo en los casos de los tipos de dominación legal y tradicional las relaciones entre dominadores y dominados están sustentadas en las creencias de la legitimidad de ordenes impersonales (el derecho y la tradición santificada): además, aunque en el segundo el señor tiene un cierto margen de discrecionalidad, demarcado por la tradición, ambos se hallan al servicio de lo cotidiano y, en consecuencia, son sistemas con un alto grado de permanencia. En cambio, la dominación carismática se sustenta en la "entrega extracotidiana" de los dominados a una persona que posee (o a la que le atribuyen cualidades o aptitudes sobrenaturales o, al menos, excepcionales -facultades mágicas, revelaciones, heroísmo, poder intelectual u oratorio-). Así, el señor puede ser profeta, héroe guerrero o gran demagogo. El cuadro administrativo, cuando existe, obedece exclusivamente al caudillo personalmente "a causa de sus cualidades excepcionales, y no en virtud de su posición establecida o de su dignidad tradicional". Según sea el señor: es un profeta, son discípulos; si el príncipe de la guerra, séquito y, en general, al jefe lo siguen los hombres de

confianza.

El modo como habría de valorarse "objetivamente" la cualidad que llamamos carisma es indiferente desde la perspectiva tipológica, lo que importa es cómo es valorada por los dominados y por los adeptos. En realidad lo que se da entre éstos es un "proceso de comunicación de carácter emotivo", teniendo como eje a una personalidad que se considera en posesión de fuerzas sobrenaturales, sobrehumanas o extracotidianas o ejemplar. La dominación carismática se caracteriza por su transitoriedad, al grado que es difícil precisar su comienzo y su final: la entrega a personas extraordinarias sucede en momentos y situaciones extraordinarias; por eso el autor dice que sólo puede existir, en su sentido más puro, en *statu nascendi*. Se define por su oposición a la rutina (legal, tradicional o cualesquiera que sea); es, en este sentido, antieconómica y "revolucionaria": no respeta más normas que las dictadas por el caudillo o las reveladas por el profeta. La autoridad carismática se basa en la entrega extracotidiana de los dominados, por sus cualidades personales y el "reconocimiento" que deriva de ello. Estas características son las que hacen pensar a algunos autores que la dominación carismática "no es tanto un tipo de autoridad (dominación), como (en su forma más pura y estricta) un modo de cambio inducido por el impacto de algún gran hombre" y que hablar de liderazgo "carismático" es hablar de "movimiento". Por ahora, sólo queremos insistir, en la transitoriedad y el carácter personal de la dominación carismática, tales, que para preservarse tiene que desaparecer o perder ambas características.

### 1.2.3.3 Una visión al concepto de poder de Max Weber

Parece evidente que el poder –el poder político, por lo menos- era un problema que le interesaba a Weber; la propia búsqueda de un concepto específico así lo supone. Sus biógrafos destacan la preocupación de Weber por la política y los presentan como uno de aquellos sociólogos a quienes interesa la sociedad a partir del interés que tienen ellos mismos por la cosa pública, que sienten nostalgia de la acción política y que hubieran querido tomar parte en la contienda política y ejercer el poder. “La lucha entre las clases y los individuos por el poder le parecía la esencia o, si se prefiere, el dato constante de la política.” (Aron, 1967).

Weber consideraba que la política es ante todo combate (Kampf) ya fuera entre las naciones, las clases o los individuos. Sólo aquellos individuos animados por la voluntad de poder participan en ese combate y, por lo tanto, están dotados para la política.

De acuerdo con Aron (1967), la política de poder entre las naciones, donde las guerras aparecen como normales, es, para Weber, otra de las formas de la lucha por la vida. En otras palabras, hay una visión a medias extraída de Darwin, a medias de Nietzsche, en la cual Weber integraba su noción de política de poder.

Weber, continúa Aron (1967), escribió que “el poder, es el medio inevitable de la política y por consecuencia el deseo de poder es una de las fuerzas motrices”. La relación social de combate se define por la voluntad de cada uno de los actores de imponer su voluntad a pesar de la resistencia del otro.

Tenemos aquí, ya, la conocida definición de poder weberiano. En efecto, Weber

(1974) nos dice que poder es la probabilidad, cualquiera que sea el fundamento de ésta, que, dentro de una relación social, tiene un individuo o un grupo de imponer su propia voluntad, aún contra toda resistencia.

El poder está diseminado, desigualmente, en toda la sociedad. En efecto, toda una suerte de circunstancias pueden colocar a un hombre en condiciones de imponer su voluntad. Por eso Weber, que se preocupa de sentar un orden racional, establece el concepto de dominación, concepto que debemos relacionar con el de legitimidad y ambos con la administración burocrática, de carácter específicamente moderno.

Como recordaremos, Weber nos dice dos cosas con respecto a esta burocracia, en relación con el poder. Una de ellas es el carácter fatal de la burocracia como centro de toda administración de masas. La otra es que dicha burocracia gobierna gracias al saber, y "tiene la tendencia a acrecentar aún más su poder por medio del saber de servicio" y que en la sociedad moderna sólo el empresario es superior en saber.

Por otro lado, debemos recordar que "Política significará, pues, para nosotros, la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos estados o, dentro de un mismo estado, entre los distintos grupos de hombre que lo componen" (Weber, 1974).

En resumen, el poder se da entre individuos, en una relación entre dos o más de ellos, pero siempre como individuos singulares (aunque pueden estar agrupados); la esfera privilegiada de ese poder es la política, y la asociación política por excelencia es el Estado;

éste está dominado, cada vez más ineluctablemente, por una burocracia, que genera su propio saber y, por ello, acrecienta su poder.

*“Para mantenerse, un sistema social debe formar su personal y suministrar los papeles sociales que lo componen. Debe inculcar a los individuos los valores, las actitudes y las orientaciones que les permitirán ‘jugar’ su papel político”.*  
Cot y Mounier

## CAPÍTULO II. LA SOCIALIZACIÓN

### 2.1 UNA REVISIÓN PRELIMINAR DEL PROBLEMA

Desde los estudios iniciales de Hyman (1959), uno de los pioneros en este territorio, ha venido cobrando interés la investigación y el esfuerzo explicativo de los procesos de socialización política. No debe resultarnos extraño que haya sido en fecha “relativamente” reciente cuando se dispusiera el abordaje de las conductas y de las creencias políticas de los individuos. Una actitud escrupulosa en relación a la inviolabilidad de la mente de los sujetos o de su posible manipulación a través de las actividades involucradas en el trabajo con ellos, había predominado e impuesto un sello de prohibición en el tratamiento de este tema. Escrupulos un tanto hipócritas en el fondo, si advertimos precisamente que la presencia de los individuos dentro de la sociedad nos coloca desde nuestro nacimiento en circunstancias de recibir las más diversas influencias y, a partir de determinada edad, incluso las políticas, que contribuyen a moldear nuestras futuras convicciones como ciudadanos de un país determinado.



En los Estados Unidos despuntaron, en su momento, los estudios de Greenstein (1965) sobre la imagen del presidente en niños escolares; de Hess y Torney (1967), que resumieron una extensa encuesta realizada en 1961 entre escolares americanos sobre los diversos tópicos políticos entre los cuales se destacan el sentimiento nacionalista, la percepción del gobierno como expresión de una interpretación personalizada a través de sus figuras principales, y la relación del ciudadano con los partidos políticos y con el gobierno; de Litt (1963), quien aplicó el análisis de contenido para examinar textos escolares y entrevistas realizadas entre dirigentes educacionales y de la comunidad, acerca de las formas de participación en las actividades políticas en tres grupos representativos de sectores sociales diferentes; de White (1969) que llevó adelante una investigación sobre las relaciones entre inteligencia, diferencias individuales y aprendizaje en el proceso de socialización política; de Adelson y sus colaboradores (1969), que apelaron al recurso imaginativo de solicitar a los adolescentes que propusieran formas de organización política y legal en una isla desierta; de Furth y sus colaboradores (1976) sobre la concepción del niño acerca de varias instituciones sociales; de Almond y Verba (1965) que abordaron el estudio de la cultura política de la democracia y de la estructura social que la sostiene en cinco países: Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia y México; de Dawson, Prewitt y Dawson (1979) quienes intentaron un trabajo de síntesis y sistematización de los hallazgos realizados hasta ese momento en persecución de una explicación coherente sobre el fenómeno.

En Francia, Roig y Billon-Grand (1968), Percheron (1971, 1974, 1978, 1980) y Padioleau (1976) abordaron el estudio de la socialización política dentro de un marco de desarrollo, en especial el último, que reivindica de un modo más enfático, el papel del individuo y de los procesos de pensamiento que ocurren en él.

Merecen una cita aparte los trabajos de Clawson (1973) donde examinó los cambios en el proceso de socialización política ocurrido en la URSS, desde el triunfo de la revolución socialista hasta la época poststaliniana de Krushchev y Brezhnev; además del trabajo de Caldeira y Greenstein (1978) sobre el estudio comparado de las orientaciones políticas de los Estados Unidos, Inglaterra y Francia, dentro de una perspectiva de la socialización política.

La Teoría de la identidad social (Tajfel y Turner, 1979; Turner, 1990), en sus diversos momentos de construcción. Teoría del conflicto intergrupalo (Sherif y Sherif, 1969; Tajfel, 1972). Teoría de la identidad social de la conducta intergrupalo (Tajfel, 1972) y Teoría de la categorización del yo (Turner, 1990), plantean el hecho de que los seres humanos, aparte de ser individuos, somos individuos en grupos, y entre esos grupos que nos proveen de un nicho socializador, de un marco cultural, de relaciones afectivas, de intercambio, de enseñanza y de aprendizaje, entre muchas otras, se producen relaciones de comparación y de categorización social: a la vez que se desarrollan sentimientos de pertenencia con el grupo de origen, así como identificación con ese grupo o con grupos considerados como mejores o más atractivos (grupos de referencia) (Maritza Montero, 1999).

Turner (1975) señalaba que ser miembro de un grupo, desarrolla una identidad social producida por la evaluación positiva de sus atributos al ser comparado con otros grupos. Y esta evaluación favorecedora satisface a su vez, la necesidad que tienen las personas de ser juzgadas socialmente como positivas, la cual constituye lo que Turner llama una "regularidad empírica" (Maritza Montero, 1999).

Una de las investigaciones más recientes sobre este tema de la socialización política es

que el hicieron José Octavio Nateras Domínguez y Juan Soto Ramírez sobre *Los valores de la democracia en niños mexicanos* que tuvo "por objetivo obtener los significados psicológicos de los conceptos: respeto, libertad, tolerancia, diálogo, justicia, legal, democracia y elecciones en un grupo de 794 niños de 9 a 15 años de educación primaria. El concepto de democracia fue el que agrupó todos los conceptos a excepción del concepto de tolerancia. El estudio plantea la importancia del proceso de socialización en la adquisición de valores y normas que no solo se reflejan en el despliegue de la vida cotidiana y social, en el ritual de lo habitual, sino posteriormente en el quehacer político en la vida cotidiana o en el quehacer cotidiano de la política" (Betty Sanders & Lidia A. Ferreira, 1999).

La discusión se centra, "sobre la socialización política como un proceso que no se limita a la infancia y a la adolescencia y que empieza a tomar forma antes de que el niño cuente con una participación activa dentro de los espacios escolares. Los resultados de este estudio permiten aproximarse a la manera en que dicho grupo infantil define e interrelaciona estos conceptos y lleva a los autores a reflexionar sobre como a pesar de que no se han favorecido, desde lo institucional, los procesos de socialización política en la población infantil, han surgido de manera autónoma, en los espacios que alcanza a generar la sociedad civil" (Betty Sanders & Lidia A. Ferreira, 1999).

Las pocas referencias enunciadas es una simple muestra, distante por demás de ser representativa del universo del trabajo que realizan psicólogos sociales y psicólogos del desarrollo, sociólogos y politólogos, sobre el cautivante problema de la socialización política y los diversos factores que le dan entorno.

La orientación predominante en la mayoría de los estudios que hemos recordado descansa en la interpretación de la sociedad como un cuerpo activo que trata de moldear, a su imagen y semejanza a los individuos que nacen en su seno. No es el momento de hacer referencia a las distintas teorías que subyacen a las investigaciones citadas, pero en su mayoría, el énfasis está puesto en la sociedad y en los agentes suyos para ser eficaz su propósito reproductivo, social y culturalmente hablando. Esto puede observarse en el trabajo de Jennings (1968) sobre la influencia de los padres en la transmisión de valores políticos en los niños; o de Lane (1959), Eccles y otros (1982) sobre la influencia de los padres en la formación de las actitudes y de las creencias políticas de los hijos. Los trabajos de Litt (1963) y Almond y Verba (1965), ya citados, el de Langton y Jennings (1968) sobre la influencia de la escuela en la formación de una educación para la vida política dentro de las normas y valores existentes; o el trabajo de Chaffee y otros (1973) y de Conway y otros (1981) sobre la significación de los medios de comunicación de masas en el mismo proceso de socialización política, o uno de los trabajos más recientes de Himmelweit y otros (1981), donde se intentó hacer síntesis de los diferentes factores que influyen sobre el individuo, enfocado de un modo más específico hacia la detección de sus efectos sobre la decisión de voto del ciudadano. Otros enfoques se enfocaron al examen de la influencia de los partidos políticos en la orientación de los niños y los jóvenes, como Caldeira y Greenstein (1978). En general, los planteamientos dominantes sobre el estudio de la socialización política se han centrado en la dependencia directa del individuo respecto de la sociedad y en la influencia específica de sus agentes sobre las creencias políticas de los niños y adolescentes. Tal se aprecia en los textos generales sobre la materia (Percheron, 1978; Cot y Mounier, 1978 y Dowse y Huges, 1975), en los cuales el proceso se trata desde el ángulo de la sociedad, casi con prescindiendo de la participación de los individuos.

Como ha sido sugerido en líneas anteriores y como lo plantean expresamente Himmelweit y otros (1981) en su libro *How Voters Decide*, hay dos enfoques que han adoptado los psicólogos en el estudio de la socialización política. Uno, que coloca el acento en las interacciones del sujeto con los escenarios sociales donde éste crece y se levanta dejando en lugar relevante el desarrollo cognoscitivo como parte del proceso a la hora de analizar la socialización política, así como cualquier otra actividad que concierna al ser humano. Otro, que privilegia la exploración de los grupos significativos que rodean al sujeto desde el nacimiento y cuya influencia incluye, entre otras muchas, los puntos sobre la organización de la sociedad y los mecanismos de gobierno y participación del ciudadano. Como ha quedado dicho, al individuo se le estudia por medio de las tensiones y el poder modelador del grupo familiar, de la escuela, de la comunidad e, incluso, de los grupos que tiene acceso a los medios de comunicación social, que penetran diaria y sistemáticamente en los hogares para dejar huella, con mucha frecuencia no beneficiosa. Nuestro trabajo está en esta segunda dirección.

Partimos de la formulación de Piaget (1964) que rescató un lugar central para el sujeto cognoscente, en abierta disputa con las concepciones que confinan el sujeto a una posición receptiva, pasiva, maleable en suma. Reclama nuestra atención sobre todo, la pesquisa de cuáles son las formas iniciales que adoptan en el individuo conceptos complejos y de muy diversa interpretación como son los términos de mayor circulación en el vocabulario político.

Como lo afirmó Stacey (1982), en su revisión de la socialización económica en los años pre-adultos, el desarrollo de la comprensión de los fenómenos socioeconómicos puede ser conceptualizada como un activo y continuo proceso durante el cual los jóvenes construyen y

prueban ideas, conocimientos, teorías y prácticas.

Brown (1972) dijo: "Tenemos que saber lo que podemos acerca de las transformaciones comunes en el desarrollo de la inteligencia antes de estudiar la adquisición del lenguaje, de los motivos, de los valores y de las ideologías". Y, en el mismo sentido, White (1969) afirmó que hay una mutua interacción entre el individuo y su ambiente, en el cual el sujeto puede ser relativamente pasivo al comienzo, pero al aumentar su edad se coloca en disposición de responder más libremente, es decir, más activamente.

## 2.2. CONCEPTO DE SOCIALIZACIÓN

El ser humano desde que nace vive en sociedad. No hay ser menos apto para la sobrevivencia después del nacimiento que el infante humano. Esa condición suya, que hace imprescindible la presencia de los otros desde muy temprano, subraya el carácter dependiente del hombre de su entorno social. Al mismo tiempo, esa permanencia en el seno de una sociedad determinada que ha elaborado una cultura característica, no transcurre gratuitamente. Podríamos decir que el precio de sobrevivir radica en la conversión del infante en ser humano, pero ser humano identificado con los rasgos de aquella sociedad donde ha vivido. Ese proceso mediante el cual el individuo va asumiendo progresivamente las formas de conducta y los valores propios de un determinado grupo humano, ha sido bautizado por sociólogos primero, y psicólogos después, como socialización.

En una breve monografía ya clásica, Elkind (1982) definió la socialización "como el proceso mediante el cual alguien aprende los modos de una sociedad o grupo social dado, en tal forma que puede funcionar en ellos". Está implícito en el texto citado la apropiación que hace el sujeto de las formas culturales de la sociedad donde vive y el destino adaptativo del proceso.

Secord y Backman (1976) proporcionaron una definición básicamente similar, pero con la inclusión del elemento interaccional omitido por Elkind. Dicen los autores: "...la socialización se considera como un proceso interaccional donde el comportamiento de una persona se modifica para que se conforme con las expectativas que tienen los miembros del grupo al cual pertenece". Tanto en la definición comentada antes como en esta, es importante destacar que se está haciendo uso de una conceptualización más amplia que la tradicional

aceptada sobre la materia. Ciertamente, debido al énfasis inicial puesto por los primeros estudiosos del fenómeno en los primitivos aprendizajes del niño, *se omitió durante algún tiempo que no sólo el niño se socializa, sino que todo individuo, niño o adulto, que inaugura un medio social distinto, en el cual se ve sometido a nuevas normas y exigencias de conductas propias de ese medio, experimenta el proceso de socialización* (las cursivas son nuestras). En este último caso, más restringido y específico.

Por su parte, en el divulgado manual sobre el desarrollo psicológico del niño de Mussen, Conger y Kagan (1982), se asienta la siguiente definición: "El término socialización designa al proceso por el cual el individuo adquiere las conductas, creencias, normas y motivos apreciados por su familia y por el grupo cultural al cual pertenece". Son más explícitos estos autores cuando enumeran las diversas adquisiciones, con las cuales se enriquece el sujeto mediante al proceso de socialización y otorgan también mayor significación a la acción de la familia sobre el mismo.

Si algo pudiéramos hallar de común en las tres definiciones enunciadas es una cierta óptica unilateral, una cierta manera de mirar al individuo como sujeto pasivo de una influencia modeladora, una prescindencia del sujeto como actor inocultable de todos los procesos sociales. Esta visión parcializada tiene su procedencia en Durkheim (Piaget, 1977b), quien, ocupado en analizar los mecanismos de influencia social y la conformación de las representaciones colectivas, dejó poco lugar para el individuo y para las acciones que él realiza dentro de ese medio social. Es común también en las distintas teorías explicativas del comportamiento social este mismo énfasis externo al sujeto. El relativismo cultural, el conductismo, el psicoanálisis mismo cuando tratan de explicar la conducta social, cuando



ubican al sujeto en su relación con la sociedad, siempre han tendido a interpretar a aquél como una simple derivada de ésta. Esta visión se encuentra expresada también, de una manera más cruda si se quiere, en la *Introducción a la Sociología General* de G. Rocher (1979):

“... aunque se trate de algo que puede disgustar o chocar a primera vista, importa admitir que la acción humana en sociedad obedece a un cierto *determinismo*, puesto que revela, al observador de unas constantes, *información de las conductas individuales* suficiente para permitir la previsión o la predicción. Al producto de ese determinismo lo conocemos como *orden*”.

El mismo autor aborda la explicación de ese orden de un modo tautológico: “...se trata de un orden que es inherente a la vida social, porque constituye una exigencia fundamental de la misma. En este sentido cabe decir que se trata de un *orden natural*”. Se trata, como podemos apreciar en el texto de Rocher, de la presunción de un medio social en el cual se despliega un *orden natural* donde el individuo pareciera no tener sitio. No es nuestra intención colocarnos en una posición opuesta que esgrime la relevancia del sujeto para desvalorizar la importancia de los factores sociales y, en particular, de la sociedad como medio donde ocurre el proceso de socialización. Nos movemos más bien en el sentido de aspirar a una visión más de conjunto donde el proceso de socialización sea entendido como aquél en el cual un individuo cualquiera, dotado de los atributos que haya podido reunir como resultado de sus potencialidades genéticas y de las experiencias acumuladas, entra en contacto con un grupo social concreto que presiona en el sentido de hacer corresponder las conductas del individuo a las exigencias suyas. No está en discusión para nosotros el tremendo impacto que ejerce sobre el individuo. Pero reivindicamos la capacidad del sujeto

para bregar con ella y dotar su conducta de un cierto perfil propio.

Tal vez sea Dawson (1979) quien ofreció un cuadro más completo sobre las interacciones del medio biológico y el medio social sobre el individuo, aunque ciertamente, desde una perspectiva diferente la que él denomina "enfoque biosocial", dentro de una perspectiva histórica y económica. Los psicólogos soviéticos revelan en su análisis del proceso de socialización un interés mayor en la captación del entorno total en que éste ocurre, para arribar de esta manera a una estimación de los diferentes niveles en que la sociedad actúa sobre el individuo. Esta, quizás extensa cita, sea suficientemente explícita para aclarar lo que queremos expresar:

" La formación económica-social, por consiguiente, en su plasmación histórica, demográfica, geográfica y étnica forma un medio social determinado, que engendra uno u otro modo de vida, y consiguientemente, un modo de pensar y de sentir. En consecuencia, formación económico-social, medio social-modo de vida-personalidad, tal es el esquema básico del proceso de penetración de las relaciones sociales en las relaciones del hombre con otros hombres, de lo social a lo individual, la vía por la que se realiza la socialización de la personalidad" (Predvechni, Kon, Platonov, y otros, 1977, p.39)

O, como explica en un lenguaje más psicológico Vigotsky (1964), en el hombre la actividad psíquica es medida por los instrumentos y sus formas de utilización que, objetiva y socialmente ha sido establecidos. Es decir, nuevamente la sociedad se impone al individuo de una manera unidireccional. Aunque debemos reconocer también que los psicólogos rusos han

hecho un esfuerzo para rescatar al individuo mediante la recuperación de la conciencia y de su importancia en la organización y dirección de la conducta, o de la acción, como es el término usado por esa escuela.

Si intentamos resumir en un atributo común las varias y diferentes aproximaciones a la noción de socialización que hemos seleccionado, emergerá la secundaria importancia y la poca atención asignada a la participación del sujeto en el proceso durante el cual se convierte en individuo miembro de una comunidad y cuyas formas de conducta y elaboración culturales hace suyas progresivamente, a través de una permanente y mutua interacción con las distintas instancias sociales con las cuales entra en contacto.

Se puede decir que así como las diferentes escuelas psicológicas han mostrado mucho interés en destacar los efectos modeladores del medio social, la Escuela de Ginebra ha reivindicado al sujeto y a su capacidad para construir la realidad física y social que lo rodea. No hay duda que entre las múltiples contribuciones que Piaget ha dado a la Psicología, está su insistencia para dotar al sujeto cognoscente de propiedades específicas, producto de las interacciones con el medio, en ningún caso resultado de una absorción pasiva, sino más bien de una activa construcción del sujeto. Su teoría ha estado opuesta a esa visión del niño, y en general del sujeto, como de infinita flexibilidad conductual, donde la conducta parecería ser simple producto de necesidades orgánicas y de contingencias de reforzamiento procedentes de los estímulos que lo rodean. Visión donde el sujeto humano se nos diluye en fragmentos de estímulos y respuestas y de donde está ausente un centro ordenador, una instancia integradora, es decir, un sujeto autónomo que interactúa con el medio físico y social, pero cuya conducta no es mera fotocopia que se reproduce de acuerdo a caprichos de éste, sino la resultante de un

sujeto que se desarrolla y, paralelamente, construye un mundo físico y un mundo social a partir de sus intereses, deseos y proyecciones

Ha sido muy estudiado el medio social como conjunto de factores que influyen sobre el sujeto y le dan forma, o lo moldean. Es dentro de este marco conceptual que queremos aprehender el proceso de socialización.

Bastísimo es el programa de investigaciones enfocadas en mayor medida hacia el estudio de la construcción del mundo físico por parte del sujeto. Sin embargo, en nuestro caso nos interesa destacar cómo el proceso de socialización, para ser comprendido en su globalidad, debe verse como el escenario social donde ocurren los intercambios del sujeto con la realidad, pues el resultado no es el vaciado de un molde, sino un sujeto que ha procesado la sumatoria de los factores que lo rodean y emerge de él con su singularidad.

R. Brown (1972) en su voluminoso texto sobre Psicología Social, en la parte donde trata sobre la socialización, reservó un capítulo entero a la contribución de Piaget a la comprensión del proceso de socialización, precisamente por el rescate que el psicólogo suizo ha hecho del sujeto. Amparados, pues, en la confianza que proporciona un enfoque que ha sido productivo en su permanente búsqueda de explicación del desarrollo de la conducta humana intentamos llevarlo a un campo novedoso: el desarrollo de algunos conceptos políticos. Dicho de otra manera, dentro del campo de la socialización política, buscamos describir la forma cómo evolucionan ciertos conceptos políticos.

### 2.3 EL LUGAR DEL SUJETO EN EL PROCESO DE SOCIALIZACIÓN

La influencia de los distintos agentes de socialización puede resultar con frecuencia contradictoria, esta circunstancia está lejos de agotar lo intrincado de la materia. Es necesario darle ubicación también al individuo, al sujeto, al niño, al adolescente o al adulto, que constituyen el otro término de la ecuación.

Como dijimos buscamos colocar al sujeto cognoscente, que es a su vez el sujeto de la socialización, para poder aproximarnos, al proceso de la socialización política. Como Diógenes vamos a buscar al sujeto, en nuestro caso iluminados por la teoría de Piaget .

Si uno hurga en la abundante bibliografía piagetiana se dará cuenta que en sus primeros libros, *El lenguaje y el pensamiento en el niño* (1973<sup>a</sup>); *El juicio y el razonamiento en el niño* (1974<sup>a</sup>); *La representación del mundo en el niño* (1975) y *El criterio moral en el niño* (1974b) el autor destaca su inclinación a abordar las respuestas del sujeto frente a numerosas preguntas o situaciones próximas a él: la familia, el país, las cosas naturales más familiares, los conflictos morales, etc. Su trabajo es, podríamos decirlo, de Psicología Social. Su interés posterior en el análisis de la acción, primero la real y, posteriormente, la virtual, es decir, las operaciones del pensamiento y más aún su motivación, de arribar a una teoría comprensiva del conocimiento, lo alejó de aquellos enfoque primigenios, dejando de esa manera inconclusa y por tanto abierta una fecunda posibilidad de investigación y reflexión sobre el pensamiento del niño y sobre su significación en la interacción con los objetos y con las personas.

Piaget a propuesto una teoría del desarrollo cognoscitivo que desborda hacia campos

distintos a la psicología, tan disímiles entre sí como la biología, la lógica, y la epistemología. Y en el terreno específico de la psicología conforma un planteamiento, un método de trabajo y una trama de interpretación del individuo que no sería injusto considerarla como una de las principales teorías generales de esta disciplina. A diferencia del Génesis, para Piaget, en el principio fue la acción. Acción del niño recién nacido que descubre el mundo cada día cuando mira, cuando toca, cuando oye, en síntesis, cuando entra en contacto con los objetos (inanimados y animados) que lo rodea al ver la luz. Acción representada cuando el niño alcanza el nivel de pensamiento simbólico y el mundo no se reduce a los objetos materiales con los cuales topamos diariamente, sino que el pensamiento nos permite la movilidad del pasado y del futuro, la movilidad del aquí visible y del allá distante. Acción interiorizada, desmaterializada del gesto, diríamos, y convertida en operación reversible, es decir, en operaciones que actúan sobre lo posible y no sólo sobre lo real. Este privilegio original que Piaget concede a la acción no es casual ni vanal. Busca, por una parte, establecer las raíces de la conducta, aun de las más complejas como serían las operaciones formales y reflexivas del pensamiento, en la misma naturaleza biológica del sujeto (Piaget, 1969b); por la otra, exigir un papel protagónico al sujeto, es decir, activo, frente a viejas y nuevas teorías psicológicas que lo relegan a un papel secundario, receptivo, pasivo en suma (Piaget, 1964).

El punto de partida de la teoría de Piaget, su hipótesis de que la conducta surge como resultado de la síntesis entre asimilación (acción del sujeto sobre los objetos) y la acomodación (reajustes que el sujeto debe hacer a su acción de acuerdo a las peculiaridades del objeto), cristalizada en un equilibrio variable, según las edades consideradas, otorga un lugar preponderante al sujeto, puesto que bajo esta luz, el sujeto no es un recipiente a donde vienen a caer los objetos con los cuales tropieza ni tampoco imágenes fotográficas que él fija

en su memoria. Por el contrario, los objetos y las personas son oportunidades de acción que tiene el sujeto, son situaciones en las cuales él puede desplegar sus esquemas, e ir construyendo progresivamente una relación más compleja y a la vez más coherente con el mundo físico y social. Una óptica semejante nos provee de un instrumento inestimable de interpretación del sujeto.

Desde muy temprano Piaget intuyó el desarrollo como una secuencia ordenada de conductas cuya creciente complejidad está en correspondencia con la sucesión de estructuras mentales que le subyacen. No obstante, Piaget ha formulado proposiciones sobre las etapas de desarrollo cognoscitivo. Aquí presentamos, de forma breve, las principales ideas sobre los periodos de desarrollo cognoscitivo:

I. Periodo de la inteligencia sensorio-motora, que se extiende desde el nacimiento hasta la aparición del lenguaje, caracterizado por la coordinación de movimientos y percepciones y cuya expresión más genuina es el despliegue de la inteligencia práctica.

II. Periodo de preparación y organización de las operaciones concretas, que cubre el vasto lapso de 2 a 11 ó 12 años. Domina durante este periodo la estructura representativa y la aparición de las operaciones concretas que le permiten al niño la manipulación efectiva de los objetos, dentro de los límites de una lógica concreta o inmediata.

III. Periodo de las operaciones formales que se iniciaría al término del periodo anterior y se prolongaría hasta la edad adulta. Este último y más extenso periodo supone una invención capital: la posibilidad de operar (actuar en pensamiento) sobre proposiciones verbales y

realidades ausentes, sobre lo posible y también sobre lo imposible.

Estamos así en presencia de una teoría que mira al hombre como un sujeto activo, en permanente interrelación con los objetos, constructor, a través de esos intercambios, de su propio desarrollo. Una teoría que coloca al hombre y sus potencialidades cognoscitivas en el vértice de sus inquietudes. Una teoría donde adaptación e invención, donde realidad y posibilidad, se encuentran en el propio trabajo del hombre con las cosas y con los otros hombres.

El camino propuesto por Piaget en sus obras iniciales, como lo recordábamos al aventurarnos en la exposición de algunas de sus ideas, está lejos de haber sido transitado, ni por él ni por sus numerosos seguidores. Una de las vetas de conocimiento que se abren en ese universo de posibilidades lo constituye la exploración del desarrollo de los conceptos políticos en los niños. El campo de estudio es reciente, pero no virgen.

White (1969) puso en duda la definición sobre socialización que dan Whiting y Child, en la cual ofrecen una visión del proceso de sentido unidireccional de la sociedad hacia el individuo. Por el contrario, White sostuvo que el proceso de socialización es resultado de la interacción de la persona con su medio, en el cual el sujeto puede ser inicialmente más pasivo, pero al aumentar su edad puede ensayar respuestas más libres, es decir, menos determinadas por el ambiente. Este punto de vista tiene la novedad de que acepta la participación del sujeto en el proceso, reivindica su capacidad para la interacción y para la elaboración propia de respuestas. Nos inclinamos a pensar más bien que el sujeto siempre es activo, aunque la naturaleza y la complejidad de las respuestas varía de una etapa a otra.



Furth y otros (1976), dentro de un enfoque similar a los estudios iniciales de Piaget, exploró la concepción acerca de algunos fenómenos sociales en niños de cinco a once años. El autor distingue cuatro etapas en la comprensión de esos conceptos, que podemos resumir del modo siguiente: la primera etapa de inferencia mínima más allá de los hechos observados; la segunda caracterizada por la posibilidad de inferencias limitadas al reconocimiento de algunas funciones sociales involucradas; la tercera, consiste en una expansión de la comprensión funcional cuando el sujeto comienza a ser capaz de ir más allá de los eventos sociales observados; y cuarta, las inconsistencias lógicas son dominadas por el individuo al asir algunas reglas generales pertenecientes a las instituciones sociales. Su trabajo se orienta a la descripción de las etapas enunciadas y, en particular, a la caracterización más a fondo de la primera de ellas.

En el campo más específico de la socialización económica, valga decir, en la adquisición de nociones tales como dinero, propiedad, diferencias sociales y desigualdad, Stacey (1982), después de examinar las principales investigaciones sobre el tema, hizo suyo el punto de vista de Tajfel:

“El conocimiento humano es parcialmente creado por la interacción social, y a la vez, él se crea parcialmente. El funcionamiento cognoscitivo del hombre nunca es estático. El actúa de acuerdo a cómo comprende su ambiente. El modo como él comprende su ambiente, físico y social, está en gran medida determinado por los resultados de su acción tanto como por las demandas y requerimientos para la acción que el ambiente presente”.

Gallatin (1980), a su vez, describió tres niveles en el desarrollo del pensamiento político, como síntesis de sus varios trabajos de investigación sobre el tema en preadolescentes y adolescentes. Un primer nivel que ella caracteriza como confuso, simplista, punitivo o de respuestas concretas y pragmáticas. Un segundo nivel, transicional, en el cual las respuestas expresan algunos rudimentos de conceptos políticos, pero fragmentarios y personalizados, y un tercero y último nivel de respuestas conceptuales expresadas en términos de un principio o idea política. Como se observa, su trabajo ha sido realizado con niños mayores y con adolescentes, lo que deja sin cubrir una extensa porción de edades en las cuales convendría rastrear ese mismo curso evolutivo del pensamiento político, por elemental, o deficitario que él pueda resultar.

Los investigadores citados, White, Furth, Gallatín y Stacey pueden ser una muestra, aunque parcial, del trabajo que se ha venido haciendo en torno a la comprensión que tiene el niño de su mundo social. En una dirección paralela, que preferiríamos denominar complementaria, se desarrolló la proposición de Padioleau (1976) sobre el estudio longitudinal de la formación del pensamiento político.

Padioleau rescató la consideración del estilo cognitivo, según él desatendido por los estudiosos de la socialización política, y el cual concibe como "los rasgos morfológicos de las representaciones que, sin ser inmutables, aparecen con regularidad en las manifestaciones del pensamiento político de los individuos (Padioleau, 1976). A partir de la noción anterior propuso la hipótesis del código político para penetrar en la construcción personal que el sujeto hace de las realidades políticas.

De tal manera que mediante el uso del código político el individuo elabora universos e identidades políticas. Las opiniones y las actividades deben ser también interpretadas dentro del esquema que provee el código, pues esas respuestas así denominadas, son el producto de categorías de pensamiento cuyo ejercicio regula la producción de opiniones y conductas. De acuerdo a Padioleau (1976), en las sociedades complejas se puede distinguir dos tipos de códigos, según las experiencias sociales, culturales y políticas que los individuos tengan. El autor tomó en préstamo la clasificación de códigos elaborados y restringidos, introducida por Berstein para referirse a los códigos lingüísticos desde el punto de vista de la influencia social que los determina. Los códigos serán elaborados o restringidos según los valores que adopten las dimensiones de abstracción, de diferenciación, de interdependencia, de apertura y de centralidad. Este marco de interpretación le permite al autor comentado destacar la importancia de los códigos para la comprensión del comportamiento político de los individuos, vinculado estrechamente a las cualidades de pensamiento específicas del sujeto.

Bajo esta óptica, un pensamiento concreto, distintivo de un código político restringido, muestra la sujeción del individuo a sus experiencias inmediatas, sus formas de actuar revelan dependencia de lo familiar, dificultad para apreciar categorías generales, excesiva atención a los detalles y tendencias a evaluar en términos subjetivos. Para Padioleau (1976), entonces, la posesión del código político nos habla del sujeto y de la sociedad. La transformación del estímulo por el sujeto que lo asimila a esquemas anteriores, de acuerdo al viejo modelo piagetiano, no niega la influencia del medio sobre el individuo.

En su búsqueda de un marco referencial más amplio, Padioleau (1976) sintetizó algunos rasgos generales del desarrollo cognoscitivo, comunes a diferentes teóricos de la

psicología del pensamiento, tales como Piaget y Vygotsky, y que nos pueden servir como orientación en nuestra búsqueda exploratoria sobre el desarrollo de algunos conceptos políticos. Estos atributos comunes serían los siguientes: (a) El individuo recorre un conjunto de etapas a lo largo de su desarrollo cognoscitivo; (b) En cada una de estas etapas, cualitativamente diferentes, el individuo "construye" representaciones particulares de los elementos políticos de su medio; (c) Estos conocimientos son el producto de la interacción entre las operaciones cognoscitivas ligadas a ese estadio y las características del medio experimentado por el sujeto; (d) El orden de las etapas es constante y el tránsito de una a otra es obligatorio; (e) El desarrollo cognoscitivo tiende en cada etapa hacia la constitución de un equilibrio, entre el organismo y su medio; (f) Los individuos alcanzan estas etapas a edades diferentes; y (g) Las características de las estructuras cognoscitivas de un individuo parecen variar según los dominios, es decir, cada organismo aborda un mismo dominio de conocimiento haciendo uso de categorías lógicas y semánticas diferentes, según sus orientaciones y posibilidades propias, y de tal manera que el mismo actor puede aprender un objeto en distintas formas (Padioleau, 1976).

Como resulta evidente de la rápida revisión del trabajo de algunos de los más sobresalientes investigadores en el estudio del desarrollo de conceptos políticos, dentro del campo más amplio de la socialización política, una teoría ha dominado el rumbo seguido, la teoría del desarrollo cognoscitivo de Piaget. Es dentro de ese mismo derrotero que buscamos realizar nuestra exploración en el desarrollo de conceptos políticos. Nos anima, entre otras motivaciones, la vigencia que aspiramos tenga en el futuro una perspectiva evolutiva para la psicología social, pues si hacemos un apresurado hojear a la memoria, advertimos que esa disciplina ha edificado sus conocimientos más a partir de las conductas terminales del adulto

y, menos, mucho menos, prestando atención a los procesos que han precedido a aquéllas.

De allí que nos propongamos de seguida la presentación sucinta de los elementos principales de la teoría de Piaget, tejido conceptual importante para nuestro propósito, en el entendido que la suya ha merecido las más diversas como exhaustivas exposiciones.

## 2.4 LA SOCIALIZACIÓN POLÍTICA

### 2.4.1 El concepto de socialización política

En la permanente relación que el sujeto establece con los diversos grupos de la sociedad en la cual nace y se desarrolla, no sólo adquiere hábitos de alimentación, de higiene, de trabajo, o reglas para el intercambio con los mayores y para el comportamiento correspondiente a cada sexo, sino que asume también normas y valores que dominan en un determinado momento la sociedad. Es más, la sociedad no se perpetúa sólo en la variedad de los usos culturales que ha elaborado colectivamente; se continúa, y podríamos decir que intenta reproducirse, a través de las enseñanzas formales e informales con que nutre a las nuevas generaciones. El rango de elementos culturales y sociales que un grupo humano busca delegar en la generación que lo continúa es sumamente amplio.

En este caso nos ocupa una zona olvidada durante años, rescatada a finales de la década de los años cincuenta y de los años sesenta, y hasta hoy muy activa, aunque comprensiblemente mal conocida aún: la socialización política. Es indudable que un sistema social para mantenerse y reproducirse necesita formar a sus miembros dentro de las orientaciones y de los valores políticos que lo conforman. Debe tratar de llevar a todos los ciudadanos, niños y adultos, los valores, actitudes y comportamientos acordes con la naturaleza y características de ese sistema y, paralelamente, debe prepararlos para asumir las tareas de relevo en la administración y dirección de la sociedad. De allí que, como en muchos campos de la actividad humana, quienes están directamente concernidos con el asunto -en este caso, gobernantes y políticos- se han preocupado y han tomado medidas de manera empírica para garantizar la permanencia del sistema.

La socialización política es un aspecto del fenómeno más amplio y general de la socialización por la cual debe atravesar el ser humano a todo lo largo de su vida. El proceso no se circunscribe a una edad específica porque debemos entenderlo como una sucesión longitudinal de eventos, en la cual pueden hallarse edades críticas para algunas adquisiciones. En un denso volumen en sobre la materia Dawson, Prewitt y Dawson (1979) la definieron:

“...como los procesos a través de los cuales un individuo adquiere sus orientaciones políticas particulares: sus conocimientos, sentimientos y evaluaciones respecto de su mundo político”.

Esta definición supone la existencia de procesos de interacción entre el sujeto y la sociedad por cuanto los elementos psicológicos implicados en ella son elaboraciones que el sujeto realiza con los materiales (conocimientos, experiencias, etc.) que le proporciona la sociedad. Más adelante los autores agregan que:

“La socialización política es el desarrollo de los procesos mediante los cuáles el ciudadano (o el ciudadano potencial) madura políticamente. En estos procesos el individuo adquiere un complejo de información, sentimientos y creencias que los ayudan a comprender, evaluar y relacionar el mundo político que lo rodea”.

Ambas aproximaciones al concepto que, a nuestro modo de ver se complementan, abren camino para comprender el campo de estudio y las contradicciones implícitas en su exposición. En particular la vieja oposición entre sociedad e individuo y, sobre todo, los límites permitidos al sujeto, aquella zona de autonomía para construir su propio universo

político. En la definición de Dawson, Prewitt y Dawson ya comentada, pueden ser *cognitivas*, es decir, conocimientos y creencias acerca del sistema político; *afectivas* o de sentimientos sobre el sistema político, sus roles, sus personajes; y *evaluativas*, expresión de juicios y opiniones acerca de los objetivos políticos involucrados en la experiencia política del sujeto.

La socialización política la entendemos como el proceso mediante el cual el sujeto va adquiriendo los elementos propios de la cultura política. Aun cuando la socialización tenga un fuerte sabor a tradición, a perpetuación de formas políticas, la comprendemos como proceso, como juego permanente de las relaciones entre el individuo y los diferentes grupos sociales con los cuales éste entra en contacto. El concepto de cultura política puede ser de gran ayuda teórica para penetrar los rasgos específicos del dominio político en cualquier sociedad y puede ser, también, una fuente heurística para la formulación de hipótesis acerca de los componentes del sistema político y cómo éstos son interpretados por los miembros del grupo.

La socióloga francesa A. Percheron en una breve exposición sobre el concepto de socialización política para un tratado de Psicología Social, desarrolló una amplia definición del concepto:

“podemos definirla como el conjunto de procesos gracias a los cuales todo nuevo miembro de un sistema:

1. Se crea una cierta representación de su sociedad y de su sistema político;
2. Aprende a conocer los valores que constituyen el fundamento de la cultura política de dicha sociedad y compartir al menos cierto número de ellos;
3. Adquiere información sobre las normas, reglas, instituciones y estructuras de la autoridad,



4. y Constituye todo un conjunto de actitudes que, más tarde, serán fundamento de su comportamiento político” (Percheron, 1978).

Creemos que sería ocioso perseguir otra definición, cuando nos hemos topado con ésta que incluye los componentes de la cultura política, de la sociedad y el sistema político, del individuo que participa en la conformación de la representación que se hace de la sociedad y la importante premisa de que esta información política inicial, constituyen el cemento de su comportamiento político futuro.

No obstante, parece justo mencionar el trabajo de Dennis (1968) dedicado a exponer las diez principales dimensiones problemáticas de la socialización política, porque éste conforma un esfuerzo de análisis para establecer las áreas de reflexión y de investigación que han venido explorando en el terreno de la socialización política. Así los enuncia Dennis:

1. Pertinencia del sistema de socialización política;
2. Variedad de contenido de la socialización política;
3. Socialización política a través del ciclo de vida;
4. Socialización política a través de las generaciones;
5. Aspectos transculturales de la socialización política;
6. Variaciones en los subgrupos y en las subculturas;
7. Procesos de aprendizaje político;
8. Los agentes y las agencias de socialización política;
9. La extensión y los efectos de la socialización política sobre los diferentes individuos, y
10. La socialización política especializada –específicamente la élite política-”.

La inclusiva definición de Percheron y el simple esbozo que hemos transcrito del planteamiento de Dennis acerca de las dimensiones en estudio en la socialización política, nos revela un campo de estudio que hasta hace poco tiempo inexplorado, puede rápidamente continuar expandiéndose hasta nuevas áreas problemáticas.

#### 2.4.2 Modelos de socialización política

Disponemos de elementos suficientes como para comprender que el proceso de socialización política comienza desde muy temprano y, desde entonces, entra a jugar un papel importante en la conformación del pensamiento del niño y del adolescente. Nos enfrentamos así a hechos contradictorios que sólo adquieren clara significación y posible comprensión si partimos de una interpretación en la cual el sujeto que vive y conoce se halla en el puesto que le corresponde. Hemos aprendido que las actitudes y opiniones ganadas en la infancia son difíciles de desarraigar más adelante. Podríamos agregar que las experiencias de la socialización temprana conforman un filtro a través del cual deben pasar las vivencias posteriores, de la adolescencia o de la edad adulta, aun cuando impliquen cambios importantes en el comportamiento político. No obstante, es igualmente cierto que los jóvenes no se adaptan pasivamente a las normas políticas del sistema impuesto por los adultos, como lo prueban, entre otras muchas manifestaciones, el sentimiento de protesta que se ha extendido en las capas juveniles frente a la conducción política dominante de sus propios países, principalmente en los sistemas económicos capitalistas, aunque en realidad aquél haya llegado hasta las más perezosas sociedades socialistas, como se hizo notorio en la década de los años sesenta (Conger y Kagan, 1982). De allí que afirmemos la prioridad que se tiene de comenzar el estudio de la socialización política por establecer los niveles de desarrollo cognoscitivo alcanzado por el sujeto, el impacto que sufre el adolescente cuando su pensamiento arriba a las operaciones formales y puede aplicar este nuevo instrumento cognoscitivo a las nociones sociales y específicamente políticas, que había venido aceptando bajo el criterio de autoridad de los adultos.

Hess y Torney (1967) propusieron cuatro modelos para explicar los diferentes

aspectos del proceso de socialización política. Conviene destacar que estos modelos atienden a dos instancias del proceso: los agentes que actúan en la transmisión de la información y en las formas adoptadas para "socializar" al individuo; y el sujeto mismo que interpreta y organiza de modo personal el material que recibe. El primer modelo, de *acumulación*, descansa en el supuesto de que si al individuo se le pone en contacto con símbolos, ideas y actitudes, éste las acumulará y, más tarde, hará uso de ellos cuando sea necesario. En este modelo la tarea del sujeto es ser un receptor pasivo. El segundo modelo, de *identificación*, se observa en la persona que copia la conducta, con preferencia de los padres, de adhesión a partidos o candidatos. Este modelo apuntala la influencia directa de la familia -grupo primario más inmediato- sobre el individuo y su posterior comportamiento político. El tercer modelo, de transmisión de papeles, coloca el énfasis en las expectativas y en la conducta del sujeto que deriva de la ejecución real de papeles diferentes como miembro de la comunidad familiar o escolar. Se trataría, en efecto, de una translación de las experiencias personales a las situaciones políticas concretas. El último modelo, el *cognoscitivo*, destaca la creciente capacidad de individuo con el aumento de la edad para manejar aspectos abstractos y complejos del mundo social, mientras inversamente merma su inclinación a interpretar las cosas de forma personalizada y egocéntrica.

Para este modelo la socialización política no puede comprenderse sin tomar en cuenta la edad, el grado de desarrollo intelectual alcanzado por los sujetos y la complejidad de los conceptos o de las situaciones políticas empleadas en el proceso de socialización estudiado. De allí que este enfoque sea particularmente atractivo para nosotros, pues se inscribe en la misma preocupación por el sujeto y por sus posibilidades de construcción personal.

Easton y Dennis, citados por Dawson, Prewitt y Dawson (1979) en una de sus numerosas contribuciones a la comprensión del fenómeno, han formularon otro modelo de socialización política de los individuos que juzgamos de interés reproducir en sus rasgos más generales. Cuatro momentos discernen estos autores en el proceso de socialización política del pensamiento de los sujetos. La *politicización* que sería la simple sensibilización inicial frente a los hechos políticos por parte del individuo, lo que pudiéramos identificar como el descubrimiento de la esfera política para él. La *personalización* que ocurre cuando algunas figuras de autoridad, por ejemplo el Presidente, vinculan al sujeto con el sistema político. La idealización de la *autoridad* que supone la existencia de un elevado componente afectivo, pues la autoridad es percibida como fuente de bondad o maldad de forma idealizada. La *institucionalización* según la cual el individuo transita de una visión personalizada a otra más comprometida con el sistema de las autoridades políticas, sin perder del todo la relación con los elementos concretos que le proporciona la visión personalizada.

No tenemos la pretensión de reproducir ninguno de los modelos planteados anteriormente en nuestro trabajo de investigación. Es otro el propósito. De todas maneras, no es muy factible que pueda repetirse la misma sucesión, porque varían las características de organización y las vicisitudes históricas del sistema político, y porque, como hemos insistido, varían también las singularidades de los sujetos y del proceso de socialización mismo.

### 2.4.3 Los agentes de socialización

Los modelos sobre socialización política que nos han ocupado conjeturan dos términos en los cuales se corporiza el proceso: los agentes de socialización y el individuo que es socializado. Nos referimos a ambos brevemente.

La sociedad no es una entidad abstracta. Es un cuerpo multiforme que actúa de acuerdo a un conjunto de reglas que él mismo ha ido promulgando a lo largo del proceso histórico de su conformación.

No obstante, hablar de la sociedad como el escenario donde transcurre el proceso de socialización es decir poca cosa, si no se desciende hasta las variadas instancias que la conforman, hasta la localización específica donde se mueven los actores desde su nacimiento y a todo lo largo de su vida. Sobra decir que la sociedad no es tampoco un ente homogéneo, uniforme, plano. Lo integran clases sociales, sectores de desigual contacto con la cultura dominante, células menores dentro de las cuáles se desliza el mecanismo de la interacción entre los miembros de la sociedad global; en síntesis, grupos humanos cuya fisiología social es imprescindible desentrañar si queremos aproximarnos al conocimiento íntimo del proceso de socialización política. Para el estudio de la socialización en general y, más específicamente, para el estudio de socialización política, han sido aislados cuatro agentes básicos de socialización, cuyo análisis, por supuesto, está muy lejos de ser exhaustivo. La familia, la escuela, el grupo de compañeros y los maestros han sido distinguidos como ámbitos precisos y como instrumentos activos del proceso de socialización (Hess y Torney, 1967; Dawson, Prewitt y Dawson, 1979).

Es obvio pensar que la familia, como grupo primario básico del individuo, ejerce una influencia múltiple en el proceso de socialización. En lo que respecta a la socialización política creemos que la familia determina en muy alta medida las actitudes hacia los partidos y candidatos, y menos hacia las opiniones sobre asuntos políticos más específicos como la participación en la política o la eficacia de los partidos. Lane (1959), en su estudio sobre los fundamentos de las creencias políticas, recogió la cuestionable idea acerca de la "Ley Mendeliana" de la política: la herencia de las lealtades y de las creencias políticas. Esta Ley reposaría sobre tres influencias básicas: la primera, la indoctrinación, abierta o encubierta, a través de un modelo que sirve a los hijos para hacer suyos lealtades, creencias y valores de los padres; la segunda, la ubicación que éstos le dan a los hijos en un contexto social específico, dominado por una posición de clase o una comunidad singular; y la tercera, la intervención directa de los padres, derivada de las relaciones que se establecen entre éstos y sus hijos, y cuya contribución es indudable para modelar la personalidad y las orientaciones sociales de los mismos. Su propio análisis del asunto lo conduce a afirmar que "La historia, el estilo político y el desarrollo futuro de la comunidad política refleja la cualidad de las relaciones entre padres e hijos" (Lane, 1959).

En una investigación con adolescentes realizada por Levin (1961) precisamente dirigida a buscar las posibles diferencias entre los denominados "climas" de opinión política dominantes en la comunidad, y su influencia relativa en el proceso de socialización, destaca la importancia de la escuela sobre el mismo. Nos hallamos así frente a otro de los agentes de socialización política. Hess y Easton (1962), Hess y Torney (1967), describieron hallazgos importantes en relación al papel de la escuela primaria en la transmisión de información sobre instituciones de la vida política y sobre la formación de actitudes hacia la ley, el gobierno o

las responsabilidades del ciudadano. A su vez, Litt (1963) en un estudio realizado sobre textos escolares empleados en tres comunidades de diferentes niveles socio-económicos, encontró que los estudiantes del nivel de clase media alta, son orientados hacia una visión "realista" frente a los procesos políticos y los conflictos surgidos en este terreno, mientras que los estudiantes de comunidades de clase trabajadora lo son hacia una visión más "idealista" y pasiva de los fenómenos políticos. Percheron (1978) acogió diferentes maneras de intervenir la escuela en el proceso de socialización. Primero, a través de la transmisión de información específica en los cursos de historia, de instrucción cívica, etc. Segundo, como sitio distinto al hogar, donde el sujeto experimenta las relaciones de autoridad y poder, fundamentos del sistema político. Tercero, por la oportunidad de participación que le permite al joven ciudadano. Especialmente en aquellas organizaciones escolares donde el individuo tiene oportunidad de elegir sus representaciones de curso. Porque, como dice Déhan y otros (1980):

“El interés de este hecho se funda en la familiaridad de los alumnos con este proceso y, sobre todo, en la analogía con el acto que constituye el fundamento de toda la vida democrática: la elección”.

Ya Piaget (1974b), atribuye gran influencia al juego y a las relaciones con el grupo de pares sobre el desarrollo del juicio moral. El niño adquiere, dice, una comprensión válida de las opiniones y de los derechos de los otros, un conocimiento de las prácticas democráticas y un incremento en la sofisticación de sus juicios, a través de la interacción con sus compañeros, y menos por la dirección de los adultos.

Hess y Torney (1967) en su exhaustivo estudio citado reiteradamente, encontraron que



el grupo de compañeros opera como un medio apropiado para el intercambio de información; como modelo de la transferencia de valores y creencias y, cuando se trata de grupos organizados para otras actividades, la experiencia en éstos generaría una mayor sensibilización para el interés y la participación en actividades políticas. Jennings y Niemi (1974) en un estudio similar al anterior, concluyeron que los grupos de amistad juegan un rol importante en el desarrollo de las orientaciones políticas: los estudiantes, dicen, son más semejantes que desemejantes en términos políticos. En realidad, se parecen más a sus amigos que a sus padres en algunos dominios, el político incluido. Conviene aclarar también que el grupo de compañeros en general, como agente de socialización, resulta últimamente uno de los más conocidos.

La revisión de algunos trabajos de investigación importantes sobre la acción de los diferentes agentes de socialización reconocidos, nos evidencia la complejidad del fenómeno. Sobre todo si agregamos que la influencia de ellos se dirige, con frecuencia, en sentido dispar y, en muchos casos, en sentido opuesto. En las sociedades complejas, con sistemas políticos de tradición democrática y liberal, la familia, la escuela, los compañeros -en especial los adolescentes- y los maestros pueden perseguir orientaciones distintas para que los sujetos experimenten el proceso de socialización. Bueno es también advertir que las diferencias entre los distintos agentes pueden considerarse, en general, como elementos disímiles de un proceso que transcurre sobre un cauce más estable, capaz de asimilar los conflictos, como es el sistema político.

*La lealtad lo es todo. La lealtad vale más que el talento.  
Vale más que el gobierno. La lealtad vale casi  
tanto como la familia. Nunca lo olvides.  
Don Corleone, "El Padrino", Mario Puzo*

### CAPÍTULO III. SOCIALIZANDO POR EL PODER

#### 3.1 ANTECEDENTES

Algunos estudiosos de la "politización", independientemente de a quién estén estudiando, se preguntan cómo es que se *interesaron* sus sujetos por el poder político. Con frecuencia el interés inicial, a diferencia de la participación en la política, es confuso, en gran parte porque podrían ocurrir simultáneamente y la causa del interés y de la participación podría ser la misma. En un intento por mantener separadas estas dos cuestiones trataremos primero el cómo y de qué manera los líderes mexicanos se interesan en la política.

La forma en que la mayoría de los líderes han sido "politizados" es importante, puesto que podría ayudar a determinar los agentes de socialización que más probablemente contribuyen a fomentar ese interés. Por ejemplo, es más probable que una persona que afirme que su interés en la política empezó en la edad adulta haya sido influida por sus amigos o por su educación, que por su participación en actividades cívicas o ambiente familiar. Prewitt (1970) es uno de los pocos que ha estudiado el cómo del interés inicial en la política. Sus descubrimientos son reveladores por varias razones. Primero, en apoyo de sus más recientes

afirmaciones sobre los estudios de socialización, es que estos están descuidando periodos posteducativos en la vida del individuo, sus datos indican que cuando menos para los líderes políticos, un grupo del cual se podría pensar que está más seguro de sí mismo que el ciudadano promedio, por lo menos los legisladores y los miembros de los consejos ciudadanos se han interesado en los asuntos públicos *después* de que han salido de la universidad. Además, aunque sus datos indican un efecto importante de la infancia, también revelan una considerable diversidad entre lo que influyó al momento en que ocurrió su interés inicial en la política.

Los datos también indican, que incluso para los líderes políticos la participación y el interés ocurren con frecuencia en el mismo momento. Si se puede suponer que cualquier persona que ocupe un cargo público está, por definición, interesada en los asuntos públicos, entonces los líderes políticos de México fecharán su interés inicial por los asuntos públicos dentro de esos mismos periodos, con frecuencia antes de los 30 años. Por ejemplo, hay muy poco intercambio entre los hombres de negocios y los líderes políticos en México. Un número realmente reducido de ellos, fueron hombres de negocios antes de iniciar sus carreras públicas. De acuerdo a los estudios realizados por Smith (1981), las carreras políticas venturosas en México requieren un prolongado aprendizaje en el sector público, por lo que casi todos los funcionarios iniciaron sus carreras al terminar la universidad, muy pocas veces después de los 30 años.

Los líderes políticos mexicanos también ubican su interés inicial en la política en diversos periodos de su vida. Sin embargo, su interés ha ocurrido con mayor frecuencia en la adolescencia y en la universidad. En México, como fue el caso de un grupo de funcionarios

públicos que creció durante la Revolución de 1910 o poco después, hay mucha información que revela que su socialización se debió a los acontecimientos públicos. Sin embargo, los líderes mexicanos que siguieron a estas generaciones, han señalado que sus amigos, ya fuera en la escuela o al inicio de la edad adulta, han sido mayormente responsables por el desarrollo de su *interés* en los acontecimientos políticos (Prewitt, 1970). La Revolución no estimuló un mayor interés por las actividades políticas entre las personas nacidas después de 1900, como sin duda alguna lo hizo para los líderes políticos, ya fuera que tuvieran antecedentes civiles o militares, que nacieron en las dos últimas décadas del siglo XIX porque la Revolución ya estaba convirtiéndose en un evento histórico, en especial para el grupo que nació después de 1910 y que, como éstos participaron activamente en ella, influyó poco para que las generaciones del siglo XX se interesaran en la política.

Puede resultar fácil sugerir las razones por las cuales los amigos de la escuela han ejercido mayor influencia en el desarrollo de los intereses políticos. Primero, los líderes políticos mexicanos se interesan en la política cuando están en la escuela, una época en la vida en que puede esperarse que aumente la influencia de los compañeros en tanto que disminuye la de la familia, en particular porque la mayoría de los mexicanos se educaron en escuelas preparatorias y universidades, lejos de sus familias (Prewitt, 1970). En adición, Rafael Segovia (1982), en su estudio sobre los niños mexicanos en edad escolar, encontró que los niños de las escuelas públicas hablan de ideas políticas muy frecuentemente con sus amigos, y después de éstos con sus familiares y profesores. Los amigos también son un agente importante en la determinación de los intereses políticos debido a la fuerte necesidad que los mexicanos de clase media parecen tener de contar con amistades. Rogelio Díaz Guerrero (1975), un prominente psicólogo mexicano, sugirió que "la necesidad de tener amigos es de

una intensidad poco común en el mexicano: toda nuestra vida estamos buscando amigos; nos deleitamos continuamente en reuniones, fiestas, chismes, pleitos y otras cosas similares”.

Por último, como se sugerirá al ocuparse posteriormente de la influencia de los compañeros en el desarrollo de las ideas políticas y de la participación, los amigos han desempeñado un papel crucial en el reclutamiento político de éxito.

No obstante, se encuentran otras razones por las cuales ciertos individuos se interesaron en la política en cierto periodo de sus vidas. Para aquellos mexicanos que se interesaron por primera vez durante su niñez o adolescencia, se tiene con frecuencia la presencia de una familia políticamente activa. Prewitt (1970) y sus colegas encontraron esta misma relación. Notaron que “el que exista o no una familia políticamente activa en los antecedentes está estrechamente relacionado con el momento de la socialización política inicial.”

No sólo se relaciona frecuentemente el interés a edad temprana en la política con los antecedentes familiares sino que, quizás más importante, es un indicador de diferentes experiencias de socialización. El estudio de Prewitt (1970) encontró que aquellos individuos que se habían interesado por primera vez en política en su juventud, fueron fuertemente influidos por el estudio de la política en la escuela o por su participación en la política escolar. No es sorprendente, entonces, que aquellos sujetos que manifiestan haber tenido su interés inicial durante su edad adulta pocas veces consideran esas actividades como una parte importante de su socialización.

Smith (1981) opinó que, otros mexicanos se empezaron a interesar en política como resultado de su participación en actividades políticas exclusivamente estudiantiles, lo que no es sorprendente, ya que la mayoría de las universidades públicas mexicanas se caracterizan por tener actividades políticas internas y externas. Muchos de nuestros actuales líderes mexicanos participaron en huelgas históricas en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Universidad Nacional de la ciudad de México.

Para la mayoría de los actores políticos, el interés inicial se manifestó durante los años de educación universitaria. Esto no resulta del todo inesperado, ya que la mayoría de los líderes políticos mexicanos de hoy, han sido reclutados por los partidos durante sus años universitarios, en especial, un buen número de ellos se reclutaba en la Universidad Nacional. Además, de toda la variedad de antecedentes tradicionales, sólo la educación en la Universidad Nacional ha tenido una fuerte relación con el éxito en la política. Tendencia que está cambiando, ya que El Colegio de México y el Instituto Tecnológico Autónomo de México (ITAM) son los actuales semilleros de tecnócratas políticos del país, debido a los programas de estudio que manejan y a los profesores con los que cuentan, ya que buen número de ellos forman (y formaran) a su vez parte del sistema político mexicano.

Muy pocos mexicanos inician carreras políticas después de los 25 años. Esto significa que para casi todos los líderes políticos de México; el interés y la participación deben ocurrir antes de esa edad, concentrando la atención el periodo comprendido entre sus 12 y 22 años, la mayoría de los cuales pasan educándose y posteriormente en la universidad.

La mayoría de los mexicanos de éxito se graduaron de dos instituciones: la Escuela

Nacional Preparatoria y la Universidad Nacional. También, como ambas instituciones están ubicadas en la capital social, económica y política de México, el efecto psicológico de asistir allí a clases colocaba a los estudiantes en un ambiente político obvio. Por último, como la mayoría de los estudiantes procedían de provincia y estaban lejos de sus padres o mostraban ya un interés en la política como consecuencia de padres políticamente activos, para este grupo solamente restan por analizar otras cuatro fuentes probables de socialización: la influencia de su familia, la influencia de sus compañeros estudiantes, la influencia del profesor, el efecto del mismo ambiente de la universidad y de la preparatoria. Más recientemente se ha observado que las principales fuentes de socialización son: la influencia de compañeros estudiantes y de los profesores, quienes muy en la mayoría de los casos (sino es que en su totalidad) son a su vez los reclutadores políticos de los jóvenes funcionarios en México (Hernández, 1985).

Los estudios de Smith (1981) revelaron que, los líderes mexicanos que se empezaron a interesar en la política en la universidad pertenecían a familias de clase media, ninguna de las cuales participaban en la política. Más aún, todos eran estudiantes de leyes. Las clases de derecho y, después de 1929, las de economía han sido, con mucho, las que tienen mayor orientación política en la Universidad Nacional y ahora en otras instituciones de educación superior.

Para los estudiantes en derecho con frecuencia sus compromisos surgían en base a sus estudios. En general, ha sido el estudio del derecho público el que más ha propiciado que los estudiantes se interesen en la política. Los estudiantes de derecho no sólo se interesan en la política debido a la naturaleza de sus estudios y a su participación en muchas discusiones

intelectuales con los profesores y compañeros; muchos han sido conducidos hacia ese camino porque, es altamente probable, los mismos profesores los han invitado a seguirlos.

El estudio de Prewitt (1970) atestigua la naturaleza "inspiradora" de la experiencia educativa. Esta relación importante entre el estudiante y el profesor es en especial verdadera dentro del contexto mexicano, ya que de la socialización *mentor-discipulo* depende -en gran medida- la integración de este último al sistema político mexicano. Para ello, el *discipulo* debe socializar de acuerdo a los valores políticos que le indique su mentor de manera satisfactoria.

Según Prewitt (1970), los mexicanos que comenzaron a interesarse en política ya en la edad adulta lo hicieron por diferentes razones. En su estudio se señala que quienes se interesaron por la política lo hicieron por medio de actividades relacionadas con la misma. Pero para otros el interés en la política se desarrolló simultáneamente a su trabajo, ya fuera a temprana o avanzada edad.

El tipo menos común de líder mexicano es un individuo que no desarrolla un interés en la política sino hasta después de cumplir 30 años. Esas personas se interesan a esa edad avanzada porque se les pide que ocupen cargos que tienen implicaciones políticas; es entonces que su interés coincide con su participación. Prewitt (1970) encontró que el líder político que comienza a participar en los asuntos públicos a edad avanzada tiene una diferente opinión de la política, opinión que por lo general la expone de manera menos atractiva. Este descubrimiento está de acuerdo con otros (Eulau, 1962) que sugieren que en cada nivel los políticos cuyo interés se inició en la familia tienen una concepción "política" más real de su



papel. que la de quienes empiezan tarde; además son más profesionales en su enfoque de la política. tiene mayores interés en programas y albergan mayores ambiciones de avance en sus carreras. Esos rasgos distintivos ayudan sin duda a explicar por qué quienes participan desde temprana edad llegan a la cumbre de la jerarquía política en números desproporcionados. Los líderes políticos mexicanos han corroborado esta regla y, desde 1946, los individuos que han tenido más éxito en la política, a los que se llama "miembros de la familia revolucionaria", son los líderes que tienen décadas en el servicio público, no los adultos que se han convertido en políticos.

### 3.2 ¿POR QUÉ RAZÓN PARTICIPAN LAS PERSONAS EN LA POLÍTICA?

El interesarse en política sólo es el primer paso para un futuro líder político. Otra pregunta de igual interés es la razón por la cual, en última instancia, los hombres escogen carreras políticas. Los factores responsables de iniciar el interés en la política son con frecuencia igualmente responsables de estimular a los individuos para que *participen* en la actividad política. Algunos estudiosos han intentado analizar los motivos psicológicos que llevaron a los líderes políticos a seguir esas carreras. Al hacerlo así los resultados han indicado cuando menos tres amplias categorías en las cuales se contienen sus razones para ingresar en la política: influencia de un personaje (familiar, maestro, amigo), ambiente escolar y decisión personal.

La mayoría de los mexicanos se ha iniciado en las carreras políticas sobre la base de razones personales internas. Muchos otros mexicanos de varias generaciones de estudiantes creían que habían tenido una responsabilidad colectiva de servir a su país, no sólo por un sentido del deber civil, sino también para llevar a cabo objetivos o políticas que tenían aceptación universal entre sus compañeros estudiantes. Otros mexicanos habían decidido mucho antes de graduarse que la carrera política era la única que les interesaba (Hernández, 1985).

Un pequeño número de mexicanos han sido atraídos a la política debido al estímulo o interés que parece ofrecer. Los mexicanos que tomaron la decisión de participar en política en la edad adulta lo hicieron así en gran parte de manera accidental.

La más común de las razones que han dan los mexicanos que tomaron su decisión por

motivos internos, después de "un sentido de obligación", ha sido totalmente práctica. Otros, aunque no lo expresan en términos obvios, están con seguridad interesados en los beneficios materiales que pueden obtener, tanto honesta como deshonestamente. Muchos mexicanos no justifican su decisión práctica sobre bases morales, sino que añaden que existen pocas alternativas para su profesión. Esto ha resultado particularmente cierto para los economistas (Smith, 1981; Hernández, 1985).

La segunda razón en importancia por la cual los mexicanos han seguido carreras en el sector público ha sido la influencia de algún personaje, ya sea político, miembro de su familia, profesor o amigo. La explicación de esto es muy clara: la política estudiantil de México es un microcosmos de la actividad política a nivel nacional y, lo que es más importante, muchos profesores y directores forman parte del mundo político. Por ello, estos últimos son vistos y conocidos como *reclutadores*.

Los estudios de Prewitt (1970), revelaron que muchos líderes políticos creían que sus profesores habían sido responsables indirectamente por alentarlos a participar en política debido a que recalcan la necesidad de que hubiera personas competentes en el gobierno. De importancia casi igual a los profesores han sido los mismos líderes políticos. Muchos de éstos atraen individuos a la carrera política debido a su comportamiento carismático y a sus valores.

Otros han seguido carreras políticas debido a su amistad con una persona que ha sobresalido en la política. Esas personas han sido en realidad reclutadas por el líder político.

En general debido a que la mayoría de los autores describen la carrera política en México como de larga duración y muy intensa, existe la impresión de que la ambición le impedirá a un individuo rechazar un nombramiento importante.

Una de las formas más comunes en que los mexicanos inician su participación en política es por medio de relaciones sociales. Debido al dominio que el partido oficial ha ejercido en la política mexicana, son raras las relaciones sociales *no-políticas* que son un factor para la participación en la política, aunque dentro del mismo partido oficial los activistas políticos locales pueden alentar a una persona que respeten para que sea candidato o precandidato en una nominación del partido.

El otro personaje que ha sido el responsable más común de que un individuo siga una carrera política es algún pariente cercano, por lo general el padre. Esta es una característica frecuente entre otros líderes políticos. Claros ejemplos de ello se encuentran en la vida política mexicana de hoy.

El resto de los líderes políticos mexicanos, aunque en número pequeño, se inician en la política mediante una experiencia personal en la universidad, como consecuencia del ambiente general que prevalece en México, o por su participación u observación de un acontecimiento externo. La educación universitaria resulta muy importante como experiencia, en especial para los estudiantes de derecho.

En este apartado se han resumido las razones por las cuales los líderes mexicanos han decidido participar en la vida política del país. Los amigos resultan más importantes para

desarrollar este interés entre los mexicanos; son obstante, también el ambiente universitario y los profesores han tenido una mayor influencia para que los mexicanos participen en política. Los mexicanos deben iniciar sus carreras políticas antes de los 30 años porque la política en México es una "carrera" de tiempo completo, que requiere el desarrollo de habilidades políticas y administrativas y, de igual importancia, el temprano desarrollo de un sistema de relaciones personales esencial para el éxito en la vida pública de México. La mayoría de los líderes políticos de éxito en México inicia sus carreras en la universidad o inmediatamente después, su interés coincide con esa participación inicial o lo precedió por algún tiempo.

El ambiente universitario ha sido importante a causa de la ubicación de las instituciones responsables de la educación de la élite política en México y del predominio que actualmente tienen El Colegio de México y el ITAM sobre la Universidad Nacional en la educación de los líderes políticos mexicanos. Esto, aunado al gran número de líderes políticos que enseñan en esas dos instituciones, explica su influencia especial sobre el interés y participación de los mexicanos en política. También los amigos son más importantes para despertar ese interés y participación en los mexicanos, porque los niños son separados a más temprana edad de otra fuente de influencias: los padres. Los amigos son también un ingrediente esencial en la formación de los grupos personales que sostienen relaciones jerarquizadas en torno de una persona en la cultura política de México.

### 3.3 LA FAMILIA

La mayoría de los estudios sobre la socialización han encontrado que la familia y los amigos se cuentan entre las influencias más importantes de este proceso. Es lógico considerar a la familia como fuente de socialización, pues la mayoría de los estudios han demostrado que los individuos "tienden a tener actitudes y valores políticos similares a los de sus progenitores" (Dawson, Prewitt y Dawson, 1969). Debido a que los líderes políticos mexicanos identifican a sus progenitores como elementos esenciales en sus propias experiencias este apartado se concentrará en los antecedentes y significación de este agente de socialización.

Hemos escogido hablar primero sobre los progenitores antes que los amigos, porque es el primer sitio donde los sujetos socializan antes que en cualquier otro y con cualquier otra persona. Además los estudios encontrados hasta ahora han atribuido el interés por la política a personas con las que tuvieron relaciones directas y continuas (Eulau, 1962).

Al igual que ocurre en todas las sociedades en transición, los valores irracionales de la familia se vieron sometidos a ataque. Más aún, en un análisis previo del efecto de la familia sobre los intereses políticos, se encuentra que la mayoría de los líderes políticos mexicanos se alejan de su familia desde jóvenes para asistir a la escuela. Esta podría ser una causa adicional de la baja tasa de influencia familiar.

Otras características son más significativas que ese interés a temprana edad, en especial la ocupación y las condiciones económicas de los progenitores. La característica más prominente entre los líderes políticos socializados por la familia es la presencia de un

miembro de la familia políticamente activo. Los individuos con parientes en cargos públicos tienen ciertas ventajas sobre otros aspirantes. Una de las razones es que esa persona ha crecido en un ambiente propicio para el conocimiento, interés, valores y participación políticas. Pero la actividad política de uno de los progenitores no ha sido la única responsable de que éstos sean importantes en la socialización de los futuros políticos. Quizás la personalidad del progenitor resulte de igual importancia.

Además, parece que la cercanía a uno de los progenitores es de igual importancia para determinar la influencia socializadora del mismo. Los mexicanos que creen que sus padres han tenido una gran influencia indican que esto resulta así porque pasan mucho tiempo con ellos.

Las familias políticamente activas ha sido una característica de los líderes políticos mexicanos para que sean influidos por sus progenitores. Pero además de esto, los progenitores tienen un efecto importante sobre los futuros líderes políticos cuentan, en su mayor parte, con carreras profesionales y niveles de ingreso que los ubicaban en las clases media o alta.

En primer lugar, otros estudiosos han encontrado que cuanto más alto sea el status del progenitor, más importancia tendrá la familia como agente de socialización. Con frecuencia, los progenitores con mayores niveles de información, con frecuencia los que tienen antecedentes profesionales, crean una atmósfera que propicia la adquisición de conocimiento político por parte del niño. En su estudio de los niños mexicanos, Rafael Segovia (1982) concluyó que "La ocupación del padre tiene un peso fundamental en las orientaciones de los hijos hacia la política y en el interés que hacia ella desarrollan". La ocupación de los

progenitores puede no ser la única razón por la que los niños son socializados más rápidamente por aquellos que por otras personas, pero el lugar en que se les cria resulta de gran importancia para darles una conciencia e interés a temprana edad que los podría hacer más susceptibles de ser influidos por las opiniones de sus progenitores.

Los políticos han provenido de familias de las clases media y alta que a su vez están compuestas por profesionales que viven en las principales ciudades y capitales de los estados de México. La actividad política de la familia y el activismo político de uno de los progenitores continúa siendo un factor importante en la socialización de los políticos mexicanos, ya que la madurez política precoz los hace más susceptibles de ser influidos por uno de los progenitores, ya sea: profesional, filosófica o políticamente.

Está claro, con muy pocas excepciones, que los líderes políticos consideran que sus progenitores han tenido verdadera influencia en la formación de sus valores personales o morales. Un numeroso grupo de líderes políticos mexicanos ha sido influido profesionalmente por sus padres; esto es, siguen la misma profesión o se fijan metas profesionales propiciadas por sus padres.



### 3.4 LOS AMIGOS

Aunque los miembros de la familia, en especial los progenitores han desempeñado un papel importante en la formación de los líderes políticos de México, también los amigos son importantes en ese respecto. Los estudios de socialización generales revelan que los amigos son importantes en la formación de los valores políticos como concluyó Jaros (1973), "los grupos de compañeros parecen ser los principales competidores de los agentes de socialización tradicionales".

Un estudio de la Universidad de Washington (Edelstein, 1970) indicó que las amistades entre los estudiantes se hacen más fuertes y reflejan mentalidades más similares a medida que se avanza de los primeros años de estudio a los últimos.

Parecería no sólo que en el momento en que los líderes políticos dejan a sus familias y caen bajo la influencia de compañeros en la escuela preparatoria y las universidades, esos grupos sirven para reforzar sus ideas, sino también que cada líder político futuro, debido a ciertas características personales: tiende a ser líder. En resumen podríamos decir que, si alguien tiene influencia sobre los grupos de compañeros, éste fue el mismo líder político. Los amigos, a su vez, son influidos por otra fuente, con frecuencia los profesores y los compañeros que refuerzan la retención de esas ideas.

Creemos que los compañeros estudiantes proporcionan frecuentemente este ambiente social y continúan haciéndolo así toda su vida. Los líderes políticos mexicanos conservan sus amistades estudiantiles durante toda la vida y utilizan a esos amigos como una base para ingresar a la vida política o reclutar a otros para que se inicien en ese campo (Smith, 1981).

Además, Keneth Langton (1967), en su estudio realizado en Jamaica, encontró que los estudiantes de las clases bajas, cuando se juntan con compañeros de las clases media y alta, tienden a resocializarse en dirección de las normas políticas de clase alta.

Otro de nuestros descubrimientos es que los amigos son de importancia secundaria en la socialización de los líderes políticos en México, aunque son de importancia primaria para el éxito de sus carreras políticas. Esto parece deberse nuevamente a la personalidad del líder político de éxito y a los antecedentes homogéneos de los grupos de compañeros. Pero, también podría deberse a dos atributos de actitud paradójicos de México, uno de los cuales sugiere que los mexicanos le dan poder a quien conocen mejor; el otro describe a los mexicanos como muy orientados a la jerarquización. En resumen, México es lo que Rogelio Díaz Guerrero (1975) llama "una cultura de afiliaciones y jerarquías". La paradoja es que en tanto que el líder político mexicano da poder a los amigos íntimos o familiares, busca a su vez un personaje con autoridad para desarrollar sus ideas políticas, en vez de buscar una persona de su mismo nivel. En la familia, es el padre el que llena este papel y en el caso en que falta el padre, en ocasiones una madre enérgica con inquietudes intelectuales puede desempeñar esa función. En la escuela preparatoria y en la universidad es el profesor o administrador de prestigio, más que el estudiante, el que sirve como modelo, como figura de autoridad.

### 3.5 LA ESCUELA

La familia y los amigos tienen influencia en la formación y valores de los líderes políticos mexicanos. Pero un número considerable de éstos sufre más la influencia de otras dos fuentes: la escuela y los profesores, los cuales forman parte de su experiencia académica. Algunas veces es difícil separar esas dos influencias porque están relacionadas entre sí, cada una contribuye al ambiente general de la universidad. Como ha sugerido Dean Jaros (1973), los estudiantes pueden ser socializados en las escuelas de cinco maneras diferentes: 1) por el contenido del plan de estudio exclusivamente; 2) por el contenido del plan de estudios, condicionado por la calidad de la enseñanza; 3) por la manifestación abierta que los profesores hagan de sus valores en las clases; 4) por la expresión más casual de sus valores por parte de los profesores en condiciones menos formales, afuera de la clase; y 5) por la identificación del estudiante con ciertos maestros y la adopción de los valores que se cree tienen esos profesores. Aunque varios mexicanos pudieron haber sido influenciados por los profesores de la primaria, el ambiente escolar realmente importante para la socialización se debe mayormente a sus experiencias en la universidad.

Es probable que las escuelas y universidades también tengan una influencia similar sobre los mexicanos, ya que el estudio de Segovia (1982) sobre estudiantes de primaria y secundaria reveló que los niños que se educaron en escuelas públicas (de las cuales ha provenido la gran mayoría de los líderes políticos mexicanos) escogieron a la escuela como el segundo lugar en importancia en el que platicaban de política, después de sus propios hogares.

El sistema educativo merece un examen más de cerca porque la mayoría de los líderes

políticos, sin importar la cultura de que provengan, son bien educados y por lo tanto han pasado por ese ambiente, esta línea de investigación la sugerimos para posteriores investigaciones por parte de otros compañeros psicólogos. Además, como se sugirió antes, la mayoría de los jóvenes mexicanos dejan a sus familias y asisten a la universidad desde los 17-18 años, por lo cual se reduce la influencia familiar sobre los jóvenes y aumenta la probabilidad de que el ambiente educativo sea más importante. Esto puede deberse a que no hay recursos suficientes en casa ó bien a que, dentro de su propio estado o municipio para continuar su formación.

No solamente es importante la separación física en este proceso, sino, como ha sugerido Harold Lasswell (Álvaro, 1996), en "varias circunstancias la cultura de los primeros años de existencia es rechazada total o parcialmente, en especial si se la considera un obstáculo para seguir una carrera con éxito en la política".

Los individuos criados en culturas minoritarias con bastante frecuencia rompen sus nexos y adoptan la forma de vida de la mayoría; también los personajes locales o regionales tratan de hacerse lo suficientemente "sofisticados" para facilitar su desempeño de un papel activo en el más amplio campo nacional o transnacional (Prewitt et. al., 1970). De nuevo, como se sugirió antes, muchos mexicanos han sido absorbidos por el ambiente urbano, de clase media, que impera en la universidad.

Por último, en los contextos mexicano y latinoamericano, hay una considerable intervención de los grupos políticos y económicos en la educación profesional, fenómeno sobre el que César Cisneros (1999), dice lo siguiente: "Pero historias como esta si son

particulares a otras facultades y Universidades. Si alguien es responsable, por ejemplo, del predominio actual de los economistas en el espacio de la administración pública, vale la pena pensar que se trata de Don Daniel Cosío Villegas. Pero de ninguna forma a partir de que se lo estableciese como un fin a lograr; su gran talento al idear escuelas de Economía, libros de Economía y enseñantes de la misma fue la punta de lanza que abrió sólidos caminos para el ascenso profesional de su disciplina. Ya que este predominio no solo se debe a que generaciones posteriores de economistas se hayan formado en *Yale*, en *Chicago* o en *Harvard* y hayan penetrado los aparatos gubernamentales fortaleciendo así su presencia aunque mostrando la ineficiencia de sus modelos de planeación; las disciplinas humanas, en conjunto, cuando se profesionalizan lo hacen a partir de generar instituciones, normas y prácticas de conducción social. Si alguien es responsable de que la Psicología tenga el estatus institucional que hoy posee, habrá que buscarlo no en las culpas ajenas si no en la elaboración y ejecución de los planes de estudio. Finalmente, cada quien posee el espacio que su ambición ha diseñado”.

La naturaleza más politizada del ambiente de educación universitaria en México sugiere otro factor adicional al cual habría que examinar como un importante socializador de los líderes políticos. El ambiente de la universidad mexicana merece nuestra atención también por otras razones. Quizás una es indicada, en el sentido de que una generación parece compartir el mismo conjunto de experiencias. Karl Mannheim (Prewitt, 1970) ha definido mejor lo que significa ser miembro de una generación como el hecho de pertenecer a la misma clase, o a la misma generación o grupo de edad, tiene en común que ambos dotan a los individuos que son parte de ellos, de un lugar común en los procesos sociales e históricos y por lo tanto los limitan a un rango específico de experiencia potencial, predisponiéndolos a

cierto modo característico de pensamiento y de experiencias, así como a un tipo característico de acción histórica significativa.

El pertenecer a una generación no implica necesariamente que cada individuo acepte los valores y metas de sus compañeros, sino que cada uno está caracterizado por percepciones y valores similares, como resultado de las experiencias compartidas. Además, parece que ciertos valores deben ser compartidos por los miembros de una misma generación como condición para pertenecer a la misma, como en los casos de las logias o de algunas iglesias en México.

El ambiente educacional merece atención especial en el caso de México debido a la importancia abrumadora que tuvieron dos instituciones en los antecedentes educativos de los líderes políticos mexicanos: la Universidad Nacional y la Escuela Nacional Preparatoria. Y por el hecho que ambas instituciones han "cedido" su lugar a El Colegio de México y al Instituto Tecnológico Autónomo de México como centros de reclutamiento político actual. Nuestras investigaciones indican que el tipo de escuela, así como la carrera seleccionada por el estudiante, influyen en la predisposición de una persona hacia la política en general y en las actitudes políticas concretas en particular. Entre los niños mexicanos en general, Segovia (1982) encontró que los alumnos de las escuelas públicas expresaron un mayor interés en la política que los alumnos de escuelas privadas. Tendencia que por mucho parece haberse revertido notoriamente.

El ambiente social de la universidad (y de las escuelas profesionales, en general) también ha influido sin duda sobre los líderes políticos mexicanos. La razón de esa influencia,

como sugirieron Kenneth Prewitt y sus colegas (1967), es que "los grupos sociales nutren las ambiciones y proporcionan definiciones y direcciones para el aspirante a una carrera. La lógica de esta proposición es apoyada de manera convincente si se utiliza la teoría de grupos, la que indica que ciertos indicios que recibimos de otros determinan la forma en que vemos al mundo y nuestro lugar en él".

Las experiencias de la educación profesional también merecen examen debido a la edad en que la mayoría de los líderes políticos mexicanos se ven expuestos a ese ambiente. Los estudios sobre las preferencias de los adultos por ciertos partidos han sugerido que esas preferencias aumentan considerablemente durante la edad adulta. A la vez, parece que las personas son más susceptibles de ser influidas por ideas económicas, sociales y políticas en algún momento de su adolescencia (Jennings y Niemi, 1974).

Por último, pero no menos importante, la Escuela Nacional Preparatoria y la Universidad Nacional tuvieron un papel principal en el reclutamiento de un importante grupo de líderes políticos. Esto es importante para el proceso de socialización de los líderes políticos porque la estructura de un sistema político puede tener importancia para forjar las ambiciones de los hombres que ocupen cargos dentro de él. Como ha sostenido Gordon Black —en Eulau, 1962—, "la estructura de un sistema político actúa como un filtro que permite a ciertos tipos de individuos ascender dentro del sistema, en tanto que detiene el progreso de otros o los desvía hacia direcciones que implican menos riesgo y costo". También, en un sistema en que la élite política recluta a la futura élite, o sea lo que Ralph Turner —en Eulau, 1962— ha descrito como un cerrado sistema de patrocinios, "los reclutas de la élite —a los que se selecciona jóvenes, libres de las tensiones de la lucha competitiva y se mantiene bajo intensa supervisión—

podrían ser completamente adoctrinados en la cultura de la élite". El ambiente académico mexicano está entonces caracterizado por condiciones peculiares que han moldeado las ambiciones y creencias de los estudiantes que han pasado por él.

Los líderes políticos han sido influidos por esa experiencia común en su desarrollo de un sentido de equipo; semejante al que caracteriza a la élite política británica, aunque no tan desarrollado como en ésta, para dejarlo en claro. Robert Putnam (1976) observa que en Inglaterra, "las costumbres escolares y las actividades afuera de clase han sido incluso más importantes para inculcar la peculiar mezcla de iniciativa, liderazgo energético, autocontrol, lealtad, conformismo y sentido de equipo que caracteriza a los egresados de las escuelas públicas".

Las escuelas profesionales de la Universidad Nacional tuvieron menos influencia sobre las opiniones intelectuales de algunos líderes, de la que tuvo la Escuela Nacional Preparatoria, pero para otros fueron de mayor significación. Entre las escuelas profesionales, la Facultad de Derecho fue la más importante. Primero, porque de ella se graduaron más líderes políticos que de cualquier otra escuela o universidad en México.

A diferencia de los estudiantes de derecho, los de economía han sido preparados para ocupar posición en el gobierno federal. En un tiempo, el sector privado no aceptaba la necesidad o conveniencia de tener economistas y, como ha indicado un autor, el objetivo enunciado de la escuela era "entrenar líderes en la ciencia económica para ocupar posiciones políticas gubernamentales" (Cisneros, 1999).



Aunque es difícil generalizar sobre las experiencias de los líderes mexicanos en universidades extranjeras, es seguro que la experiencia de cada individuo ha sido de considerable importancia para la formación de la persona de que se trataba. Las experiencias educativas en el exterior han tenido más influencia sobre los líderes políticos que su educación en México.

Quizás de más importancia, su hincapié en el deseo del poder o, en otras palabras, la lucha por el poder del Estado sin importar el costo, proporciona una justificación para tomar el poder con el fin de "cambiar al hombre y a la sociedad" (las comillas son nuestras).

Estas características comunes de las experiencias universitarias se han relacionado con las opiniones ideológicas de estos mismos líderes políticos mexicanos. De importancia entre esas opiniones es el hincapié en un enfoque pragmático, ecléctico del desarrollo, la necesidad de paz y orden y el sentido de cooperación entre los miembros de esas generaciones para lograr ciertos objetivos. Aunque otras fuentes de socialización han sido esenciales para engendrar esos valores entre los líderes políticos de México, el ambiente social de sus días de universidad contribuyó de manera sustancial a los mismos.

Uno de los más importantes valores es el sentimiento de una experiencia compartida común, aunada al sentido de unidad entre esas generaciones. Con esto se quiere sugerir que estos individuos desarrollan gradualmente una cultura de élite caracterizada por ciertas reglas no escritas. Entre esas creencias hay una sobre los medios en que se está de acuerdo: transición ordenada sin violencia en gran escala. Pero varios de otros patrones se han desarrollado de esas experiencias socializadoras. Uno de esos patrones de cultura informales

es lo que Rupert Wilkinson (1964) denomina "modales políticos".

Los líderes políticos de México, independientemente de la facción personalista o ideológica en que se encuentren, han demostrado su habilidad para comunicarse entre sí y hacer la transición de una administración a la otra, incluso en casos en que ha existido considerable oposición al precandidato elegido.

Este patrón ha tenido algunas implicaciones importantes para el sistema político mexicano. No sólo implica ciertas reglas de juego que los participantes deben aceptar para poder seguir en el campo, sino que, podría influir en el contenido del proceso político. Las contribuciones de un ambiente universitario a este proceso son reforzadas fuertemente por la naturaleza del reclutamiento político en México. La mayoría de los líderes mexicanos han sido reclutados por profesores en la universidad, profesores que a su vez eran políticos y que han tenido mucha influencia sobre las posiciones y valores ideológicos de esos estudiantes. Este patrón ha ocurrido generación tras generación, ayudando a los líderes de México a crear un ambiente de apoyo para aceptar las reglas informales del comportamiento político y desempeñando un importante papel en la socialización de los nuevos reclutas políticos.

Las implicaciones de las contribuciones del ambiente a la socialización de los líderes políticos de México tiene un doble significado. Este ambiente ha contribuido en México a desarrollar una élite política que le ha permitido enfrentarse a graves problemas sin sucumbir al caos de la inestabilidad política. Por otra parte, aunque esta experiencia educativa refuerza la habilidad de los líderes mexicanos para proporcionar estabilidad política, también reduce la posibilidad de que nuevas ideas que caen afuera de su experiencia compartida encuentren fácil

aceptación entre una cultura de élite cada vez más homogénea, aunque se trate de ideas cada vez más esenciales para los líderes mexicanos, si quieren enfrentarse con éxito a una multitud de problemas sin sumergir al país otra vez en la violencia de épocas anteriores. Además, las agudas diferencias en el ambiente educativo de las universidades privadas que han producido a los líderes industriales de México y las universidades públicas que han producido a sus líderes políticos, ha contribuido a importantes diferencias de percepción en esos dos grupos, las cuales han conducido a graves tensiones y abiertos conflictos en años recientes (Cosío, 1972). Finalmente, estos dos grupos de líderes están aislados de las masas cuyo futuro controlan, porque han recibido influencias socializadoras de dos experiencias educativas que incluso actualmente no son accesibles para un gran porcentaje de los mexicanos. Ya sea que percibamos la contribución del ambiente educativo de manera positiva o negativa, sin duda ha contribuido a determinar la actual cultura política y los problemas que esa cultura produjo.

### 3.6 LOS MAESTROS

Los profesores y maestros universitarios han demostrado ser uno de los grupos socializadores influyentes en la sociedad. Como ya se expuso en otra parte, los profesores, más que ningún otro grupo individual, sirven como reclutadores de líderes políticos futuros en México. Esto es importante porque en este país y en otras partes, los reclutadores tanto socializan al posible iniciado, como efectúan varios procesos de selección subsecuentes (Schwartz, 1969). Los profesores no sólo son responsables de reclutar a los líderes políticos mexicanos, sino que parecen ser también responsables del reclutamiento y socialización de los líderes del principal partido de oposición.

Los profesores que inician en la política a los futuros líderes de México no son nombrados para desempeñar esa tarea por las *élites* políticas; antes bien, ellos mismos son miembros sobresalientes de esa élite. Los reclutadores en la mayoría de los sistemas políticos eliminan la tensión potencial entre ellos y los recién reclutados a través de la selección de individuos de ideas afines. Implica que un grupo ampliamente aceptado de valores y opiniones se perpetúa de una generación de líderes a la siguiente y que en México el líder profesor-político, sirve como instrumento para inculcar esos valores y opiniones. Debido a que con frecuencia los líderes políticos identifican a los profesores como sus reclutadores así como sus socializadores primarios, es igualmente importante averiguar quién enseña a los profesores (Jaros, 1973). Como ya se demostró anteriormente, los profesores-políticos que reclutan y socializan a los líderes políticos mexicanos, han recibido a su vez igual tratamiento de un grupo anterior de profesores-políticos. En México, los líderes políticos educados tienden a ser una élite política que se perpetúa a sí misma.

Como socializadores, los profesores han sido importantes por varias razones. Para influir a los estudiantes mexicanos, los profesores casi siempre compiten con éxito con los grupos de compañeros.

En el apartado anterior se afirmó que los líderes políticos educados fueron socializados a través de su medio ambiente escolar, lo que es distinto a ser socializado en ciertas clases o por profesores individuales. Existe evidencia adicional de que la experiencia universitaria, a diferencia de la que se recibe en determinadas clases, sí tiene un efecto sobre los valores esenciales (Jaros, 1973). Sin embargo, la evidencia de que la *enseñanza* influye en los valores es poca y menos concluyente. El hincapié en la mayoría de las investigaciones ha sido sobre la influencia de los profesores como grupo y de la experiencia en el salón de clases en conjunto, en tanto que la investigación de este estudio nos lleva a la conclusión de que lo realmente importante son los profesores individuales y sus clases de carácter único.

Los profesores han sido y seguirán siendo importantes como socializadores porque los propagadores de valores y habilidades políticas, imparten normas culturales que tienen implicaciones políticas y económicas y proporcionan un modelo de individuos y de sociedad por la manera en que se comportan en sus clases (Jennings y Niemi, 1974). Además, casi todas las investigaciones sobre la influencia del plan de estudios parecen haber ignorado un factor mediador obvio: la naturaleza y la calidad de la enseñanza, misma que resulta una interesante propuesta de investigación.

Los rasgos de personalidad son el principal recuerdo entre los estudiantes y sus contemporáneos. La opinión general es que dichas "cualidades del maestro tales como

'cordialidad', 'estimulo', 'organización', y 'responsabilidad' resultan en una mayor habilidad para comunicar información, producen reflexión e influyen sobre los valores de los estudiantes" (Jaros, 1973).

Los estudiantes que se identifican con un profesor frecuentemente desarrollan relaciones personales con él. Si los profesores pueden atraer a sus estudiantes debido a sus personalidad, con frecuencia los influirían de dos maneras: a través de la presentación de sus propios valores y como modelos. Muchos profesores, ya sea indirecta o directamente, transmiten sus puntos de vista sobre el sistema político.

Estudios sobre otras universidades latinoamericanas indican que los profesores tratan de no verse implicados en discusiones políticas en clase. Pero, como el mismo estudio señala, es difícil abstenerse de hablar sobre asuntos de importancia contemporáneos, y además, las inclinaciones políticas de los profesores por lo general son del conocimiento de los estudiantes y parecen tener una influencia sutil sobre ellos (Jaros, 1973).

Otros profesores han tomado la iniciativa o han sido alentados por sus estudiantes a formar fuera de clases grupos de discusión para debatir sobre temas intelectuales. Muchos de estos profesores forman grupos que se reúnen regularmente a desayunar o almorzar con estudiantes y otros profesores de facultad, con frecuencia estos grupos se reúnen por muchos años. Muchas de las amistades que surgen en esos círculos intelectuales perduran por décadas.

Muchos estudiantes tratan de seguir su ejemplo y convertirse en profesores

competentes. Esto es significativo por dos razones. Primera, al imitar a sus profesores, se sitúan también en posición de socializar a generaciones futuras de líderes políticos. Segunda, como lo indicamos antes, debido a que la educación universitaria se volvió el foco de reclutamiento para la actividad política, se convirtieron en los reclutadores de la siguiente generación. Pero su papel como modelos ha sido también igualmente importante para las carreras públicas. Ya que la inmensa mayoría de los profesores que los líderes políticos recuerdan como decisivos por la influencia que tuvieron sobre sus puntos de vista sociales, económicos y políticos, toman parte activa en la vida pública, proporcionaron un modelo positivo a ser imitado por muchos de sus estudiantes interesados en la política.

Los profesores que tuvieron mucho más importancia en la socialización de los líderes políticos mexicanos en las ya citadas instituciones de educación profesional tienen las siguientes características: 1) antecedentes homogéneos en los cuales predominan los lugares de nacimiento urbanos y los niveles socioeconómicos medios y altos; 2) largas carreras en la enseñanza; 3) títulos otorgados por las mismas instituciones; 4) participación como estudiantes en actividades políticas o intelectuales; 5) estudios bajo los mismos profesores distinguidos; 6) y (si se trató de profesores de la escuela profesional) carreras públicas de mucho éxito (Prieto, 1968).

Además, a diferencia de la población mexicana en general, la ocupación del padre, ha sido con más frecuencia una profesión (Lazarsfeld y Thielens, 1958).

En términos de su propia educación, la mayoría de los profesores y líderes políticos se

graduaron de las mismas instituciones y estudiaron bajo una generación anterior de estudiantes. Esto explica porqué los profesores pueden tener y tienen una influencia continua sobre una generación y otra de líderes políticos aunque sea de forma indirecta. Esto no implica que los estudiantes absorban todas las ideas de sus profesores y se conviertan en reproducciones ideológicas exactas de sus mentores. Obviamente éste no es el caso, pero lo que es importante es que este pequeño grupo de educadores, cuyas carreras y amistades se entrelazaban, tiene una influencia importante sobre la formación de los estudiantes que entran al campo de la política. Además como modelos para estudiantes, los profesores ofrecen una variedad de experiencias y valores a la consideración de aquéllos.

Cualquiera que sea el caso, han sido los profesores que participaron activamente en la política, ya sea dentro o fuera del sistema oficial, quienes más influencia han tenido sobre los líderes políticos mexicanos. Además de garantizarles, en gran medida, una carrera pública fructífera en el caso de haber cultivado su amistad.



### 3.7 LOS VALORES PARA SOCIALIZAR EN EL PODER

Aun cuando es importante conocer lo anterior para entender las experiencias de los líderes políticos, es de igual importancia sugerir los valores personales y opiniones ideológicas de estos y comentar sobre el origen de los mismos. Pero, además de mostrar las pautas de socialización de los líderes mexicanos, es muy valioso –dentro de este proceso– reconocer que para concluirlo satisfactoriamente el sujeto debe adquirir una serie de “valores” relevante dentro del grupo político, dentro de la élite en el poder.

Los valores pueden describirse como “actitudes sumamente generalizadas que definen la orientación de una persona en la vida en términos de las cosas que considera más importantes” (Smith, 1981). Las opiniones ideológicas consisten en la preferencia de una persona por filosofías sociales, económicas y políticas. Ambos son importantes porque tienen cierto efecto en el comportamiento de un político. Aun cuando no se ha hecho una investigación amplia sobre la relación entre valores y opiniones ideológicas, es evidente, que los valores personales, bajo ciertas condiciones, sí afectan los puntos de vista y comportamiento de una persona acerca de cuestiones políticas o económicas. Además los valores personales no sólo tienen algún efecto sobre las opiniones ideológicas de los individuos; como un destacado economista sugiere, los patrones de acción política son en sí mismos un reflejo de “los valores y conocimientos profundamente arraigados que forman parte de la cultura política. Son estos patrones los que determinan el funcionamiento de las estructuras políticas y producen un sistema político propio con un estilo político mexicano claramente definido” (Scott, 1965).

Los valores personales parecen afectar las preferencias ideológicas y, en algunos casos, estas preferencias son influidas por otras variables en los antecedentes. En este caso, la educación superior puede ser una indicación de riqueza, factor que resultaría relevante para determinar si un líder político individual podrá resistir al sistema y sobrevivir sin ninguna otra ocupación. Pero otras características de los antecedentes también son importantes para determinar las opiniones de los líderes políticos. Otros estudios han revelado una relación directa entre el nivel de educación y el valor que se le otorga a la igualdad económica y participación en la toma de decisiones. No sólo los diferentes antecedentes y valores personales afectan las opiniones ideológicas políticas y económicas.

En el caso de México, la cultura política impide que los líderes políticos desarrollen vínculos con la esencia de la política pública (Fagen y Tuohy, 1972). Los líderes políticos no sólo no se identifican con posiciones políticas controvertidas, sino que dejan de innovar en áreas políticas en pos de un interés propio. Además, el grado de personalismo dentro del sistema y la centralización en la formulación de políticas a nombre del presidente, ejerce presión sobre los líderes principales para que se identifiquen con aquél y sus políticas. Además de reprimir sus propios impulsos en las metas personales de largo alcance, los políticos lo hacen así con fines de compromiso político.

En un estudio sobre los líderes políticos y su socialización (Prewitt, 1970) se resumen las opiniones que caracterizan a los grupos en el poder como: 1) Creer que las obras de los políticos deben beneficiar a las masas; 2) en los programas se debe dar mayor énfasis al aspecto humano que al técnico; 3) que se deben interesar en los pobres; 4) que la democracia es un valor muy importante; y 5) que una persona bien preparada debe mejorar su posición en

la vida (Prewitt, 1970). Los grupos en cuestión, garantizaron, formando amistades francas, unidas e íntimas, solamente el último punto de estas opiniones: mejorar su posición económica.

Aun cuando sabemos que existen algunos principios universales amplios que fundamentan la unidad de varias generaciones de líderes políticos mexicanos, en particular ¿cuáles son sus opiniones personales e ideológicas? En el estudio de Prewitt y sus colegas (1967), se mencionan los valores más importantes para los líderes políticos: libertad individual, servir a los demás, trabajar arduamente, el conocimiento y la honradez. El valor personal que no podía faltar entre los líderes mexicanos es aquel que se refiere a llevarse bien con los demás. Tal vez asumieron automáticamente la importancia de este último para la cultura política y su esencia para el ascenso profesional.

En el mismo estudio, los autores señalan que para otros líderes, un valor fundamental era el no beneficiarse de un cargo público como una cuestión de conducta personal y honor moral. Otros veían la sinceridad personal, en términos de expresar lo que realmente pensaban, como un valor importante (Prewitt et. al., 1967).

Esta transición sería particularmente sencilla entre una *élite* política unida por un ambiente educativo continuo y una relación *mentor-discipulo* a largo plazo, y el valor ha sido transmitido a la juventud de hoy en día a pesar de su falta de contacto con la dinámica social actual.

Para otros, la justicia social, o mejorar el bienestar social para todos los mexicanos se convirtió en la meta principal de su generación. Este tema se asoció a la creencia de que el Estado debía desempeñar un papel importante en la economía, ya que para muchos el Estado era el medio principal a través del cual la riqueza podía ser redistribuida entre las masas. No es de sorprender que mientras ambas metas de mejoramiento del bienestar y un más alto nivel de vida eran las más importantes para los líderes políticos en todas partes, las formas políticas para alcanzar esas metas tenían una prioridad más baja.

No obstante, en los estudios sobre socialización y reclutamiento político en México también se señala es que además de los valores antes mencionados, los líderes mexicanos reconocen que para tener acceso al poder público deben adquirir otros "valores" muy particulares e imprescindibles para la élite política mexicana. Valores que reconocen contribuyeron a su ascenso profesional y político dentro de un grupo tan homogéneo como el que detenta el poder en México.

En este proceso de socialización los líderes políticos han tenido que adquirir valores fundamentales como son, en orden de importancia: la *lealtad*, la *confianza* y la *amistad* independientemente de la capacitación, la especialización y/o los méritos profesionales que posean (las cursivas son nuestras) (Smith, 1981).

Se reconoce que la lealtad tiene un sentido preciso para los líderes mexicanos: confianza personal. Como Grindle sugiere (1977), "la confianza entre jefe y colaboradores significaba la certeza de que todos están íntimamente de acuerdo en las motivaciones", de tal suerte que tanto las instrucciones como la información necesaria fluiría sin tropiezos.

La mejor manera de conseguir personas con ese perfil es rodearse de funcionarios a quienes se conoce personalmente, cuya habilidad y desempeño profesional se han comprobado.

Ronfeldt (1989) concluyó que aunque el grupo busca mejorar las posiciones del líder, al mismo tiempo sirve para que el resto de los miembros avance con él. Más que subordinación, los vínculos son de colaboración y de reparto de beneficios, es decir, hay igualdad entre los participantes.

Las lealtades personales y los intereses comunes son la base de la cohesión del grupo. Esta comunión de valores hace posible que los miembros tengan libertad para establecer contactos e incluso pertenecer a otros grupos, lo que no impide, por otro lado, la formación de un círculo íntimo, más cercano al líder, al que también llama equipo (grupo élite o camarilla) y que está integrado por individuos preparados y leales.

Como se desprende de los estudios específicos, los grupos establecen relaciones con otros, alianzas estratégicas para conseguir no tanto un puesto administrativo alto, sino el poder político (Smith, 1981; Prewitt, 1970).

En suma, los grupos políticos condensan tanto relaciones de amistad (en su más pura concepción ética) como del más nítido interés. Nada tiene de extraño: los mismos partidos políticos operan de este modo y no por ello se les considera camarillas, la misma convergencia de amistad e interés instrumental es característica de la política, en la que, como lo afirmó Weber (1974), la moral no existe. Así, es posible ver que los nombramientos de

alto rango sirven para asegurar el control al grupo básico, pero también para reconocer y pagar las alianzas con otros.

Es ampliamente comprobable que los grupos existen y que en todos los casos opera un fuerte componente de amistad y lealtad.

Aspirar al poder no basta o, en todo caso, no determina por qué se participa en un grupo y no en otro. La verdadera razón se encuentra en el hecho de compartir intereses, ideas y formas de actuar que motivan a un político a unir su carrera (y su futuro) a un líder y grupo específico. Un grupo político es, en realidad, una comunión de intereses y de beneficios, que hace que las personas sumen espontáneamente voluntades, acciones, actitudes en una dirección que advierten, individual y autónomamente, que los va a beneficiar a todos. Es entonces cuando se empieza a observar una acción política consistente.

No es de extrañar, en consecuencia, que los grupos tengan reglas de comportamiento no escritas que, sin embargo, son celosamente observadas por sus miembros. La lealtad y la eficiencia son las más apreciadas por los políticos. La lealtad es la que más atributos encierra porque refleja los intereses y, en especial, las normas éticas de los individuos. Es, el principio del cual dependen las relaciones personales y la pertenencia a un grupo determinado. Así como la identificación de intereses conduce a ingresar a un grupo, la lealtad surge de la identificación con una persona en particular, con más precisión, con un líder. Hay lealtad si hay identidad con un individuo, si hay química. No se le puede tener lealtad a alguien en quien no cree uno; entonces, primero, hay que creer en la persona, hay que identificarse con ella, y luego compartir su proyecto porque así se vincula el interés de uno con el interés del

un grupo. La lealtad es personal pero también es institucional, es decir, se le debe a una persona y es duradera.

Como puede apreciarse con estos ejemplos, la conformación de los grupos políticos en México implica un conjunto de principios y reglas de comportamiento. Existen valores comunes que permiten la identificación de algunas personas en el medio de la política. Sólo cuando existen estas características es posible encontrar lealtad entre los miembros, pues deriva, sin mayores elaboraciones, de esa comunidad de identidades.

Los grupos, en suma, son mucho más que interés ya que deben socializar, de manera tal que adquieran los valores que les permitan formar un sólido equipo que llegue a la cúpula del poder.

## CAPÍTULO 4. UNA DEMOCRACIA DE ELEGIDOS

### 4.1 ORIGEN DE LA PRESENCIA DE LOS TÉCNICOS

Después de concluir la etapa armada de la Revolución Mexicana, el Estado Revolucionario emprendió activamente la reconstrucción económica, la institucionalización de la vida política y la reafirmación nacional. Asumir ese reto requirió de la consolidación de un Estado dirigente del desarrollo económico y social del país.

Los gobiernos revolucionarios, desde los primeros años de las décadas de los veinte y treinta, se preocuparon por la reconstrucción económica del país y la creación de los organismos encargados de dirigir y apoyar el desarrollo económico, más no el desarrollo social; tal parece que este nunca ha estado en su agenda. Durante el gobierno del General Calles se establecieron las primeras bases institucionales y materiales para el futuro desarrollo económico, sobresalen la fundación de: 1)el Banco de México, 2)la Comisión Nacional de Caminos, 3)la Comisión Nacional de Irrigación y, 4)el Banco Nacional de Crédito Agrícola.

Sin embargo, fue a partir de los cuarenta (una vez que se había consolidado la vida política) cuando el Estado empezó a promover y apoyar decididamente la industrialización



del país: por un lado, con políticas económicas favorables en materia de inversión pública, política cambiaria, incentivos fiscales, protección arancelaria, gasto público; por otro, en la participación directa en la producción de bienes y servicios por medio de empresas públicas y en la construcción de infraestructura para las comunicaciones, la irrigación del campo y la industrialización.

De esta manera, se convirtieron en interés del gobierno los temas técnicos vinculados al ámbito de la política económica, los recursos hidráulicos, las comunicaciones, la agricultura, los transportes, el comercio y la industria, entre otros.

La presencia de los técnicos en el aparato gubernamental está vinculada con la vocación constructora del Estado, pues se fueron creando dependencias de gobierno, cuerpos de asesoría y órganos administrativos integrados por técnicos especialistas, para diseñar y ejecutar las políticas gubernamentales con el propósito de promover el desarrollo del país. Los ingenieros fueron los primeros que se incorporaron en gran número como funcionarios del sector público, posteriormente los economistas.

De tal manera que, el personal técnico del gobierno fue creciendo conjuntamente con las organizaciones encaminadas a promover y dirigir el desarrollo. Entre esas dependencias se distinguen, por su importancia: Banco de México (1925), la Comisión Técnica de Colaboración del primer Plan Sexenal (1933), Nacional Financiera (1934), Comisión de Fomento Agrícola y Ganadero (1938), el Comité Asesor Especial del segundo Plan Nacional (1940), la Comisión Papaloapan (1947) y la Comisión de Inversión (1947) entre otras.

Estos organismos, las comisiones y sus dirigentes han requerido para realizar sus labores de la presencia de los técnicos expertos en esos campos, pues poseen la información, la formación y la capacidad necesaria para ello. En la medida que la gestión gubernamental se fue expandiendo y especializando, aumentó la complejidad de la política gubernamental, por lo tanto la participación de los técnicos en la formulación de las políticas de gobierno y en la toma de decisiones ha sido cada vez mayor (Guy, 1972).

La especialización de este grupo y su acumulación de conocimientos e información incrementó su influencia ante las autoridades políticas. En especial en el ámbito económico y en la política fiscal, que por la naturaleza técnica de la materia, se convirtieron en los primeros feudos de poder para ellos.

El papel de los técnicos en el aparato de gobierno es diseñar propuestas de políticas de gobierno, elaborar información y proporcionar la asesoría demandada en el proceso de formulación de políticas de gobierno y en la toma de las decisiones. Si bien participan en las decisiones, su participación no es directa y suele restringirse a sus propuestas, a cuando se le llama o se le considera; pero finalmente, son los dirigentes políticos quienes toman las decisiones finales, en donde existen consideraciones y factores políticos que ellos difícilmente pueden contemplar, principalmente, por la falta de información, por su nivel jerárquico de subordinados y en ocasiones, por su formación profesional predominantemente técnica y poca experiencia política. Vernon (1983) asegura que su fuerza no reside tanto en sus posibilidades de dar directamente forma a la política, como en su capacidad para elegir alternativas técnicas que son presentadas a sus amos políticos. Así, pues, los técnicos piensan que las inversiones públicas proceden utilizando el

razonamiento y el estudio, consideran que la intervención de los políticos es algunas veces una "mosca en la sopa" de las decisiones razonables, pero ven esto como una imperfección, no como un defecto fatal en el sistema.

Es difícil precisar el verdadero alcance de la participación de los técnicos en la toma de decisiones. Se debe diferenciar la naturaleza de las políticas y los distintos niveles de influencia que pueden tener:

1) en el primer caso, su influencia está en función, principalmente, de la involucración de factores no técnicos en la decisión. Algunas decisiones están fundamentadas esencialmente en argumentos y requerimientos técnicos, por lo que su influencia y autoridad es muy amplia, su recomendación a menos que exista otra argumentación técnica más adecuada o alguna objeción política a su aplicación, generalmente es aceptada; por otro, las decisiones que están politizadas, si bien también requieren de información y asesoría del experto, la decisión final está generalmente fuera de la influencia del técnico.

2) el segundo caso está en relación al poder que tiene el técnico como individuo. Se puede decir que algunos únicamente influyen por medio de la información que proporcionan; otros, por este hecho y por ser consultados como asesores; pero su labor concluye en esa fase y generalmente abandonan el proceso después de haber realizado sus recomendaciones. Algunos tienen mayor influencia debido a que tienen una posición relevante en la asesoría de alguna unidad jerárquicamente importante en el aparato gubernamental; de tal manera que sus opiniones no sólo son requeridas continuamente, sino que tienen gran influencia sobre decisiones importantes (Cottier, 1962).

Los técnicos forman una fracción dentro de la burocracia que, por su capacitación

técnica y su nivel jerárquico medio se diferencian del burócrata tradicional y de los altos mandos del Poder Ejecutivo. En general, ellos han trabajado en áreas y organismos afines a su formación profesional. Este grupo predomina y llega a los puestos más altos de aquellos órganos del gobierno que requieren mayor formación técnica para el diseño de su política. De hecho, las Secretarías de Estado y los organismos públicos que presentan un liderazgo técnico son aquellas que tienen una proporción mayor de ellos en su estructura (Cottier, 1962).

Un claro ejemplo es el sector financiero. Los técnicos del Banco de México son requeridos por otros organismos públicos del sector financiero (o áreas afines) y pasan a ocupar puestos importantes en los mismos. Mantienen sus nexos con el Banco de México y con personajes del mismo estilo, de tal manera que conservan canales de comunicación, información, cooperación y desarrollan espíritu de cuerpo. Además, existe la posibilidad de que retornen al Banco de México o algún otro organismo o área del sector (Cottier, 1962).

La cooperación entre ellos, su posición de mandos medios superiores y su preparación especializada se convierten en factores que favorecen la estabilidad y prolongación de sus carreras dentro del aparato de gobierno. Así, a pesar de los cambios del liderazgo político, en cada gobierno, los técnicos (no obstante carecen de una relación estrecha con la élite dirigente, por ser quienes tienen la formación técnica necesaria para realizar las acciones en esos campos) mantienen sus cargos y/o, en ocasiones reciben otros.

Sin embargo, su reclutamiento y ascenso no es rigurosamente por méritos y capacidades. Si tomamos las características del técnico en los términos que Grindle (1977)

señala: "posee conocimientos especializados, se incorpora a su carrera y avanza en ella a través de criterios universales de evaluación, es apolítico y se considera por encima de la política, toma decisiones sobre la base de la racionalidad y la eficacia, tiende con frecuencia a subestimar la necesidad de tener en cuenta en su trabajo aspectos de relaciones humanas y política y tiene una influencia cada vez mayor en la acción política."

Se puede observar que los técnicos mexicanos, aunque presentan algunos rasgos prototipo, en la realidad se alejan, pues comparten muchas características del político y en la medida que ascienden a cargos más importantes la semejanza es más significativa.

Al igual que los dirigentes políticos, en muchos casos, los técnicos son reclutados y promovidos por sus nexos con altos funcionarios y amigos, *en donde elementos subjetivos (que señalamos en el capítulo anterior) como la lealtad, la confianza y la amistad se consideran fundamentales independientemente de la capacitación, la especialización y/o méritos profesionales* (las cursivas son nuestras). Además, si bien tienden a desempeñar cargos vinculados a su formación profesional, la correlación entre educación y cargo no es siempre válida, pues muchos de ellos trabajan en áreas distintas a su formación.

En un estudio Raymond (1983) concluyó que, para los técnicos los principales factores que influyen en su ascenso son: 1) trabajar duro, 2) capacidades técnicas, 3) contactos y relaciones políticas y, 4) suerte. Asimismo señala que en la medida que aumenta su nivel jerárquico, sus vínculos políticos y habilidades políticas tienen cada vez mayor influencia para su carrera. Peter Smith (1981) llegó a conclusiones similares, pero descubre que, mientras el personal político ni es reclutado del sector privado ni concluida su participación

política se incorpora a trabajar para organizaciones privadas. los técnicos tienen mayor probabilidad de ser reclutados del sector privado y, después de abandonar el sector gubernamental, incorporarse nuevamente al privado.

Este grupo en la práctica suele establecer distintas relaciones con fines políticos entre ellos, con partidos, grupos de presión, políticos, burócratas, etc. La información y la argumentación técnica se convierten en fuente de poder al ser dirigida y utilizada por ellos con el propósito de ganar más influencia y recursos. Los técnicos al establecer vínculos políticos no aplican siempre un criterio racionalista para tomar decisiones. De hecho, muchos de ellos dejan la eficacia técnica y racional en pos de logros políticos. Nosotros creemos que la presencia de los técnicos no garantiza más racionalidad y profesionalismo en la dirección de los asuntos públicos ni implica necesariamente reformas a las deficiencias de la estructura burocrática, ni el fin de las prácticas patrimonialistas de la burocracia en México.

Los técnicos tienen un perfil socioeconómico similar al personal político. La mayoría son de origen urbano y de clase media, pero en comparación con los dirigentes políticos, más individuos de su grupo provienen de la clase alta (en especial los miembros del ámbito financiero) y es mayor su origen urbano y su concentración en la ciudad de México. En conjunto, la gran mayoría, son egresados de la Universidad Nacional Autónoma de México, pero a diferencia del personal político no son abogados, son principalmente economistas e ingenieros con la creciente participación de otras profesiones como administración, actuaría, contabilidad y las ciencias políticas y sociales. Ahora sabemos que, los técnicos tienen una formación profesional postuniversitaria más amplia, principalmente en países extranjeros.

#### 4.2 TECNOCRACIA: ORIGEN, CARACTERÍSTICAS Y CONCEPTOS

El siglo XX fue escenario de importantes innovaciones y modificaciones de la civilización humana: las dos guerras mundiales, notables avances técnicos y científicos, el predominio de las urbes, la sociedad de masas, los enormes complejos empresariales e industriales, las inevitables y poderosas organizaciones burocráticas, etc.

Los rasgos característicos y dominantes de la sociedad de nuestros días son: 1) la especialización del conocimiento humano; 2) el desarrollo de la ciencia y la técnica aplicado a la producción y demás esferas de la vida; 3) la supremacía de la racionalidad económica y administrativa; 4) el dominio de las organizaciones sobre los individuos y 5) la separación tajante entre las esferas valorativas de la ciencia, la moral y el arte.

La integración de la ciencia y la técnica y su aplicación en las distintas actividades del hombre ha provocado importantes cambios en la historia actual. De tal manera que, la técnica se ha convertido en imperativa de la conducta del individuo, pues crea nuevas realidades y necesidades dependientes del constante desarrollo tecnológico.

Al parecer el suceso más importante de la época actual, la sociedad postindustrial, es la revolución tecnológica que ha modificado profundamente la estructura social y en definitiva nuestro modo de vivir y concebir la vida.

De hecho, creemos que la revolución científico-técnica no constituye simplemente un progreso técnico, sino algo completamente nuevo y cualitativamente

superior a las anteriores revoluciones técnicas y que transforma radicalmente la relación del hombre con respecto al proceso de producción, a la sociedad y a la naturaleza.

El desarrollo de la ciencia y de la tecnología requiere de mayor interacción de las diferentes ramas de la ciencia y la técnica, pero la complejidad y las dimensiones del conocimiento han provocado un proceso irreversible de especialización.

Ante los elevados costos económicos de la investigación científica, la multidisciplinariedad científica y la complejidad técnica, ya no es posible, para los hombres de ciencia, emprender grandes empresas científicas sin el apoyo de las instituciones privadas o el Estado ni prescindir de estructuras burocráticas como son los centros de investigación.

La innovación y la aplicación tecnológica en la producción no sólo altera su productividad, sino también la organización y el aparato administrativo de la actividad económica. El individuo ha sido superado por las organizaciones, en la industria moderna numerosas decisiones -y especialmente todas las importantes- se basan en la información nunca poseída por un solo hombre. Lo típico es que se basa en el conocimiento especializado científico y técnico, en la información o la experiencia acumulada y en el sentido artístico o intuitivo de varias personas. El grupo directivo de la organización toma las decisiones después de recibir y analizar la información especializada.

En las grandes organizaciones empresariales el poder no está directamente representado por las jerarquías de autoridad formal ni por los títulos de propiedad.



Actualmente, el poder real de decisión está situado a bastante profundidad, en el equipo técnico: planificador o de alta especialización. El supuesto básico es que la decisión requiere información. Y entonces algún poder se encontrará en manos de la persona o las personas que posean esa información.

A este nuevo tipo de organización, prototipo de la era postindustrial, se le conoce como *Tecnoestructura*: organización formada por los sujetos -independientemente de su jerarquía formal- que participan en la toma de decisiones en función de ser portadores de conocimiento especializado, talento y experiencia (Galbraith, 1968). Ellos son el cerebro (la inteligencia) de la empresa e instrumentan las políticas sustantivas bajo un criterio de eficiencia, racionalidad y productividad.

En el siglo XIX, Saint-Simon, pionero del pensamiento tecnocrático, seducido por el desarrollo de la industria y la ciencia, creía que ese desarrollo permitiría el dominio del hombre sobre la naturaleza, de tal manera que, el poder sobre los hombres sería sustituido por la administración de las cosas. Para ello, sería necesario renovar el liderazgo tradicional de los nobles, el clero, los políticos; pues el gobierno y la economía deberían ser dirigidas por los hombres de ciencia y los industriales, "es decir, por gentes que no se ocupen de la dominación de los hombres, sino de la creación y la administración de las cosas" (García-Pelayo, 1981).

En Estados Unidos el pensamiento tecnocrático se desarrolló, en las primeras décadas del siglo XX, con la administración científica. Esta representa la visión tecnocrática aplicada a la industria: la eficiencia y la productividad como fines, el liderazgo y

la influencia a base de la competencia técnica y no del poder financiero ni del nepotismo. Sus principales seguidores, importantes administradores de las industrias y profesores de las escuelas norteamericanas de negocios y administración, fueron influidos por Henry Fayol y Frederick W. Taylor (fundador de la administración científica) quienes impulsaron y desarrollaron esta corriente.

El origen del término tecnocracia se encuentra en Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial. Pero sería en los treinta, como respuesta a la crisis económica de 1929, cuando se difunde el movimiento de los tecnócratas norteamericanos. Eran un grupo de notables científicos, ingenieros y economistas promotores de la tecnocracia, término utilizado "para designar un sistema de organización de la vida económica inspirada en esquemas racionales de las ciencias físicas" (Meynaud, 1968). Desde entonces, los teóricos de la tecnocracia pugnan por una nueva sociedad y Estado que, bajo las directrices de la ciencia y la técnica, encaminen al hombre a la civilización técnica. Este sistema social presenta la utopía del eterno desarrollo productivo, económico y de bienestar para la sociedad en conjunto. El fin último de los tecnócratas, de los treinta, era el "descubrimiento de la magnitud y características de las fuerzas físicas en que se fundan el mantenimiento y el desarrollo de nuestras civilizaciones, como base para establecer un programa posible de desarrollo social" (Raymond, 1983). Para este nuevo sistema la dirección del gobierno, la política y la economía deben regirse bajo criterios propios de las ciencias físicas y la ingeniería. De esta manera, la dirección sería más científica y exacta en sus razonamientos y medidas. Así, los tecnócratas, proclaman que la economía política debería ser una ciencia de medida cuantitativa enteramente desligada de cualquier filosofía sacada de las humanidades. Es por la aplicación de estas ciencias físicas a los problemas de la sociedad y, en especial, a

las prácticas de la vida de los negocios, como los tecnócratas esperan que el orden social puede ser revisado radicalmente para beneficio de todos. La política, según Scott -en Raymond, 1983- (teórico de la tecnocracia), puede desempeñar un papel muy poco importante, si es que puede desempeñar alguno, en el Estado-energía del futuro. Estos métodos para alcanzar decisiones, bien sea por opinión autocrática, plutocrática, democrática, por minoría o mayoría bien por sufragio parcial o universal, deben ser relegadas a los estantes polvorientos de una historia estática.

Para la tecnocracia la ciencia y la técnica son los motores del cambio y de las fuerzas productivas de la época actual. Los tecnócratas están a favor de la tecnicidad en las distintas actividades humanas, pues la consideran válida *per se* y neutral de cualquier valor ideológico o acto de dominación política la evolución del sistema social parece estar determinada por la lógica del progreso científico y técnico. La legalidad inmanente de este progreso es la que parece producir políticas orientadas a satisfacer necesidades funcionales.

La consolidación de un nuevo Estado social tecnocrático se hará realidad el día que desaparezcan los sistemas sociales, tradicional y moderno, que coexisten con el sistema postindustrial. Esto implicaría que los fines sean la eficiencia y la productividad y la clase dominante estaría compuesta por una clase tecnológica dotada de amplio saber teórico. Y entonces, los rasgos peculiares de la sociedad postindustrial serán una realidad universal: 1) la base de poder está en las capacidades y habilidades técnicas, 2) el mecanismo de acceso al poder es por medio de la educación universitaria y especializada, 3) la unidad social es el individuo (Bell, 1973).

La tecnocracia como nuevo liderazgo "significa el gobierno de los técnicos. Un tecnócrata es un técnico con poder (más no necesariamente, en los términos tradicionales del poder político)" (Ridley, 1966). Para Daniel Bell (1973) "el tecnócrata es el individuo que ejerce su autoridad en virtud de su competencia técnica". Así pues, "la tecnocracia como la accesión al poder por parte de quienes detentan conocimientos técnicos en detrimento del poder de los políticos" (Meynaud, 1968).

El poder de los técnicos y su manifestación en la dirección del Estado no es un acto mecánico derivado de sus conocimientos, es un proceso en la organización y en la política estatal. En política, el tránsito de la función técnica a la tecnocracia se consuma cuando el técnico, en cuanto tal, adquiere la capacidad de decidir o determinar de manera preponderante las elecciones del responsable oficial. La conquista de facultades tecnocráticas no se produce por una mutación repentina del régimen, sino por una especie de deslizamiento de competencias. Se trata de un conjunto de tendencias que afectan desigualmente a los diferentes sectores del aparato estatal. La conquista de una influencia de este orden supone que el interesado está suficientemente próximo a los centros donde confluye la totalidad de la información y se discute la decisión final.

De esta manera, la tecnocracia se consolida como una estructura de poder en la cual los técnicos condicionan o determinan, la toma de decisiones, tendiendo así a sustituir al político (o sustituyéndolo definitivamente) de las políticas y a los burócratas tradicionales en la operacionalización de las decisiones o en su participación en la decisión misma. La tecnocracia carece, en términos generales, de institucionalización formal, y su posición en la estructura de poder deriva del hecho de que quien es capaz de

cumplir una función necesaria para un sistema dado adquiere los poderes inherentes a tal cumplimiento, con independencia de que ello tenga o no tenga reconocimiento formal (García-Pelayo, 1981).

Así, se consolida una tecnoestructura que tiende a monopolizar el poder de decisión y a equiparar a los electores y ciudadanos con la sociedad de los accionistas de una empresa, cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia. Esta tecnoestructura no existe únicamente a nivel de secretarios ni inversamente abajo de las direcciones secretariales, su originalidad reside en un círculo intermedio: el doble equipo de colaboradores, especializados, tanto en la oficina del secretario de la Presidencia como del Presidente en contacto directo con sus correligionarios en las distintas secretarías. Esta tecnoestructura define los objetivos, delimita las opciones y prepara las decisiones. Los secretarios se convierten en consultantes sin poder de decisión autónomo, y a final de cuentas, interpretes y/o abogados de decisiones previamente ya tomadas. Todavía más patente en el caso de los legisladores que, a falta de los medios de información y análisis sólo pueden ejercer un control muy imperfecto sobre las complejas medidas que le son sometidas a su consideración.

En su mayoría los tecnócratas son miembros del Servicio Público Federal, ello les permite tener permanencia en su cargo y amplia experiencia acumulada en sus departamentos, factores que favorecen su influencia.

Los tecnócratas tienen como principales vías de influencia: 1) su posición en los puestos altos en los departamentos de gobierno, en las empresas públicas, bancos y otros

organismos estatales importantes. 2) en las instituciones científicas y tecnológicas del Estado que tienen importante influencia en el conjunto del aparato estatal, 3) en el ámbito del Estado Mayor Militar, en donde cada vez más los técnicos tienen más poder debido a su conocimiento especializado que requiere el gran desarrollo tecnológico y estratégico de las fuerzas armadas (Meynaud, 1968); 4) equipos de asesoría, los grupos de técnicos ajenos a la estructura formal jerarquizada de la burocracia tradicional ("Adocracia"): "grupo de especialistas, constituidos circunstancialmente o con carácter permanente, pero a los que se les encomienda esta o aquella misión, según necesidades cambiantes" (García-Pelayo, 1981).

En el diseño de las políticas gubernamentales, su aplicación y, en general, en la toma de decisiones se han desarrollado técnicas complejas que requieren de formación técnica y especializada tales como las técnicas de programación, análisis costo-beneficio, teoría de escenarios y diversos apoyos matemáticos, estadísticos e informáticos. La complejidad, la especialización y la heterogeneidad de las funciones del gobierno requieren no sólo la presencia de los técnicos (expertos), sino cambiar la naturaleza misma del proceso de toma de decisiones y la gestión del gobierno.

Estos nuevos arreglos organizacionales comparten una tendencia hacia la racionalización y automatización de la toma de decisiones en la producción, administración y dotación de servicios; el uso extendido de sistemas de análisis, planeación e ingeniería social orientados tanto a la administración de crisis como al aprendizaje organizacional; una fusión de los papeles técnico-profesionales y administrativos; una tendencia a jalar organizaciones individuales hacia asociaciones interorganizacionales y sistemas; centralización y descentralización simultáneas; políticas que enfatizan la

flexibilidad y eficiencia basadas en análisis costo-beneficio y riesgo-beneficio; una tendencia hacia la desburocratización y desprofesionalización como parte de un movimiento más grande hacia la desinstitucionalización, deslegalización y el informalismo; y una subordinación de valores políticos y democráticos a la racionalidad técnica. Estas tendencias pueden ser colectivamente nombradas como "Estrategias Tecnocráticas de Administración" (Sartori, 1984).

Se puede definir, también, la tecnocracia como una nueva forma de organización y funcionamiento del aparato estatal, donde la racionalidad legal cede a una nueva modalidad que actúa de acuerdo a criterios de racionalidad instrumental, eficiencia, productividad y despolitización de los asuntos públicos. Nueva organización que tiene en la funcionalidad y eficiencia de su sistema su legitimidad.

La presencia de los tecnócratas está principalmente en los sectores del aparato gubernamental vinculados a los ámbitos de la construcción de infraestructura, políticas de servicios, investigación y aplicación técnica y científica, de la planeación, la presupuestación, la contabilidad, y en general las tareas administrativas y las finanzas públicas; sin embargo, aún en aquellas funciones denominadas eminentemente políticas está presente si no como criterio dominante, si al menos en calidad de apoyo.

#### 4.2.1 Tecnocracia e instituciones políticas

Ante el avance de la modernidad con sus nuevas realidades técnicas, económicas, sociales y culturales las instituciones políticas se han transformado, por lo menos en la práctica cuando no siempre en la teoría, modificando sustancialmente el quehacer político.

En la Primera Guerra Mundial el ciudadano, la tecnología y el Estado se entrelazan en un objetivo común: la defensa de la nación. La situación bélica, por un lado, obligó a centralizar, organizar y distribuir los recursos bajo la dirección del Estado, en especial por el Poder Ejecutivo; y por otro, el Estado invirtió y promovió el desarrollo tecnológico y la producción de armamento.

Así, la "supervivencia nacional justificó en el curso de la guerra el gobierno con facultades extraordinarias y el desdibujamiento del parlamento o congreso como centro primordial de las actividades políticas" (Bernal, 1982). Asimismo, la creciente complejidad y los requerimientos técnicos de la gestión gubernamental fue concentrando la información y el conocimiento especializado en el Poder Ejecutivo, factores que favorecieron a la presencia y poder de los expertos en el aparato de gobierno.

El escenario del siglo XX se fue transformando día a día: emergieron las demandas sociales postergadas y las masas populares irrumpieron en la vida política reclamando canales de participación. La gran crisis económica del capitalismo de 1929, rompe con el mito decimonónico del mecanismo de autorregulación del mercado capaz de mantener crecimiento económico y estabilidad social.



Asumir los nuevos retos requería de un Estado activo y fuerte, es decir distinto al Estado Liberal tradicional. La respuesta fue la construcción de un nuevo tipo de Estado: el intervencionista o Estado Benefactor. Su característica fundamental es, por un lado, su intervención en la economía, para evitar los desequilibrios del mercado y establecer el pleno empleo en la sociedad; por otro, proporcionar los servicios de seguridad y bienestar social a las masas, y de esta manera, atenuar los conflictos de clases. El nuevo Estado surge con una doble misión: la valorización del capital y el consenso (Habermas, 1986).

El Estado contemporáneo se caracteriza por su mayor presencia en la sociedad a través de su participación económica, prestación de servicios y la preeminencia del poder Ejecutivo sobre el legislativo. Asimismo, por la complejidad y tecnificación en el diseño y la ejecución de las políticas gubernamentales; y, por ser promotor del desarrollo tecnológico.

Las transformaciones de las instituciones políticas durante el siglo XX favorecieron la presencia e influencia de la tecnocracia. Principalmente, por tres rasgos característicos del Estado moderno: "el racionalismo, la tecnicidad y la ejecutividad" (Galbraith, 1968).

Para el Estado de Bienestar las normas generales no pueden contemplar los medios adecuados para las cada vez más diversas y complejas funciones gubernamentales. La complejidad de la función pública requiere que la elección de los medios esté fundamentada en su idoneidad técnica para conseguir el objetivo. Por lo que cada política tiene su propio criterio en función de su eficiencia y factibilidad.

Este racionalismo tiende a subordinar o desdeñar la racionalidad legal (el derecho) como criterio fundamental para el diseño y la toma de decisiones de las políticas del gobierno. En su lugar propone la racionalidad instrumental, es decir, calculabilidad de los efectos de los medios más adecuados para lograr los fines deseados.

Lo que aquí importa no son ya consideraciones jurídicas, sino encontrar el medio apropiado para lograr un éxito concreto en un caso concreto, esta apreciación solamente se refiere a si las medidas son correctas en el sentido técnico objetivo, es decir, si son adecuadas al fin que persiguen. Donde existe por principio un interés exclusivamente técnico por las cosas estatales y políticas, las consideraciones jurídicas pueden ser igualmente inconvenientes e imprácticas. La concepción absolutamente técnica del Estado sigue siendo un valor propio. No tiene ningún interés por el derecho, sino solamente por la conveniencia del funcionamiento estatal, es decir, por lo simple ejecutivo. Dentro del ejecutivo, los órganos de ejecución tienen que someterse incondicionalmente al interés del funcionamiento técnico sin fricción (Galbraith, 1968).

La preeminencia de la racionalidad instrumental en la dirección del gobierno tiene estrecho vínculo al papel que desempeña la administración en el Estado de Bienestar. La administración estatal requiere de nuevas formas y criterios de actuación, para seguir apoyando la política general del Estado, pues la "racionalidad burocrática no garantiza la racionalidad del sistema político, sino que posiblemente la merma en las condiciones del Estado de Bienestar capitalista desarrollado" (Bernal, 1982).

Las responsabilidades del Estado Social (valorización de capital y consenso)

demandan de su sistema administrativo, por un lado, una adecuada coordinación, calculabilidad, dirección y planeación de sus actividades: por otro, la necesidad de participar activamente en la coordinación de la pugna de los intereses de los sujetos involucrados en la política y en generar los consensos necesarios para lograr el apoyo de los distintos actores políticos participantes, para la adecuada ejecución de las políticas del Estado.

No es la "politización de la Administración", el resultado de nuevos criterios de relevancia asumidos por ella, sino resultado del peor funcionamiento de los viejos programas de actuaciones según normas jurídicas y estrictamente condicionantes. En la medida en que la Administración Pública tienda a desmarcarse de esas premisas en su actividad, no le quedará otro camino que procurarse legitimaciones distintas de las legales para su actividad.

La administración del Estado no sólo es un medio para instrumentar los fines políticos, se convierte en arena para dirimir compromisos políticos, en donde los diversos intereses económicos están ahora directamente presentes, transcritos tal cual, en el seno de la administración. Así, la burocracia política se convierte en un actor político importante para la elaboración de las políticas del Estado.

La politización de la administración del Estado y la racionalidad instrumental como criterio de acción de gobierno se vinculan a la supremacía del Poder Ejecutivo sobre el Poder Legislativo. Aquellos tiempos de esplendor del parlamento han desaparecido, "el viejo esquema parlamentario clásico se resquebraja por todas partes, cada vez más los ejecutivos suplantán al parlamento como órgano de decisión y rivalizan con él hasta en su función de

representación de los ciudadanos" (Vernon, 1983).

Ante estos cambios, la alta burocracia (a la cual pertenece la tecnocracia) y el Poder Ejecutivo cada vez más monopolizan la organización y dirección estatal. Las disposiciones administrativas tienden a sustituir a las leyes como principio básico de gobierno. Y "la legitimación, encarnada por el parlamento, cuyo marco referencial era una racionalidad universal, se desliza hacia una legitimación de otro tipo: la racionalidad instrumental de eficacia encarnada por el ejecutivo administración" (Vernon, 1983).

La administración del Estado toma sus decisiones de acuerdo a un criterio de eficiencia, los métodos del debate parlamentario son considerados como inadecuados para tomar decisiones que, por su naturaleza son rápidas y/o complejas. El Poder Ejecutivo con sus facultades: de reglamentación, aplicación e interpretación de las leyes que rigen las actividades gubernamentales tiene amplio poder discrecional capaz de modificar el objetivo del Legislativo.

La pérdida de influencia política de los partidos políticos esta vinculada a los cambios que, en su conjunto, han tenido las instituciones políticas y la sociedad actual. Los partidos políticos han perdido su liderazgo como formuladores de la política de sus gobiernos, la capacidad de generar consenso, establecer compromisos y alianzas e incluso han disminuido su presencia como creadores y reproductores ideológicos. Estos cambios en el ámbito de la política favorecen, en mayor o menor grado, la imagen del tecnócrata y desacreditan la del político:

1) el desencanto por la política, que para muchos en realidad es hacia ciertos modos de hacer-

política no adecuados a la nueva realidad;

2) la política pasa, de su ámbito tradicional el parlamento, las asambleas y los partidos políticos hacia los clubs, los sindicatos y las universidades;

3) el amplio consenso y afinidades ideológicas logrados en las sociedades desarrolladas, de tal manera que las ideologías pierden importancia y los grandes debates son respecto a los aspectos prácticos y métodos seleccionados, para lograr eficiencia y productividad en la dirección de los asuntos públicos ;

4) muy vinculado al anterior es la mayor preocupación de los ciudadanos por la adecuada prestación de los servicios públicos Y políticas concretas, en vez de las grandes discusiones o abstracciones y,

5) el surgimiento de nuevas demandas y movimientos sociales que rompen con los esquemas tradicionales del quehacer político. (Lipset, 1977)

Así, pues, en mucho, el aumento de la influencia de los técnicos deriva de las actuales incapacidades del político y sus métodos, para responder a las demandas de la nueva sociedad. El nuevo papel que desempeña el Estado Social como regulador del ciclo económico e instrumentador de políticas sociales requiere como nunca antes la presencia de técnicos capacitados en finanzas y economía, salud, vivienda, educación y comunicaciones. Estas áreas requieren notable especialización y técnica que solamente pueden adquirir los expertos, desconocidas para el político tradicional y para el burócrata legalista que cada vez están más al margen del diseño de las políticas de gobierno en estos campos.

La debilidad del Poder Legislativo ante el Poder Ejecutivo ha contribuido al

rompimiento de mecanismos de disertación entre los diputados, partidos políticos y los funcionarios públicos. Existe la tendencia (Sartori, 1984) a cerrar las vías de comunicación entre diputados y administración, los ministros y la alta burocracia se aíslan en su fuente de poder: la ejecutividad. La supremacía del Ejecutivo sobre el Legislativo otorga mayor poder a la tecnocracia, pues ésta forma parte de la alta burocracia del Ejecutivo.

La tecnicidad es otro de los rasgos característicos del Estado de Bienestar. En la actualidad la ciencia y la técnica son los principales promotores del desarrollo de las fuerzas productivas. Su desarrollo es un proceso acelerado e irreversible. La inversión en tecnología es muy costosa, con grandes riesgos y sus rendimientos son a largo plazo; por ello, los particulares necesitan apoyo financiero del Estado y ante la magnitud de algunos proyectos sólo el Estado puede realizar esos desarrollos tecnológicos.

La promoción y control del desarrollo tecnológico es una función y condición de poder para el Estado moderno, por un lado, la tecnología se ha convertido en una de las principales infraestructuras del potencial económico, político y militar; y por otro, es un sector estratégico y de importancia significativa para la seguridad nacional. El Estado no puede permanecer indiferente ante la realidad, ni tolerar un sistema tecnológico al margen de su control cuya manipulación o resultados ponga en riesgo su seguridad o que tenga efectos positivos o negativos sobre su potencial nacional o que impida o facilite el desarrollo de ciertas "políticas" a las que conceda una importancia decisiva (García-Pelayo, 1981).

La tecnicidad es fuente de poder para la tecnocracia, pues ésta es concedora de la ciencia y la técnica, y de su lenguaje especializado.

#### 4.2.2 Tecnocracia, racionalidad, legitimidad e ideología

La tecnocracia es una fracción de la burocracia, pero es una nueva "clase administrativa", distinta de la burocracia tradicional. Está formada por técnicos que se fueron incorporando al aparato burocrático hasta consolidarse como estructura de poder. Así, la tecnocracia forma una élite nueva que cada vez aumenta su presencia y reemplaza a otras élites en la formulación, ejecución y la toma de decisiones de las políticas gubernamentales.

La organización de la estructura tecnocrática y la burocrática tienen semejanzas: 1) sus miembros son designados por una autoridad superior, 2) la separación entre propiedad y función, 3) la impersonalidad de su gestión y, 4) pretenden realizar sus funciones de manera eficiente, racional y con profesionalismo (García-Pelayo, 1981).

A pesar de las semejanzas entre la tecnocracia y la burocracia existen importantes diferencias entre una y otra de estas organizaciones:

1) la organización burocrática es más rígida con normas fijas y dotadas de imperatividad formal, por su parte la organización tecnocrática tiene más flexibilidad, pues lo que importa es la idoneidad de los medios a fines, es decir la imperatividad está definida de acuerdo a la eficiencia;

2) en la burocracia la jerarquía de autoridad es monocéntrica, define líneas de mando y subordinación, sus líneas de comunicación generalmente son descendente y ascendente. En la tecnocracia la autoridad es pluricéntrica y flexible, se tiene autoridad en un determinado problema que se plantea dentro de un contexto y una estrategia, de tal manera que, su autoridad está definida por sus cualidades técnicamente competentes en un específico problema o área; las líneas de comunicación no sólo son como las de la burocracia, dependen

del asunto a tratar, pueden ser horizontales, verticales, etc:

3) en la organización burocrática se asignan cargos permanentes, los cuales tienen competencias definidas por normas jurídicas; en la tecnocracia comúnmente se forman equipos ad hoc que tienen funciones y atribuciones adecuadas a la naturaleza de los fines definidos y los requerimientos técnicos para alcanzarlos (García-Pelayo, 1981).

Estos dos tipos de organización no son excluyentes, la convivencia cotidiana entre los grupos tecnocráticos y burocráticos dificulta la separación de estos dos subsistemas de organización administrativa, que forman el sistema administrativo del Estado.

Para la tecnocracia la ciencia, la técnica y el Estado moderno no requieren de ninguna legitimación distinta al de su funcionamiento en sí mismo: "La voluntad popular política es reemplazada por la legalidad inmanente de las cosas, que el hombre mismo produce como ciencia y técnica" (Sartori, 1984).

Por eso los tecnócratas son indiferentes a criterios de fundamentados en la legitimidad tradicional de las cosmovisiones, la legitimidad de la voluntad popular y la legitimidad de las normas jurídicas. La tecnocracia añade nuevos criterios de validez como son la eficiencia, la productividad y la racionalidad, pues los considera más adecuados para regir la nueva sociedad y su desarrollo.

La legitimidad tecnocrática se fundamenta en el criterio de eficiencia: "es legítimo lo que es eficaz, y es eficaz lo que se promueve y asegura el desarrollo tecnoeconómico en unas condiciones ambientales y en una coyuntura dada, ya que ello es, en última instancia,



condición para la vigencia de cualesquiera otros valores" (Cottier, 1962).

De esta manera, por un lado, se establece conexión inmanente entre la técnica y la racionalidad instrumental; y por otro, el progreso científico-técnico -motor del progreso del sistema social- se convierte él mismo en su fuente de legitimidad.

Dado que la eficacia es esencialmente instrumental y la legitimidad es valorativa, no es válido que un criterio de eficiencia pretenda legitimizar los fines, pues estos se legitiman por los sistemas de valores, concepciones e ideologías que son ajenos a la racionalidad instrumental (Habermas, 1986). Además, aún la administración más tecnologizada requiere de justificación ideológica de sus fines, para lograr el apoyo y la cooperación no sólo de la sociedad civil, sino también de las diferentes facciones burocráticas y tecnocráticas del Estado.

El dominio de la racionalidad instrumental no significa que los fines sean definidos por ese mismo criterio, pues ésta es un medio y no un fin. Los fines del Estado se obtienen de la vida misma: necesidades, intereses, pugnas, valores, costumbres, fuerzas económicas, fuerzas sociales, ideologías, pasiones, relaciones de poder, etc. La aplicación de una política puede ser racional, pero su objetivo político.

En la medida que la racionalidad instrumental se convierta en la única fuente de legitimidad, los medios se convertirían en fines; entonces sí, el fenómeno de la tecnocratización estaría consolidándose en realidad.

La tecnocracia pugna por la neutralidad y la no intromisión en conflictos e intereses políticos en el desempeño de los asuntos públicos, pues actúa en apego a la racionalidad y bajo la legitimidad inmanente de la ciencia y la técnica. Así, la tecnocracia que, se presenta como carente de alguna ideología, se justifica y legitima por su carácter de científica pero al hacerlo su pensamiento se convierte en ideología.

De ahí que la nueva ideología se distinga de las antiguas en que a los criterios de justificación los disocia de la organización de la convivencia, esto es, de la regulación normativa de las interacciones, y en ese sentido los despolitiza; y en lugar de eso los vincula a las funciones del sistema de acción racional con respecto a fines que se supone en cada caso (Habermas, 1986).

La imagen de imparcialidad y racionalidad de la tecnocracia tiene importantes consecuencias, pues la "pretendida tecnocracia es nociva no tanto por su acción real como por la imagen que da de sí misma y de la sociedad" (Meynaud, 1968). En ese sentido se encubren intereses, valores y acciones discrecionales -que existen tanto en la estructura burocrática como en la tecnocrática- en la gestión pública bajo un manto de ciencia y neutralidad.

Alvin Gouldner (1976) considera que el compromiso de la tecnocracia con el desarrollo técnico, la eficiencia y el crecimiento responde a que, por medio de ellas asegura la productividad y el suministros de gratificaciones, y de esta manera, se garantiza proveer cada vez más satisfactores materiales de la vida. Esto genera nuevas fuentes de control y solidaridad social. Todo ello favorece a la tecnocracia, pues consolida su papel como nueva

“clase de intelectual y expertos” influyentes dentro del Estado.

La conciencia tecnocrática implica un pensamiento distintivo de los tecnócratas que se manifiesta en sus actitudes hacia la política y sus instituciones. Sus concepciones sistémicas y funcionalista -implícitas o explícitas- de la política, la administración y la sociedad comúnmente hace que los tecnócratas incurran en la “tendencia a incluir a la acción política en la administración” (García-Pelayo, 1981).

El tecnócrata es racionalista y pragmático en su formación. Su formación y adiestramiento son la base de una larga preparación teórica y práctica en las ciencias y técnicas vinculadas, principalmente, a la ingeniería, economía y administración. El tecnócrata se guía para analizar y resolver los problemas prácticos y sociales de la racionalidad técnica, bajo el principio, en términos generales, de la máxima economía o del mínimo esfuerzo: productividad y eficiencia. Asimismo, la mentalidad tecnocrática considera que el progreso sólo se puede lograr despolitizando los problemas.

La conciencia tecnocrática, en su culto por la capacidad y la racionalidad, por un lado, cree en la posesión de las cualidades que permiten orientar convenientemente las decisiones de una sociedad. Por otro, que el análisis y la interpretación racionales de los hechos son susceptibles de provocar criterios unánimes, al menos entre los hombres de buena voluntad. El técnico que cree poseer a fondo una cuestión se siente apenado y sorprendido cuando encuentra oposición a sus tesis: frecuentemente se ve tentado a atribuir las a la ignorancia o la mala fe. (Meynaud, 1968)

De esta manera, la tecnocracia en sus acciones de gobierno suele omitir, desdeñar o no interpretar adecuadamente aquellas consideraciones que no pueden ser vistas en términos de funcionalidad o disfuncionalidad dentro del sistema, en la formulación y en la toma de decisiones de la política gubernamental.

Si bien los tecnócratas son individuos con notable calificación técnica y profesional, sus virtudes y cualidades suelen ser exageradas, en ocasiones reflejan, más bien, la falta de capacitación o el desconocimiento del lenguaje especializado de aquellos que carecen de la formación técnica. En la práctica, en general, siempre hay, en mayor o menor medida, un poco de arbitrariedad.

No obstante ello, el tecnócrata tiene gran estima de sus habilidades y preparación que difícilmente pone en duda. Asimismo, se considera moralmente íntegro y representante fiel del interés general o nacional en su acción pública, por lo que pretende estar ajeno a la política y a sus intereses.

Su pensamiento respecto a la política -la cual frecuentemente la consideran "como el dominio del verbalismo y la ineficacia" (Meynaud, 1968)- encamina a una actitud de hostilidad, desdén y escepticismo hacia los políticos y las instituciones políticas. Para el tecnócrata el ámbito y los actores políticos están involucrados en la venalidad, corrupción, incompetencia, clientelismo, subjetividad y parcialidad. Por ello, se manifiesta apolítico y desconfía de la eficiencia y la moralidad de los políticos y de las organizaciones políticas como el parlamento, los partidos políticos, los sindicatos, etc.

Sin duda alguna, el poder tecnocrático es una realidad. La dificultad es poder medir sus límites y alcances, definir con precisión dónde empieza y dónde termina su influencia, y en general, conocer la verdadera dimensión de su poder y la conducta de los tecnócratas en la dirección estatal y en la vida política. De tal manera que, la influencia tecnocrática es distinta según la época y el Estado en particular. Aunque los técnicos forman un grupo con amplios elementos cohesionadores: 1) origen socioeconómico común (alta burguesía y clase media), 2) comparten formación y adiestramiento profesional especializado, 3) su sentimiento de superioridad (élite intelectual) y, 4) tienen espíritu de camaradería nacido en el hecho de haber estudiado en las mismas escuelas prestigiosas de estudios superiores (Ridley, 1966). El tecnócrata tiene poder, en gran parte, porque es miembro de la *élite en el poder* (las cursivas son nuestras).

Si bien el tecnócrata presupone -está convencido y tiene esa voluntad- de su apoliticismo, la racionalidad y la eficiencia de su desempeño en los asuntos públicos; en la práctica en los altos niveles se desatan pugnas entre ellos por la obtención de recursos, por hacer prevalecer sus perspectivas y por permanecer en la estructura de poder. De hecho, en gran medida los técnicos que logran convertirse en tecnócratas tienen como rasgo importante sus habilidades políticas.

En la medida que la tecnocracia participa en la lucha por el poder y en el quehacer político, su actividad está impregnada de criterios, métodos y conflictos propios de la política, es decir se politiza. Además, los tecnócratas en las decisiones, y en especial cuando tienen influencia en la decisión final, no están necesariamente exentos de preferencias valorativas o ideológicas, pues "la elección de medios no tiene un carácter puramente

técnico: está inevitablemente impregnada de elementos ideológicos, afectivos y morales. Se podrá planear el empleo de dispositivos, igualmente coherentes, pero de diferente repercusión social" (Meynaud, 1968).

Asimismo, las grandes decisiones políticas, aquellas que configuran al Estado, se "alojan en un ámbito metatécnico, aunque la técnica pueda proporcionar los elementos adecuados para la decisión o para la más favorable decisión, de modo que si los tecnócratas asumen per se ese tipo de decisiones lo serán en calidad de políticos y no de técnico" (García-Pelayo, 1981).

Al parecer el Estado en la actualidad presenta un liderazgo político -integrado cada vez más por técnicos- influido por la técnica y la influencia tecnocrática politizada, de tal manera que en forma global, tenemos ante nosotros un Estado mixto híbrido: cuando los gobernantes tienden a comportarse como tecnócratas, los tecnócratas tienden a comportarse como gobernantes. Y se vuelve difícil distinguir los unos de los otros, más aún que, a menudo tienen un origen común y son tributarios de una misma formación. Se hace difícil discriminar entre los responsables de la cúspide (entre del poder) a los gobernantes de los tecnócratas. Una estructura gubernamental compuesta de tecnócratas politizados y de políticos dotados de una sólida formación técnica se convierte fácilmente, en una *tecnoestructura* (las cursivas son nuestras).

No es fácil determinar los límites del criterio técnico ni del poder de quien lo posee. Tampoco lograr el apoliticismo cuando se está en la cúspide del diseño y de la decisión final de las políticas de gobierno. Ni marginar el quehacer político, pues aunque se

tuviera un gobierno eficiente se requeriría elementos cohesionadores y legitimadores ajenos de la técnica y presentes en la política.

El político y el tecnócrata, muy a pesar de ellos, tienen características similares y están confundidos en la naturaleza y en la responsabilidad del papel que les corresponde desempeñar en los asuntos públicos. Si bien, en la práctica es difícil distinguir al político y al tecnócrata, son dos dirigentes diferentes del Estado con distintas actividades y formas de ejercer el poder.

Así, tenemos por un lado, que "cada uno (tecnócratas y políticos) depende del otro, y esta dependencia mutua limita rigurosamente el poder de cualquiera de las partes" (García-Pelayo, 1981). *Por otro, que la política, aún en la sociedad más tecnologizada, no se puede reducir a la técnica, pues no es posible gobernar prescindiendo de la política* (las cursivas son nuestras).

#### 4.2.3 Tipología del tecnócrata

De manera general, la tecnocracia se puede definir y estudiar desde dos perspectivas, no excluyentes, más bien complementarias:

1) El gobierno de los técnicos, es decir, cuando individuos con adiestramiento y experiencia en las ciencias y técnicas generales o particulares, y físicas-experimentales o sociales, sin experiencia política ocupan las posiciones dentro del aparato gubernamental con poder para decidir o determinar de manera sustancial la dirección del gobierno.

2) Como una nueva forma de organización y funcionamiento del aparato estatal, que presenta como característica principal la tendencia hacia la racionalización y la tecnificación del proceso de formulación y toma de decisiones de las políticas estatales; asimismo subordina la actividad y los valores políticos a la racionalidad técnica, es decir mayor eficiencia y productividad (García-Pelayo, 1981).

El técnico es un individuo con adiestramiento, conocimiento y habilidades especializadas en algún arte, ciencia u oficio particular, se convierte en un experto (en su materia) y ejerce en función de sus calificaciones especializadas dentro del ámbito de su competencia con la capacidad de proponer los medios adecuados para resolver los problemas abordados.

El tecnócrata es el técnico que ejercita su autoridad en virtud de sus competencias y habilidades técnicas, las cuales utiliza para adquirir y ejercer poder político excediéndose del ámbito de su competencia profesional. Todo tecnócrata tiene una identificación como técnico, pero no todos los técnicos poseen la habilidad y en muchos casos ni la voluntad, para convertirse en tecnócratas



La formación y adiestramiento de los tecnócratas es a base de una larga preparación teórica y práctica en las ciencias y técnicas vinculadas principalmente, a la ingeniería, economía y administración. El tecnócrata se guía para analizar y resolver los problemas prácticos y sociales de la racionalidad técnica, bajo el principio, en términos generales, de la máxima economía o del mínimo esfuerzo: productividad y eficiencia. En síntesis, el tecnócrata es racionalista y pragmático en su formación.

Para ellos su conocimiento y habilidad técnica son el fundamento de su influencia y su educación calificada el mecanismo de acceso al poder. Al estar vinculado el ingreso a la enseñanza superior a un privilegio de clase, el origen social de los tecnócratas es en los sectores medios y las clases altas. Los tecnócratas se encuentran, especialmente, en los sectores de la actividad estatal relacionada a las áreas de producción, administración, organización, finanzas e ingeniería.

El tecnócrata ejerce su influencia por su participación en el proceso de toma de decisión dentro de la alta burocracia. El ejercicio del poder tecnocrático se desarrolla en un ámbito de política secreta, es decir, fuera del control y evaluación del ciudadano; de hecho, él no es responsable de sus actos ante la comunidad, sino sólo ante las máximas autoridades políticas con quienes colabora.

Las principales formas de intervención tecnocrática son:

- 1) por ejecución de acciones sustentadas en facultades y atribuciones delegadas oficialmente,
- 2) por su poder para persuadir y condicionar las decisiones en función a sus criterios, en su papel como agregados y consejeros de los secretarios y políticos y, 3) en general, en la

formación de cuerpos para el apoyo y la asesoría en la gestión gubernamental (Méynaud, 1968).

Los tecnócratas tienden a creer que el análisis y la interpretación racional de los hechos conducen a criterios certeros y unánimes. Consideran que estos criterios deben convertirse en la guía para tomar las decisiones políticas, en lugar de los intereses particulares, las ideologías y los valores políticos; pues de este modo, se aseguran la productividad y el progreso tecnológico para el desarrollo y el bienestar común de la sociedad. Desde esta perspectiva, los expertos serían las personas indicadas para tomar las decisiones.

La tecnocracia pugna por la neutralidad y su no intervención en la política en su desempeño en los asuntos públicos a cambio de mayor eficiencia y objetividad de su acción, para ello justifica y legitima su conducta en apego a la racionalidad instrumental. Sin embargo, la eficiencia es esencialmente instrumental -adecuación de medios a fines- y la legitimidad es valorativa. No es posible que un criterio con pretensiones científicas pueda legitimar los fines, pues estos se legitiman por los sistemas de valores, concepciones e ideologías que son ajenos a la racionalidad instrumental; ésta únicamente puede legitimar los medios para obtener los fines, pero no los fines en sí.

De este modo, la tecnocracia no busca la legitimidad política para gobernar, sino que propone nuevos criterios de validez y legitimidad, que al presentarlos como neutrales e inmanentemente legítimos se convierten en una ideología tecnocrática que, por un lado, justifica y refuerza el acceso al poder de los tecnócratas; por otro, ignora la legitimidad de la actividad política y de sus instituciones para definir, seleccionar y controlar los criterios del

desarrollo de la organización social y política.

El tecnócrata es escéptico y hostil hacia los políticos y a las instituciones políticas: mira con desdén el proceso parlamentario, por deficiente, como mecanismo para la elección de las decisiones políticas; tiende a incluir la acción política en la administración y relegar las ideologías partidistas de los políticos; y tiene una concepción peyorativa del político, considerándolo como un individuo venal, demagogo, deficiente y representante de intereses parciales.

Su estilo de pensamiento deja presente la visión estrecha y parcial, en algunas ocasiones, de sus argumentos, para abordar y comprender los hechos sociales y la política. Al mismo tiempo, presenta una ideología científicista e intolerante -en términos de sus criterios establecidos- con tintes conservadores defensora del status quo. La tecnocracia tiende a estrechar el juego político abierto y competitivo, en favor de la política secreta, donde ellos son expertos.

#### 4.3 EL ASALTO AL PODER

Los procesos de industrialización y desarrollo económico iniciados en los cuarenta fueron acompañados de significativas transformaciones de la sociedad en sus distintos ámbitos. La sociedad mexicana se volvió más urbana, educada, politizada, compleja y demandante. Sin embargo, no obstante el notable desarrollo económico del país, el sistema político se fue endureciendo y los movimientos sindicales, campesinos y populares fueron reprimidos en los cincuenta y sesenta. Asimismo, los resultados del desarrollo estabilizador empezaron a cuestionarse por su poca efectividad distributiva de los ingresos y el desarrollo desigual y desequilibrado entre los distintos grupos sociales, los sectores de la economía y las zonas geográficas del país.

El movimiento estudiantil de 1968 y su solución por medio de la violencia puso de manifiesto la estrechez de los canales de comunicación y negociación, para solucionar las diferencias políticas entre la sociedad y el Estado. Aquello que parecía una simple revuelta estudiantil se convirtió en una crisis política y de legitimidad para el Estado. Se pudo constatar que por un lado, el desarrollo económico alcanzado no era garantía de estabilidad social; y por otro, la capacidad de incorporación y/o cooptación de todos los actores políticos que había caracterizado al régimen, estaba resquebrajándose y su legitimidad histórica, la Revolución Mexicana, era cuestionada.

Desde el principio de la década de los setenta México inicia la búsqueda de nuevas formas de organización política y económica del país. Ante la necesidad de cambiar y actualizar el quehacer estatal, innovadores mecanismos de articulación política, la eficiencia del aparato de gobierno, la legitimidad electoral y un nuevo modelo de desarrollo económico

("el desarrollo compartido") serían las pautas que pretendería adoptar el Estado para asumir los retos que demandaba la sociedad emergente.

Al ser electo Luis Echeverría presidente de la República, se convirtió en el primer jefe del ejecutivo posrevolucionario -aunque tampoco Obregón, Calles y Ávila Camacho, pero fueron militares revolucionarios- que no había desempeñado previamente ningún cargo de elección popular.

En 1970 los técnicos, en especial los economistas e ingenieros, son incorporados al gabinete en mayor proporción que en el pasado (Grindle, 1977). De esta manera, se incorporaron a la dirigencia política nacional una nueva generación de políticos sin una experiencia política significativa. Tenían una trayectoria que excluía antecedentes electorales y partidistas, pero presentaban en sus currícula educativa profesiones propias de los técnicos de las décadas anteriores y experiencia básicamente burocrática.

Al mismo tiempo fueron relegados de sus cargos y criticados, por sus métodos, viejos políticos -ajenos al grupo íntimo del presidente- formados en el pragmatismo y en las formas tradicionales de la política mexicana, se ha propiciado el acceso a la clase política de individuos provenientes de los cuadros administrativos del sector privado, se ha invitado a participar crecientemente a los nuevos cuadros técnicos. También a ciertos dirigentes políticos e intelectuales que con anterioridad formaron parte de la oposición real se les ha dado acceso al poder, generalmente a posiciones en las cuales resulta muy difícil ascender. Algunos de los nuevos integrantes de la clase política son jóvenes que deben totalmente su ascenso al Presidente. Los esfuerzos por anticiparse al futuro, la creación de nuevos organismos

públicos, el deseo de incorporar a los críticos y los mayores salarios administrativos y en las asesorías, son factores que han contribuido al ascenso de los nuevos técnicos (García-Pelayo, 1981).

Rogelio Hernández demostró que la formación partidista y electoral ha sido marginal para los Secretarios de Estado (desde 1946-1982), siendo la burocracia federal el principal lugar de su formación política. Por tal motivo, para este autor, no se puede hablar de una nueva clase política, y mucho menos considerar, por este fenómeno, a la nueva generación como tecnócratas, pues para los políticos mexicanos la experiencia electoral siempre ha sido poco importante y la presencia de técnicos en el gabinete responde a necesidades que impone la complejidad de los asuntos económicos y la naturaleza misma del Estado y la sociedad actual. De tal manera que la diferencia entre los viejos y nuevos políticos está en que de "...1946 a 1970, los políticos se singularizarían por contar con cargos de elección en sus carreras en tanto de 1970 a 1982 esta cualidad se perdería, cobrando mayor impulso la preparación administrativa" (Hernández, 1985).

El político mexicano desde 1940 cuenta con amplia experiencia administrativa y difícilmente puede mantenerse en las organizaciones políticas y las actividades electorales llegar a la élite política nacional. El origen de éste fenómeno no se debe a las carreras políticas, sino a conformación del sistema político, pues el arribo del civilismo y el presidencialismo fue centralizando y burocratizando paulatinamente la actividad de los políticos y las organizaciones políticas.

Por ello, los políticos se abocaron, principalmente, a la política de cabildeo en las oficinas de gobierno, a formar grupos con intereses similares para su ascenso político y a realizar política con las cúpulas corporativas de las organizaciones políticas, pero su quehacer político se fue desarrollando alejado de una auténtica vida legislativa, de la militancia partidista y ajenos a las bases de las organizaciones populares y de los ciudadanos. En el México postrevolucionario el prototipo del político que desde los puestos de elección popular asciende a los más altos cargos del Estado no ha existido en un sentido amplio.

Sin embargo, si bien pocos políticos logran tener una trayectoria política secuencial vía diputado, senador, gobernador y secretario de estado, la década de los setenta inicia la alteración de algunos elementos de la carrera del personal político, que se agudizaron en la década posterior, de tal manera que existe una modificación parcial de formación y trayectoria, en especial de la élite política quien manifiesta rasgos propios de un liderazgo tecnocrático.

En el México postrevolucionario la educación profesional ha sido uno de los principales medios para ingresar y sobresalir dentro de la élite política. Esta tendencia desde los setenta se ha consolidado, pero con significativas variaciones:

1) por el tipo de estudios profesionales, realizados por los dirigentes políticos, se observa la disminución de la carrera de derecho y las profesiones liberales a favor de carreras consideradas técnicas, principalmente la economía, administración, contabilidad, ingenierías, ciencias y ciencias políticas y sociales.

2) si bien la Universidad Nacional Autónoma de México es y ha sido la principal institución educativa donde asisten los líderes políticos, las universidades privadas están empezando a

disputar a la UNAM el monopolio de la formación de cuadros políticos. Entre los tecnócratas políticos, dos instituciones han dejado su marca, el ITAM y El Colegio de México. Sin embargo, El Colegio de México todavía no se ajusta al patrón típico: en él la relación es una relación entre instructores, no entre mentor y discípulo. En cambio en el ITAM se recluta a la generación más joven de tecnócratas para cargos públicos.

3) los estudios de posgrado en el extranjero son cada vez requisito para pertenecer al grupo selecto de la élite política, en especial para quienes ocupan los puestos más importantes del Poder Ejecutivo.

Hasta el gobierno de Díaz Ordaz la presencia de los técnicos en los puestos claves del gobierno era políticamente poco significativa. Los técnicos, solamente ocupaban los puestos dirigentes en aquellas secretarías de estado u organismos públicos vinculados a su formación y experiencia profesional. Sin embargo, esta modalidad se ha transformado. Desde 1946 hasta 1982 todos los presidentes fueron abogados y hasta 1975 (con excepción de López Mateos, Secretario de Trabajo) todos habían sido previamente titulares de la Secretaría de Gobernación. A partir de la candidatura de López Portillo (1976) los presidentes que le siguieron han sido secretarios de hacienda o de la desaparecida Secretaría de Programación y Presupuesto, y desarrollaron su carrera en el sector financiero del sector público (Hernández, 1985).

Los economistas son los técnicos que más avances han obtenido en los puestos altos del Poder Ejecutivo. Mientras que en las décadas anteriores a 1970 la política económica era dirigida por abogados, que posteriormente se especializaron en la economía, conforme avanzaron las administraciones los economistas no sólo monopolizaron el sector



económico y financiero del aparato de gobierno, sino que han empezado a ocupar puestos políticos importantes como el cargo de Secretario de Estado en diferentes áreas, puestos de elección popular, y en 1988, la dirigencia del PRI y la Presidencia de la República.

Aunque el liderazgo presidencial de López Portillo incorporó a varios políticos tradicionales desplazados u olvidados por su predecesor, esto no significó la detención del avance de los técnicos, pues el aparato gubernamental con el objetivo de racionalizar y hacer eficiente la acción del gobierno, empezó a concentrar mayor poder de decisión en las dependencias económicas y planificadoras, factor que permitió la consolidación de una nueva generación de técnicos que pasarían a dirigir al Estado el siguiente sexenio.

La mayoría del gabinete y los principales colaboradores de Miguel De la Madrid se caracterizaron por constituir un grupo homogéneo, integrado por técnicos financieros, que además de carecer de experiencia partidista y electoral habían permanecido siempre en el sector financiero del gobierno, por lo que muchos no tenían una verdadera experiencia y especialización profesional vinculada a las Secretarías que les fueron encomendadas (Hernández, 1985).

El ascenso de los técnicos ha implicado su arribo a los puestos de la dirigencia de sus respectivos partidos y a puestos de elección popular. Este fenómeno no es fruto de su militancia partidista y trabajo electoral, significa que se están apoderando cada vez más de la burocracia partidista y a que su presencia en el poder legislativo: "hoy muchos más secretarios de Estado han sido diputados después de ocupar un cargo en un organismo en lugar de usar este último como escalón a aquella posición tanto diputados como senadores

son cada vez más individuos que han seguido toda su carrera en la burocracia, lo mismo que sus homólogos del poder ejecutivo” (Hernández, 1985).

Además, para muchos su participación dentro de su partido es coyuntural, colaboran durante la campaña presidencial y una vez concluida ésta regresan a puestos importantes en el Ejecutivo. En realidad pocas veces realizan una larga y/o significativa labor partidista fuera de esta coyuntura.

En la campaña electoral de Luis Echeverría se planteó que la eficiencia y la reforma en los métodos de gobierno se convertirían en caminos no sólo alternativos, sino impostergables para coadyuvar a la superación de los retos del país. Ya en décadas anteriores el gobierno pugnaba por la racionalidad técnica y administrativa, pero fue hasta el gobierno de López Portillo, quien participó en proyectos para esos fines e incorporó a viejos colaboradores de éstas tareas al gabinete, que se realizó una reforma del aparato administrativo, pues era necesario en palabras del presidente: “reorganizar la administración para organizar el país” (Hernández, 1985).

El aparato administrativo se hizo cada vez más complejo y el gobierno ha adaptado nuevas formas de organización, diseño y ejecución de políticas que difieren de los métodos utilizados por la burocracia tradicional y del criterio jurídico. Así, se generó la nueva estructura de gasto, financiamiento, contabilidad y evaluación de los ingresos públicos. Asimismo, la planeación y la asignación por programas se convirtió en instrumento básico de gobierno.

Este proceso otorga a los expertos, concedores de los nuevos métodos, una importante influencia en el diseño de las políticas y margina aquellos burócrata y políticos neófitos en la materia. Además, que la nueva modalidad justifica su presencia: "hay que administrar más racionalmente para promover el fenómeno de un óptimo de satisfactores para los ciudadanos. Este credo y los instrumentos utilizados son de corte tecnocrático" (García-Pelayo, 1981).

Otra amenaza que se alza frente al personal político es el lento surgimiento de tecnoestructuras dentro del estado mexicano. La más evidente es la constituida por el Banco de México y la Secretaría de Hacienda, es decir, por el sector financiero del estado a través de sus dos organismos más importantes. Si esta tecnoestructura es la más visible y quizá la más importante, la tecnificación y la burocratización progresiva e inevitable del estado conduce hacia el desplazamiento de la clase política tradicional, limitada día tras día a funciones que se alejan de los auténticos centros de decisión.

Así, el proceso de reclutamiento y ascenso político tiende a marginar más, de los que ya estaban, a los políticos formados en las organizaciones políticas y en el ámbito electoral, así como aquellos que no tengan una preparación, ya no sólo universitaria, sino postuniversitaria y especializada. Estos hechos, presentados en estas páginas, se han interpretado como el arribo al poder de una nueva generación de políticos: los tecnócratas.

En gran parte se puede entender como un reemplazo generacional, en conjunto, el político tradicional mexicano y el joven político -surgido de las filas de los técnicos- de las dos últimas décadas difieren en cuanto sus métodos de gobierno y prácticas política.

Peter Smith (1981), uno de los principales estudiosos de los líderes políticos en México, caracteriza al "político tradicional" como un individuo por lo general sin capacitación especial, que ascendía a la cima del sistema gracias a su habilidad pragmática para resolver, o al menos ajustar, los problemas políticos y realizar tareas políticas para un superior.

Los políticos reivindican su prominencia no en la base de conocimientos científicos, sino en la base de habilidades sociales y contactos acumulados. Tal vez lo más importante, para ellos es su habilidad en negociaciones y tratos cara a cara, y su principal recurso es una estructura de alianzas personales (también relevante, pero menos crucial, es su experiencia manejando masas, no en el sentido de conseguir votos, dadas las realidades de las elecciones mexicanas, sino en el sentido de establecer lazos simbólicos y retóricos entre élites y masas.) Lo que los políticos tienen que ofrecer como un medio para ganar acceso dentro de la élite, es un talento demostrado de trabajar con personas, de lograr acuerdos, de dar y conseguir apoyo, de aprender y respetar las reglas del juego (Smith, 1981).

Al revisar el origen, la presencia y la acción de los técnicos (véase el apartado 4.1 Origen de la presencia de los técnicos) encontramos que la politización en el reclutamiento, en la socialización y en la toma de decisiones de los técnicos (en mayor o menor grado) es un hecho común; de tal manera que comparten muchas características y conductas con el político tradicional.

Por eso, si bien el técnico al ocupar los puestos de dirigencia política no tiene ni el tipo ni la profundidad de la experiencia política, del político sin capacitación y experiencia

técnica, no significa que sea apolítico ni que se reclute y avance por un criterio universal. El técnico mexicano en el poder es una amalgama de capacidades técnicas y políticas. Sin capacidades políticas difícilmente un técnico logra llegar a una posición política importante. Por eso Peter Smith (1981) habla del "Técnico Político Mexicano". Este técnico político es el político mexicano en el poder. Si bien tiene semejanzas con el político tradicional, también tiene diferencias, en general: le desagrada la actividad y los métodos utilizados por el político tradicional; mira con desdén a los militantes y funcionarios del PRI, así como a los diputados y senadores; los actos políticos masivos y el discurso político tradicional es, para ellos, anacrónico y ajeno; la negociación y los compromisos políticos, en ocasiones le incomodan; tiene gran fe en la técnica y en la administración.

Así, a partir de los setenta, en un proceso de reacomodo de las fuerzas políticas y una renovación parcial de la élite política, el sistema político inicia el camino incierto de la innovación que rompe viejos mecanismos y reglas del juego, pero no es capaz ni de prescindir de éstos ni establecer con claridad los sustitutos. Y en ese juego de modernidad-cambio y tradicionalidad-permanencia, se deslizan poco a poco tendencias tecnocráticas en el Estado Mexicano.

## CONCLUSIONES

En esta conclusión a manera de reflexión queremos destacar la opinión de Graciela Mota Botello (1999) sobre la psicología política, cuando señala que ésta "es una disciplina "frontera" del conocimiento, que reitera las preguntas sobre el origen de occidente, y en lo particular, del sentido aristotélico de la política", ya que fue dentro de esta vertiente que decidimos insertar nuestra investigación, a razón de que nos ofreció una frontera muy amplia de vinculación con otras áreas del conocimiento involucradas, en gran medida, con la psicología en general por tratarse de temas que competen al hombre en todas sus direcciones y tiempos.

El hecho de delimitar a la psicología política nos permite ubicarla en un área de estudio como son las ciencias sociales, porque es dentro de ellas que se construyen las propuestas sobre las formas de organización, las relaciones políticas y comerciales del hombre, a partir de la relación de los ámbitos propios de la psicología y la política (Mota, 1999).

Además, el aplicar los procesos psicosociales al estudio de los fenómenos políticos "constituye todo un reto por dimensionar la fuerza de una mirada interdisciplinaria, a la vez que de una aprehensión de las innovaciones del comportamiento y la acción política, centradas en los siguientes tres aspectos:

- 1) Participar en la construcción del destino común a partir de una interacción vigente de la memoria colectiva.

- 2) Dimensionar los límites de la relación entre el Estado y la sociedad, a través de incorporar el papel de los escenarios de participación, junto a los espacios de reorganización de la vida social y mental.
- 3) Definir lo político como espacio colectivo de las diferentes formas de participación pública, así como el conjunto de capacidades y potencialidades que los actores sociales sean capaces de desarrollar, para conceptualizar y protagonizar el sentido de la utopía.”(Mota, 1999)

Fue este interés por participar en la construcción de un destino común que quisimos relacionar al Estado y a la sociedad, leyendo el resultado de éste trabajo como la socialización en el poder, y por que no, para el poder. Compartir esta información con otras personas, y principalmente, con nuestros compañeros fue nuestro principal motivador. Describir de forma histórica y psicológica como el poder es una necesidad intrínseca al hombre. Señalar que siempre que haya dos o más personas existirá el deseo de imponer la propia voluntad, de obtener el poder en esa relación humana. Algo que también podemos observar en la naturaleza: la relación depredador-presa. En dicha relación solamente los que se mantienen en forma, los más fuertes, los más rápidos sobreviven. Es a lo que nos referimos los psicólogos como “Darwinismo Social”, por lo tanto, reiteramos que el deseo de poder es inmutable al tiempo.

Pero un punto, de primordial importancia para esta investigación fue el interés por compartir las evidencias de que nadie se encuentra exento del deseo de poder, que en palabras de Hobbes: “...sólo cesa con la muerte”, y sobretodo mostrar las transformaciones que se experimentan al buscarlo dentro de la vida política en México. Además de señalar las

transformaciones que en este rubro se han vivido y remarcar que más allá de los simples *compadrazgos* la política nacional se ha modificado y desde hace algunos años, las reglas del juego político se han modificado por lo que se requiere algo más integrarse a él: socializar en el poder y por el poder.

Por eso señalamos que los líderes políticos mexicanos han sido influidos por muchas fuentes de socialización política. Además, el grado de influencia que cada fuente ha tenido varía de un individuo a otro. No obstante, a pesar de la diversidad e intensidad de la fuente, hay ciertos patrones comunes que se encuentran en los antecedentes de estos individuos: la familia, los amigos, los profesores y las instituciones académicas de procedencia.

Cuando, por ejemplo, un individuo utiliza "para el bien del público" como una razón por la cual escogió su carrera política, en vez de "fue la mejor oportunidad que tuve de obtener fortuna y fama", esto no significa que la primera afirmación sea totalmente falsa, sino que pudo haber sido una racionalización muy importante de la segunda razón. Si la racionalización se vuelve la causa en la mente de un individuo, entonces esto también es importante.

El conocimiento de las experiencias de socialización de los líderes políticos es importante por varias razones. Primero, como dijo Keneth Prewitt (1970): "Una persona, ya sea que se le socialice o se le movilice hacia la política, que ingresa al estrato activo, se ve influida por un conjunto de experiencias diferenciables o identificables. Al establecer lo que son estas experiencias, podemos avanzar un paso en la explicación del proceso que separa a los ciudadanos en general de los pocos que gobiernan". El saber cómo la gente socializa para



convertirse en líderes es sólo un aspecto importante de este conocimiento. De igual valor es que nos pueda proporcionar una idea de la razón por la cual la propia estructura política ha evolucionado en cierta dirección particular.

Lo que es más, saber algo acerca los valores de los líderes políticos y de sus patrones de reclutamiento en México, tiene ciertas implicaciones para el cambio. Como concluye Putman (1976): "Si las generaciones de los líderes políticos ingresan y salen rápidamente del estrado político, la cultura colectiva de la *élite* debiera responder rápidamente al cambio social. Si, por otra parte, una generación dada de líderes monopolizara los puestos de poder durante un periodo largo, el retraso entre el cambio social y el cambio de actitud será mayor."

Si bien algunos estudios sugieren que algunas generaciones de líderes políticos en México son reemplazadas después de un periodo corto en los cargos públicos (Smith, 1981) en vez de ocupar los puestos gubernamentales, como era típico en el gobierno de Porfirio Díaz, los líderes políticos mexicanos han ido más allá controlando el proceso de reclutamiento, y lo que es más importante, una gran parte del proceso de socialización a través de sus papeles como padres y profesores de los futuros líderes. Es crucial entender este papel para conocer cómo opera el sistema político mexicano y la razón por la cual ha seguido su desarrollo peculiar.

La educación es un factor común a muchas figuras públicas, pues sólo fortaleció el sentido de unidad que ya existía. Nuevamente, esto no indica que los individuos estaban de acuerdo sobre la ideología como resultado de estas experiencias; más bien, desarrollaron gradualmente una cultura de *élite*, caracterizada por ciertas reglas o creencias no escritas.

Uno de estos patrones culturales informales es lo que Rupert Wilkinson (1964) llama modales políticos: "El propósito de los modales es subordinar los impulsos egoístas y estandarizar el comportamiento externo, dando énfasis a la moderación y cortesía. Los modales políticos crean un medio común de comunicación entre grupos con diferentes intereses y tiende a hacer del compromiso un bien en sí mismo. Una desventaja de conceder gran importancia a los modales políticos es que pueden propiciar la hipocresía y ocultar el conflicto de la vista del público, cubriéndolo con un velo de armonía oficial. Los asuntos que debieran resolverse, son relegados a los comités políticos. Por otra parte, los modales políticos sí facilitan una transición sin problemas entre los gobiernos elegidos, así como los cambios en el liderato de los partidos: la ética del 'juego limpio' y 'el buen perdedor'".

Si las referencias a los comités y partidos se cambiaran a la de liderato personal, o de camarilla, esta descripción podría haber sido muy fácilmente aplicada para los políticos mexicanos. Los líderes políticos en México, independientemente de la facción personal o ideológica a que pertenezcan dentro de la familia oficial; han demostrado su habilidad para comunicarse entre sí y llevar a cabo la transición de una administración a la siguiente, aún en los casos en que había una fuerte oposición al precandidato elegido.

Este patrón cultural, tiene implicaciones muy importantes para el sistema político mexicano. No sólo implica algunas reglas básicas que deben aceptar los participantes si quieren seguir en el juego, sino que, estas puedan influir el contenido del proceso político. Vélez (1975) señala que, "en la base de este proceso, se encuentran una serie de creencias, valores y procedimientos que estipulan que el mismo es una cosa buena, que satisface las expectativas del que participa y que es la forma de hacer las cosas. En este sentido muy

limitado. estas ideas compartidas son superorgánicas pues definen la propia substancia de los procesos que están contenidos en los eventos de la cultura política mexicana”.

También es altamente probable que la experiencia de socialización común, la relación entre los reclutadores y los socializadores, y la naturaleza cerrada del sistema político mexicano, hayan colaborado para perpetuar creencias y patrones de conducta similares. Los líderes políticos de México han creado un ambiente de apoyo al aceptar las normas informales del comportamiento político y desempeñan un papel importante en la socialización de los nuevos reclutas políticos.

Otra conclusión importante de este estudio es que los líderes políticos mexicanos, ya sea que se estudie cómo desarrollaron su interés en la política, cómo iniciaron su participación en la misma, o cómo se les socializó políticamente llegaron a ocupar su lugar por medio de un sistema de alianzas estratégicas dentro de su propio grupo o “camarilla”, donde el movimiento por impulsar a un líder hizo girar toda la maquinaria lo suficientemente fuerte en una dirección para que todos sus integrantes llegaran a ocupar cargos públicos de relevancia en el sistema político mexicano, con lo que también concluimos que las amistades más allá que necesarias para ascender en la escala política en México son indispensables. Aun cuando los estudios de socialización de otros líderes políticos sean pocos: en base a los ya existentes se encuentran patrones similares que caracterizan a todas las élites políticas. Por ejemplo, un gran número de los miembros de las *élites* políticas, se interesaron en los asuntos políticos a temprana edad. Pero en una cultura como la mexicana, donde la política es una vocación de tiempo completo y el sistema político es competitivo sólo en un sentido interno, la participación en las actividades políticas deben empezar en la juventud. En México, para que

una carrera política tenga éxito, es esencial que se tenga contacto, desde muy temprana edad, con los funcionarios públicos ya sean maestros, administradores o líderes de partido.

Esto se debe a la estructura política y social de México, donde pocas personas tienen acceso a la educación (y en particular a una educación de niveles de posgrado), donde existen pocas buenas universidades que permiten a la mayoría recibir una educación superior de calidad con la garantía de ofrecer la movilidad social necesaria para generar futuros líderes políticos con mayor calidad y eficiencia.

Por último, los profesores que han sido funcionarios públicos son, en gran parte, los responsables del reclutamiento de líderes políticos. Estos, educados en el sistema político mexicano, con frecuencia han servido como modelos a imitar por las nuevas generaciones.

Una conclusión de igual importancia a la de las similitudes en ciertos patrones de socialización de la *élite* es que debido a que los maestros mexicanos son personajes muy importantes en el reclutamiento y socialización de los líderes políticos mexicanos, que a su vez siguen sus pasos, gran parte del proceso de socialización se limita a un grupo de hombres pequeño y homogéneo en muchos aspectos.

Este patrón establecido en México no solamente es importante para la comprensión del proceso de reclutamiento, sino que probablemente lo sea más para explicar la forma en que los mexicanos han conservado un sentido de unidad y orden político. Este patrón también sugiere otro elemento en la centralización de la política mexicana.

Lo que hace a estas fuentes muy importantes para comprender el liderazgo político de México y la estructura de su sistema político es la estrecha relación entre los reclutadores y quienes son parte de las fuentes de socialización.

En última instancia, debido a que la evidencia es contradictoria o incompleta en este momento, sólo podemos especular sobre el efecto que tendrán los patrones de aprendizaje y reclutamiento de los líderes políticos en el futuro de México. Sería justo concluir que se puede encontrar muy poco en los valores y opiniones que implique que los líderes del futuro cambiarán significativamente la estructura del sistema político o las políticas gubernamentales. Aun cuando tal cambio pudiera suceder, éste, probablemente, vendrá de una fuente diferente de opiniones políticas y de líderes reclutados fuera de la estructura tradicional de reclutamiento.

También podemos concluir que, el proceso de tecnocratización no es un factor exclusivo del Estado, sino un proceso general de la sociedad y el mundo. En la sociedad postindustrial el conocimiento técnico se ha convertido en fuente de poder y criterio para tomar decisiones y reclutar a la élite contemporánea tanto en las instituciones privadas como en las estatales. La tecnocracia es producto del desarrollo del mundo en sus distintos ámbitos y, a la vez, es reproductor de sus rasgos característicos.

El camino hacia la tecnocracia en México es resultado del proceso de modernización que ha venido viviendo el país, su origen está en el desarrollo y las transformaciones de la sociedad y el Estado en el transcurso de su historia. El arribo de los gobiernos posrevolucionarios y la política desarrollista aceleraron la modernización proponiendo gran

crecimiento económico, urbanización, industrialización, expansión de la clase media, etc., que por supuesto no hemos visto en concreto los mexicanos. sólo en los discursos, finalmente políticos.

Su paso hacia una sociedad globalizada ha transformado no sólo la organización económica y política, sino también la organización social de México. Al acceder a la modernidad aparecieron en nuestro país rasgos tecnocráticos, pero sus características particulares implicaron diferencias y particularidades distintas al mundo avanzado, lo que ha generado consecuencias graves para el desarrollo y crecimiento de nuestra nación.

Es importante precisar estas singularidades, pues muchas características que pudiesen atribuirse a rasgos tecnocráticos, en realidad tienen más explicación por las características del país y de su sistema político. No se debe olvidar que los supuestos de la teoría de la tecnocracia han sido elaborados pensando en Occidente.

En México, la preeminencia del Estado y el Ejecutivo tiene más vínculo con la naturaleza y la conformación del sistema político que con tendencias tecnocráticas -la tecnificación y racionalización de aparato gubernamental, el debilitamiento de los partidos políticos y la ideología tecnocrática-, aunque esta característica de la organización política nacional se ha convertido en un factor favorable para el surgimiento y el poder de la tecnocracia mexicana.

El predominio del Ejecutivo sobre el Legislativo, los partidos y demás agentes políticos no se debe a la presencia de un liderazgo tecnocrático, sino al presidencialismo, el

centralismo y a la importancia de la burocracia federal en el sistema político. La presidencia y su brazo ejecutor (burocracia federal) se convirtieron en el poder más influyente, que no único, dentro del Estado. Aún antes del nacimiento de la tecnocracia ya prevalecía esta configuración política de predominio del Ejecutivo, la tecnocracia mexicana consolida esa tendencia histórica.

En la medida que son más relevantes la especialización, la complejidad y la tecnificación en el diseño, la organización y la toma de decisiones en la política gubernamental; el liderazgo y la estructura tecnocrática han aumentado su importancia en el Estado mexicano.

Sin embargo, el ámbito administrativo del Estado aún sufre de amplias carencias de racionalidad, tecnificación y eficiencia. Asimismo, está lleno de grandes facultades discrecionales y eventualidades políticas donde se desenvuelve el técnico.

Ante este tipo de administración del Estado y de prácticas políticas, el técnico mexicano termina por politizarse en mayor proporción que su homólogo "del norte", el cual tiene un ámbito menos politizado y más racional que el de México. Estas peculiaridades confieren características distintivas a la tecnocracia de nuestro país. Sobresalen dos factores, estrechamente vinculados entre sí, que son causa y consecuencia de la politización del técnico: la falta de un servicio civil de carrera (que por más buenos intentos no termina por integrarse) y el relativamente, y una de ellas puede ser mostrar que pasa ahí dentro para poder comprender "fácil" acceso de los técnicos a los puestos de la élite política nacional.

Sin embargo, en México no hay un servicio civil que forme el personal administrativo y regule su formación profesional, reclutamiento, ascenso y estabilidad en el sector público. Este hecho, entre otros, origina que la carrera del técnico sea similar a la de los dirigentes políticos: existe discrecionalidad y politización en su reclutamiento, ascenso, permanencia en el gobierno y trayectoria profesional.

Esto no significa que los técnicos tengan experiencia y trayectoria dentro de algún partido político. Para ellos, su carrera y ascenso los realizan dentro de la burocracia federal y en los organismos administrativos y técnicos del gobierno.

En general, los miembros de la élite política han realizado su trayectoria principalmente en la burocracia federal y su participación partidista y electoral es marginal. Sin embargo, no significa que los técnicos no hagan actividades políticas fuera de la organización burocrática. Los técnicos forman agrupaciones de profesionales que operan como canales de comunicación entre ellos. Estos organismos tienen un carácter político, su función no se reduce al intercambio, actualización y proyectos profesionales intelectualmente hablando; pues son canales informales que permiten establecer nexos y alianzas que utilizan en sus actividades dentro del sector público como son el reclutamiento de personal, la obtención de información oficial y prebendas.

Los técnicos, en general, poseen un perfil socioeconómico, educativo y una trayectoria profesional con notables similitudes a la élite política nacional y son parte del cuerpo de administradores del Estado que se distinguen por su preparación técnica y especializada. Estas dos características le facilitan su ingreso a la élite política, pues el tipo



de liderazgo del sistema no necesita reclutar personal cuyas principales habilidades y experiencias estén en las actividades electorales y en las organizaciones políticas de masas. El sistema más bien confía en el personal con formación en el ámbito burocrático del Ejecutivo nacional, que es el hábitat de los técnicos.

En México, los tecnócratas han logrado convertirse en piezas influyentes dentro del Estado. Sobresalen tres causas:

- 1) ante la complejidad, especialización y tecnificación del aparato gubernamental, el sector financiero ha creado una de la más influyentes y poderosas tecnoestructuras estatales, que es un feudo de poder de los tecnócratas y en especial de los economistas.
- 2) el número de egresados con alto nivel de especialidad ha crecido relativamente.
- 3) los tecnócratas como gremio han ampliado constantemente su participación en la formación del personal político. En el gobierno de Miguel Alemán 3.4% de los líderes políticos eran tecnócratas (Hernández, 1985).

El Estado mexicano es un agente socializador fundamental para los funcionarios, su importancia, de hecho, inicia desde antes de su ingreso al aparato gubernamental, pues en México el Estado ejerce un papel protagónico en la socialización de los ciudadanos y, en general, en la conformación de la cultura política con sus valores, creencias, mitos y reglas del juego político. Para los funcionarios, la influencia estatal es mayor, pues tienden a asimilar las creencias y valores estatales dominantes y manifestarlas en actitudes reproducidas o avaladas por el liderazgo político en turno con la finalidad, podríamos asegurar, de mantener su cargo en los altos niveles de dirección nacional.

La misma cultura del personal político ha valorado el pragmatismo y la capacidad de negociación a base del respeto a sus reglas y sus creencias políticas: las cuales al estar inmersas en una cultura política nacional autoritaria –que establece la supremacía de la Presidencia- se deben ir regulando en torno a la institución presidencial.

Así, esa visión compartida, se convierte en un control estatal hacia los funcionarios y, en muchos casos, es un autocontrol del funcionario: pues muchos -aunque en privado tengan opiniones divergentes a la propuesta estatal- no desafían los valores estatales en público, al menos oficialmente los aceptan, incluso cuando no los comparten pues ello significaría descender en la escala de poder.

La constante complejidad y especialización de la gestión gubernamental es inevitable, por ello creemos fehacientemente que el futuro será favorable para la técnica y para sus amos: *los tecnócratas*.

Sin embargo, los tecnócratas no pueden gobernar prescindiendo de la política, si pretenden olvidarla ella los educará: al acceder al poder inician su capacitación política y, como vimos, el poder político se convierte en una auténtica socialización. Pero no se trata que los tecnócratas después de ocupar un cargo en la élite política se conviertan en políticos, sino que sean los políticos quienes ocupen los puestos dirigentes en el Estado, pues sólo la práctica política educa para la acción política.

## CONCLUSIONES

En esta conclusión a manera de reflexión queremos destacar la opinión de Graciela Mota Botello (1999) sobre la psicología política, cuando señala que ésta "es una disciplina "frontera" del conocimiento, que reitera las preguntas sobre el origen de occidente, y en lo particular, del sentido aristotélico de la política", ya que fue dentro de esta vertiente que decidimos insertar nuestra investigación, a razón de que nos ofreció una frontera muy amplia de vinculación con otras áreas del conocimiento involucradas, en gran medida, con la psicología en general por tratarse de temas que competen al hombre en todas sus direcciones y tiempos.

El hecho de delimitar a la psicología política nos permite ubicarla en un área de estudio como son las ciencias sociales, porque es dentro de ellas que se construyen las propuestas sobre las formas de organización, las relaciones políticas y comerciales del hombre, a partir de la relación de los ámbitos propios de la psicología y la política (Mota, 1999).

Además, el aplicar los procesos psicosociales al estudio de los fenómenos políticos "constituye todo un reto por dimensionar la fuerza de una mirada interdisciplinaria, a la vez que de una aprehensión de las innovaciones del comportamiento y la acción política, centradas en los siguientes tres aspectos:

- 1) Participar en la construcción del destino común a partir de una interacción vigente de la memoria colectiva.

- 2) Dimensionar los límites de la relación entre el Estado y la sociedad, a través de incorporar el papel de los escenarios de participación, junto a los espacios de reorganización de la vida social y mental.
- 3) Definir lo político como espacio colectivo de las diferentes formas de participación pública, así como el conjunto de capacidades y potencialidades que los actores sociales sean capaces de desarrollar, para conceptualizar y protagonizar el sentido de la utopía.”(Mota, 1999)

Fue este interés por participar en la construcción de un destino común que quisimos relacionar al Estado y a la sociedad, leyendo el resultado de este trabajo como la socialización en el poder, y por que no, para el poder. Compartir esta información con otras personas, y principalmente, con nuestros compañeros fue nuestro principal motivador. Describir de forma histórica y psicológica como el poder es una necesidad intrínseca al hombre. Señalar que siempre que haya dos o más personas existirá el deseo de imponer la propia voluntad, de obtener el poder en esa relación humana. Algo que también podemos observar en la naturaleza: la relación depredador-presa. En dicha relación solamente los que se mantienen en forma, los más fuertes, los más rápidos sobreviven. Es a lo que nos referimos los psicólogos como “Darwinismo Social”, por lo tanto, reiteramos que el deseo de poder es inmutable al tiempo.

Pero un punto, de primordial importancia para esta investigación fue el interés por compartir las evidencias de que nadie se encuentra exento del deseo de poder, que en palabras de Hobbes: “...sólo cesa con la muerte”, y sobretodo mostrar las transformaciones que se experimentan al buscarlo dentro de la vida política en México. Además de señalar las

transformaciones que en este rubro se han vivido y remarcar que más allá de los simples *compadrazgos* la política nacional se ha modificado y desde hace algunos años, las reglas del juego político se han modificado por lo que se requiere algo más integrarse a él: socializar en el poder y por el poder.

Por eso señalamos que los líderes políticos mexicanos han sido influidos por muchas fuentes de socialización política. Además, el grado de influencia que cada fuente ha tenido varía de un individuo a otro. No obstante, a pesar de la diversidad e intensidad de la fuente, hay ciertos patrones comunes que se encuentran en los antecedentes de estos individuos: la familia, los amigos, los profesores y las instituciones académicas de procedencia.

Cuando, por ejemplo, un individuo utiliza "para el bien del público" como una razón por la cual escogió su carrera política, en vez de "fue la mejor oportunidad que tuve de obtener fortuna y fama", esto no significa que la primera afirmación sea totalmente falsa, sino que pudo haber sido una racionalización muy importante de la segunda razón. Si la racionalización se vuelve la causa en la mente de un individuo, entonces esto también es importante.

El conocimiento de las experiencias de socialización de los líderes políticos es importante por varias razones. Primero, como dijo Keneth Prewitt (1970): "Una persona, ya sea que se le socialice o se le movilice hacia la política, que ingresa al estrato activo, se ve influida por un conjunto de experiencias diferenciables o identificables. Al establecer lo que son estas experiencias, podemos avanzar un paso en la explicación del proceso que separa a los ciudadanos en general de los pocos que gobiernan". El saber cómo la gente socializa para

convertirse en líderes es sólo un aspecto importante de este conocimiento. De igual valor es que nos pueda proporcionar una idea de la razón por la cual la propia estructura política ha evolucionado en cierta dirección particular.

Lo que es más, saber algo acerca los valores de los líderes políticos y de sus patrones de reclutamiento en México, tiene ciertas implicaciones para el cambio. Como concluye Putnam (1976): "Si las generaciones de los líderes políticos ingresan y salen rápidamente del estrado político, la cultura colectiva de la *élite* debiera responder rápidamente al cambio social. Si, por otra parte, una generación dada de líderes monopolizara los puestos de poder durante un periodo largo, el retraso entre el cambio social y el cambio de actitud será mayor."

Si bien algunos estudios sugieren que algunas generaciones de líderes políticos en México son reemplazadas después de un periodo corto en los cargos públicos (Smith, 1981) en vez de ocupar los puestos gubernamentales, como era típico en el gobierno de Porfirio Díaz, los líderes políticos mexicanos han ido más allá controlando el proceso de reclutamiento, y lo que es más importante, una gran parte del proceso de socialización a través de sus papeles como padres y profesores de los futuros líderes. Es crucial entender este papel para conocer cómo opera el sistema político mexicano y la razón por la cual ha seguido su desarrollo peculiar.

La educación es un factor común a muchas figuras públicas, pues sólo fortaleció el sentido de unidad que ya existía. Nuevamente, esto no indica que los individuos estaban de acuerdo sobre la ideología como resultado de estas experiencias; más bien, desarrollaron gradualmente una cultura de *élite*, caracterizada por ciertas reglas o creencias no es escritas.

Uno de estos patrones culturales informales es lo que Rupert Wilkinson (1964) llama modales políticos: "El propósito de los modales es subordinar los impulsos egoístas y estandarizar el comportamiento externo, dando énfasis a la moderación y cortesía. Los modales políticos crean un medio común de comunicación entre grupos con diferentes intereses y tiende a hacer del compromiso un bien en sí mismo. Una desventaja de conceder gran importancia a los modales políticos es que pueden propiciar la hipocresía y ocultar el conflicto de la vista del público, cubriéndolo con un velo de armonía oficial. Los asuntos que debieran resolverse, son relegados a los comités políticos. Por otra parte, los modales políticos sí facilitan una transición sin problemas entre los gobiernos elegidos, así como los cambios en el liderato de los partidos: la ética del 'juego limpio' y 'el buen perdedor'".

Si las referencias a los comités y partidos se cambiaran a la de liderato personal, o de camarilla, esta descripción podría haber sido muy fácilmente aplicada para los políticos mexicanos. Los líderes políticos en México, independientemente de la facción personal o ideológica a que pertenezcan dentro de la familia oficial, han demostrado su habilidad para comunicarse entre sí y llevar a cabo la transición de una administración a la siguiente, aún en los casos en que había una fuerte oposición al precandidato elegido.

Este patrón cultural, tiene implicaciones muy importantes para el sistema político mexicano. No sólo implica algunas reglas básicas que deben aceptar los participantes si quieren seguir en el juego, sino que, estas puedan influir el contenido del proceso político. Vélez (1975) señala que, "en la base de este proceso, se encuentran una serie de creencias, valores y procedimientos que estipulan que el mismo es una cosa buena, que satisface las expectativas del que participa y que es la forma de hacer las cosas. En este sentido muy

limitado, estas ideas compartidas son superorgánicas pues definen la propia substancia de los procesos que están contenidos en los eventos de la cultura política mexicana”.

También es altamente probable que la experiencia de socialización común, la relación entre los reclutadores y los socializadores, y la naturaleza cerrada del sistema político mexicano, hayan colaborado para perpetuar creencias y patrones de conducta similares. Los líderes políticos de México han creado un ambiente de apoyo al aceptar las normas informales del comportamiento político y desempeñan un papel importante en la socialización de los nuevos reclutas políticos.

Otra conclusión importante de este estudio es que los líderes políticos mexicanos, ya sea que se estudie cómo desarrollaron su interés en la política, cómo iniciaron su participación en la misma, o cómo se les socializó políticamente llegaron a ocupar su lugar por medio de un sistema de alianzas estratégicas dentro de su propio grupo o “camarilla”, donde el movimiento por impulsar a un líder hizo girar toda la maquinaria lo suficientemente fuerte en una dirección para que todos sus integrantes llegaran a ocupar cargos públicos de relevancia en el sistema político mexicano, con lo que también concluimos que las amistades más allá que necesarias para ascender en la escala política en México son indispensables. Aun cuando los estudios de socialización de otros líderes políticos sean pocos, en base a los ya existentes se encuentran patrones similares que caracterizan a todas las élites políticas. Por ejemplo, un gran número de los miembros de las *élites* políticas, se interesaron en los asuntos políticos a temprana edad. Pero en una cultura como la mexicana, donde la política es una vocación de tiempo completo y el sistema político es competitivo sólo en un sentido interno, la participación en las actividades políticas deben empezar en la juventud. En México, para que



una carrera política tenga éxito, es esencial que se tenga contacto, desde muy temprana edad, con los funcionarios públicos ya sean maestros, administradores o líderes de partido.

Esto se debe a la estructura política y social de México, donde pocas personas tienen acceso a la educación (y en particular a una educación de niveles de posgrado), donde existen pocas buenas universidades que permiten a la mayoría recibir una educación superior de calidad con la garantía de ofrecer la movilidad social necesaria para generar futuros líderes políticos con mayor calidad y eficiencia.

Por último, los profesores que han sido funcionarios públicos son, en gran parte, los responsables del reclutamiento de líderes políticos. Estos, educados en el sistema político mexicano, con frecuencia han servido como modelos a imitar por las nuevas generaciones.

Una conclusión de igual importancia a la de las similitudes en ciertos patrones de socialización de la *élite* es que debido a que los maestros mexicanos son personajes muy importantes en el reclutamiento y socialización de los líderes políticos mexicanos, que a su vez siguen sus pasos, gran parte del proceso de socialización se limita a un grupo de hombres pequeño y homogéneo en muchos aspectos.

Este patrón establecido en México no solamente es importante para la comprensión del proceso de reclutamiento, sino que probablemente lo sea más para explicar la forma en que los mexicanos han conservado un sentido de unidad y orden político. Este patrón también sugiere otro elemento en la centralización de la política mexicana.

Lo que hace a estas fuentes muy importantes para comprender el liderato político de México y la estructura de su sistema político es la estrecha relación entre los reclutadores y quienes son parte de las fuentes de socialización.

En última instancia, debido a que la evidencia es contradictoria o incompleta en este momento, sólo podemos especular sobre el efecto que tendrán los patrones de aprendizaje y reclutamiento de los líderes políticos en el futuro de México. Sería justo concluir que se puede encontrar muy poco en los valores y opiniones que implique que los líderes del futuro cambiarán significativamente la estructura del sistema político o las políticas gubernamentales. Aun cuando tal cambio pudiera suceder, éste, probablemente, vendrá de una fuente diferente de opiniones políticas y de líderes reclutados fuera de la estructura tradicional de reclutamiento.

También podemos concluir que, el proceso de tecnocratización no es un factor exclusivo del Estado, sino un proceso general de la sociedad y el mundo. En la sociedad postindustrial el conocimiento técnico se ha convertido en fuente de poder y criterio para tomar decisiones y reclutar a la élite contemporánea tanto en las instituciones privadas como en las estatales. La tecnocracia es producto del desarrollo del mundo en sus distintos ámbitos y, a la vez, es reproductor de sus rasgos característicos.

El camino hacia la tecnocracia en México es resultado del proceso de modernización que ha venido viviendo el país, su origen está en el desarrollo y las transformaciones de la sociedad y el Estado en el transcurso de su historia. El arribo de los gobiernos posrevolucionarios y la política desarrollista aceleraron la modernización proponiendo gran

crecimiento económico, urbanización, industrialización, expansión de la clase media, etc., que por supuesto no hemos visto en concreto los mexicanos, sólo en los discursos, finalmente políticos.

Su paso hacia una sociedad globalizada ha transformado no sólo la organización económica y política, sino también la organización social de México. Al acceder a la modernidad aparecieron en nuestro país rasgos tecnocráticos, pero sus características particulares implicaron diferencias y particularidades distintas al mundo avanzado, lo que ha generado consecuencias graves para el desarrollo y crecimiento de nuestra nación.

Es importante precisar estas singularidades, pues muchas características que pudiesen atribuirse a rasgos tecnocráticos, en realidad tienen más explicación por las características del país y de su sistema político. No se debe olvidar que los supuestos de la teoría de la tecnocracia han sido elaborados pensando en Occidente.

En México, la preeminencia del Estado y el Ejecutivo tiene más vínculo con la naturaleza y la conformación del sistema político que con tendencias tecnocráticas -la tecnificación y racionalización de aparato gubernamental, el debilitamiento de los partidos políticos y la ideología tecnocrática-, aunque esta característica de la organización política nacional se ha convertido en un factor favorable para el surgimiento y el poder de la tecnocracia mexicana.

El predominio del Ejecutivo sobre el Legislativo, los partidos y demás agentes políticos no se debe a la presencia de un liderazgo tecnocrático, sino al presidencialismo, el

centralismo y a la importancia de la burocracia federal en el sistema político. La presidencia y su brazo ejecutor (burocracia federal) se convirtieron en el poder más influyente, que no único, dentro del Estado. Aún antes del nacimiento de la tecnocracia ya prevalecía esta configuración política de predominio del Ejecutivo, la tecnocracia mexicana consolida esa tendencia histórica.

En la medida que son más relevantes la especialización, la complejidad y la tecnificación en el diseño, la organización y la toma de decisiones en la política gubernamental; el liderazgo y la estructura tecnocrática han aumentado su importancia en el Estado mexicano.

Sin embargo, el ámbito administrativo del Estado aún sufre de amplias carencias de racionalidad, tecnificación y eficiencia. Asimismo, está lleno de grandes facultades discrecionales y eventualidades políticas donde se desenvuelve el técnico.

Ante este tipo de administración del Estado y de prácticas políticas, el técnico mexicano termina por politizarse en mayor proporción que su homólogo "del norte", el cual tiene un ámbito menos politizado y más racional que el de México. Estas peculiaridades confieren características distintivas a la tecnocracia de nuestro país. Sobresalen dos factores, estrechamente vinculados entre sí, que son causa y consecuencia de la politización del técnico: la falta de un servicio civil de carrera (que por más buenos intentos no termina por integrarse) y el relativamente ), y una de ellas puede ser mostrar que pasa ahí dentro para poder comprender "fácil" acceso de los técnicos a los puestos de la élite política nacional.

Sin embargo, en México no hay un servicio civil que forme el personal administrativo y regule su formación profesional, reclutamiento, ascenso y estabilidad en el sector público. Este hecho, entre otros, origina que la carrera del técnico sea similar a la de los dirigentes políticos: existe discrecionalidad y politización en su reclutamiento, ascenso, permanencia en el gobierno y trayectoria profesional.

Esto no significa que los técnicos tengan experiencia y trayectoria dentro de algún partido político. Para ellos, su carrera y ascenso los realizan dentro de la burocracia federal y en los organismos administrativos y técnicos del gobierno.

En general, los miembros de la élite política han realizado su trayectoria principalmente en la burocracia federal y su participación partidista y electoral es marginal. Sin embargo, no significa que los técnicos no hagan actividades políticas fuera de la organización burocrática. Los técnicos forman agrupaciones de profesionales que operan como canales de comunicación entre ellos. Estos organismos tienen un carácter político, su función no se reduce al intercambio, actualización y proyectos profesionales intelectualmente hablando; pues son canales informales que permiten establecer nexos y alianzas que utilizan en sus actividades dentro del sector público como son el reclutamiento de personal, la obtención de información oficial y prebendas.

Los técnicos, en general, poseen un perfil socioeconómico, educativo y una trayectoria profesional con notables similitudes a la élite política nacional y son parte del cuerpo de administradores del Estado que se distinguen por su preparación técnica y especializada. Estas dos características le facilitan su ingreso a la élite política, pues el tipo

de liderazgo del sistema no necesita reclutar personal cuyas principales habilidades y experiencias estén en las actividades electorales y en las organizaciones políticas de masas. El sistema más bien confía en el personal con formación en el ámbito burocrático del Ejecutivo nacional, que es el hábitat de los técnicos.

En México, los tecnócratas han logrado convertirse en piezas influyentes dentro del Estado. Sobresalen tres causas:

- 1) ante la complejidad, especialización y tecnificación del aparato gubernamental, el sector financiero ha creado una de la más influyentes y poderosas tecnoestructuras estatales, que es un feudo de poder de los tecnócratas y en especial de los economistas.
- 2) el número de egresados con alto nivel de especialidad ha crecido relativamente.
- 3) los tecnócratas como gremio han ampliado constantemente su participación en la formación del personal político. En el gobierno de Miguel Alemán 3.4% de los líderes políticos eran tecnócratas (Hernández, 1985).

El Estado mexicano es un agente socializador fundamental para los funcionarios, su importancia, de hecho, inicia desde antes de su ingreso al aparato gubernamental, pues en México el Estado ejerce un papel protagónico en la socialización de los ciudadanos y, en general, en la conformación de la cultura política con sus valores, creencias, mitos y reglas del juego político. Para los funcionarios, la influencia estatal es mayor, pues tienden a asimilar las creencias y valores estatales dominantes y manifestarlas en actitudes reproducidas o avaladas por el liderazgo político en turno con la finalidad, podríamos asegurar, de mantener su cargo en los altos niveles de dirección nacional.

La misma cultura del personal político ha valorado el pragmatismo y la capacidad de negociación a base del respeto a sus reglas y sus creencias políticas; las cuales al estar inmersas en una cultura política nacional autoritaria –que establece la supremacía de la Presidencia- se deben ir regulando en torno a la institución presidencial.

Así, esa visión compartida, se convierte en un control estatal hacia los funcionarios y, en muchos casos, es un autocontrol del funcionario; pues muchos -aunque en privado tengan opiniones divergentes a la propuesta estatal- no desafían los valores estatales en público, al menos oficialmente los aceptan, incluso cuando no los comparten pues ello significaría descender en la escala de poder.

La constante complejidad y especialización de la gestión gubernamental es inevitable, por ello creemos fehacientemente que el futuro será favorable para la técnica y para sus amos: *los tecnócratas*.

Sin embargo, los tecnócratas no pueden gobernar prescindiendo de la política, si pretenden olvidarla ella los educará: al acceder al poder inician su capacitación política y, como vimos, el poder político se convierte en una auténtica socialización. Pero no se trata que los tecnócratas después de ocupar un cargo en la élite política se conviertan en políticos, sino que sean los políticos quienes ocupen los puestos dirigentes en el Estado, pues sólo la práctica política educa para la acción política.

## FUENTES

1. Adelson, J., B. Green y R. O'Neil. (1969) *Growth of the Idea of Law in Adolescence. Development Psychology*. Vol.1, No.4, pp.327-332.
2. Almond, G. A. y S. Verba. (1965) *Civil Culture. (An analytic Study: Political Attitudes and Democracy in five Nations.)* Boston: Little, Brown and Company.
3. Álvaro, José Luis. (1996) *Psicología Social Aplicada*. México: McGraw-Hill.
4. Aron, R. (1967) *Las etapas del pensamiento sociológico*. París: Gallimard.
5. Asch, S. E. (1964) *Psicología Social*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
6. Aubrey, John. (1957) *Brief Lives*. Ann Arbor: Michigan Univ. Press.
7. Barney-Barry, C. (1985) *Psychological perspectives on politics*. Nueva Jersey: Prentice-Hall.
8. Bell, Daniel. (1973) *The coming of Post-industrial society: a Venture in social Forecasting*. New York: Basic Books.
9. Bendix, Reinhard. (1960) *Max Weber: An Intellectual Portrait*. Garden City, New York: Doubleday.
10. Bernal, H. J. (1982) *Familias, política y parentesco*. México: Fondo de Cultura Económica.
11. Brown, R. (1972) *Psicología Social*. México: Siglo XXI Editores.
12. Caldeira, G. A. y F. L. Greenstein. (1978) *Partisan Orientation and Political socialization in Britain, France and the United States*. *Political Science Quarterly*. Vol.3, No.1, Spring.
13. Castañeda, Jorge G. (1999) *La Herencia: arqueología de la sucesión presidencial*. México: Extra-Alfaguara.



14. Chabod, Federico. (1958) *Machiavelli and the Renaissance: Essays*. London: Bowes.  
(Publicado originalmente en italiano)
15. Chaffe, S. H., Ward, L. S. Y L.P. Tipton. (1973) *Mass Communication and Political Socialization. Journalism Quarterly*. Vol.47, pp.647-659. En: Dennis, J. (1973) *Socialization to Politics: A Reader*. New York: John Wiley & Sons.
16. Clawson, R. W. (1973) *Political Socialization of Children in the USSR*. *Political Science Quarterly*. Vol.88, No.4, December.
17. Conger y Kagan (1982) "Power, Expertise and the 'Tecnico': Suggestions forms a Mexican Case Study", *The Journal of Politics*, Núm. 2, Mayo.
18. Conway, M. M., M.L. Wyckoff, E. Feldbaum, y D. Ahern. (1981) *The News Media in Children's Political Socialization*. *Public Opinion Quarterly*. Vol.45, pp.164-178.
19. Cot, J.P. y J.P. Mounier. (1978) *Sociología Política*. Barcelona: Editorial Blume.
20. Cottier, Jean-Louis. (1962) *Tecnocracia: nuevo poder*. Barcelona: Estela.
21. Crozier, Michel. (1963) *El Fenómeno Burocrático*. (Publicado originalmente con el título: Le phénomène bureaucratique.) Chicago: Univ. of Chicago Press.
22. Cosío Villegas, Daniel (1972) *El sistema político mexicano: las posibilidades de cambio*. México: Cuadernos de Joaquín Mortiz.
23. Dawson, J. L. M. B. (1979) "El proceso de convertirse en ser humano". En: Whittaker, J.O. (1979) *La Psicología Social en el Mundo de Hoy*. México: Editorial Trillas.
24. Dawson, R. E., Prewitt K. y L. S. Dawson. (1979) *Political Socialization*. Boston: Little, Brown and Company.
25. Deutsch, M. (1983) ¿Qué es la Psicología Política? *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 2, 239-256.

26. Déhan, N., A. Percheron, y M. Barthélemy-Thomas. (1980) *La démocratie à l'école*. Rev. Franc. Sociol. XXI, pp.379-407.
27. Dennis, J. (1968) "Majors Problems of Political Socialization Research". *Midwest Journal of Political Science*. Vol.12, No.1, pp.85-114. En: Dennis, J. (1973) *Socialization to Politics: A Reader*. New York: John Wiley & Sons.
28. Díaz Guerrero, Rogelio. (1975) *Psicología del Mexicano*. México: Trillas.
29. Dowse, R. E. Y J. A. Hughes. (1975) *Sociología Política*. Madrid: Alianza Editorial.
30. Edelstein, S. N. (1970) "Patron-Client Relations as a Model of Structuring Social Exchange", *Society for Comparative Study of Society and History*, núm.1, enero.
31. Eccles, J., T. F. Adler, y C. M. Kaczala. (1982) *Socialization of achievement, attitudes and beliefs, parental influences*. *Child Development*. No.53. pp.310-321.
32. Elkind, F. (1982) *El Niño y la Sociedad*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
33. Eulau, D. (1962) *El niño y la realidad. Tres aspectos del desarrollo*. Barcelona: Editorial Paidós.
34. Fagen, D. y Tuohy, Williams (1972) "El centralismo y el comportamiento de la élite política en México", *Revista de Política y Administración*, núm. 1. enero-abril.
35. Friedrich, Carl J. (1963) *Man and His Government: An Empirical Theory of Politics*. New York: McGraw-Hill.
36. Furth, H. G., M. Baur y J.E. Smith (1976) *Children's Conception of Social Institutions: A Piagetian Framework*. *Hum. Dev.* No. 19. Pp.351-374.
37. Galbraith, John. (1968) *El nuevo estado industrial*. Barcelona: Ariel.
38. Gallatin, J. (1980) "Political Thinking in Adolescence". En: Adelson, J. (1980) *Hand Book of Adolescent Psychology*. New York: John Wiley & Sons.

39. Garcia-Pelayo, Manuel. (1981) *Burocracia, Tecnocracia y otros escritos*. Madrid: Alianza Universidad.
40. Gilbert, Allan H. (1938) *Machiavelli's "Prince" and its Forerunners: The Prince as a typical book of Regime Principum*. Durham, N.C.: Duke Univ. Press.
41. Greenstein, F. L. (1965) *Children and Politics*. New Haven: Yale University Press.
42. Grindle, Merilee Serril. (1977) *Bureaucrats, politicians and peasants in Mexico: a case study in public policy*. Berkeley California: Univ. of California Press.
43. Goldsmith, M. M. (1966) *The Political Philosophy of Hobbes: The Rationale of the Sovereign State*. New York: Columbia Univ. Press.
44. Gouldner, Alvin W. (1976) *Dialectic of ideology and technology: The origins, grammar and future of ideology*. New York: Seabury Press.
45. Guy, Beveniste. (1972) *The politics of expertise*. Berkeley California: The Glendssery Press.
46. Habermas, Jürgen. (1986) *Ciencia y técnica como "ideología"*. Madrid: Tecnos.
47. Hernández Rodríguez, Rogelio. (1985) *Formación y trayectoria de los Secretarios de Estado en México, 1946-1982*. México: FLACSO.
48. Hess, R. D., y D. Easton. (1960) *The Child's Changing Image of the President*. Public Opinion Quarterly. Vol.24. pp.632-644.
49. Hess, R. D. Y D. Easton. (1962) *The Role of the Elementary School in Political Socialization*. The School Review. Vol.70. pp.257-265.
50. Hess, R. Y J. V. Torney. (1967) *The Development of Political Attitudes in Children*. Chicago: Aldine Publishing Company.

51. Hobbes, Thomas. (1984) (Trad.) *Leviatán, la materia, forma y poder de una república, eclesiástica y civil*. (Traducción de Manuel Sánchez Sarto). México: Fondo de Cultura Económica.
52. Himmelweit, h. T., P. Humphreys, M. Jaeger y M. Katz. (1981) *How Voters Decide. A longitudinal study of political attitudes and voting extending over fifteen years*, London: Academic Press.
53. Hyman, h. H. (1959) *Political Socialization. A Study in the Psychology Methods*. New York: The Free Press.
54. Iyengar, S. (1993) *An overview of the field of Political Psychology*. En Iyengar y w.J. McGuire (Eds.) *Cfr. Infra*, 3-8.
55. Jaros, D.(1973) *The Political Character of Adolescence. The Influence of Families and School*. New Jersey: Princenton University Press.
56. Jennings (1968) *The Transmission of Political Values from Parent to Child*. American Political Science Review, Vol. 62.
57. Jennings y Niemi (1974) *Socialization to Politics: A Reader*. New York: John Wiley & Sons.
58. Laird, John. (1934) *Hobbes*. London: Benn.
59. Lane, R. (1959) *Political Man*. Nueva York: Free Press.
60. Langton, K. P. y Jennings, M. K. (1968) Political Socialization and the High-School Civics Curriculum in the United States. *American Political Science Review*, Vol. 62
61. Langton, K. P. (1967) The Development of the conception of Economic Inequality. I. Description and Comparisons of Rich and Poor People. *Child Development*, No. 52.
62. Laswell, Harold D. Y Kaplan, Abraham. (1950) *Power and Society: a Framework for Political Inquiry*. New Haven: Yale Univ. Press.

63. Lazarsfeld, Paul L. y Thielens, K. M. (1958) *Friendship as social Process: A Substantive and Methodological Analysis*. Nueva York: Octagon Books Inc.
64. Levin, M. L. (1961) Social Climates and Political Socialization. *Public Opinion Quarterly*, No.23.
65. Lipset, Seymour Martin. (1977) *El hombre político: las bases sociales de la política*. Buenos Aires: EUDEBA.
66. Litt, E. (1963) Civil Education, Community Norms, and Political Indoctrination. *American Sociological Review*, Vol. 28.
67. Maquiavelo, Nicolás. (1997) (Trad.) *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. (Traducción de Álvaro Martínez) México: Alianza.
68. Maquiavelo, Nicolás. (1997) (Trad.) *El Príncipe*. (Traducción de Miguel Domínguez) México: Alianza.
69. Meynaud, Jean. (1968) (Trad.) *La tecnocracia: ¿mito o realidad?*. (Traducción de José Blasco.) Madrid: Tecnos.
70. Montero, Maritza; Sabucedo, José Manuel; Ferreira Nuño Lidia y Sanders Betty (Comps.); Mota Botello, Graciela A. (Coord.) (1999) *Psicología Política del Nuevo Siglo: una ventana a la ciudadanía*. México: Universidad Veracruzana.
71. Mussen, R. Conger, L. y Kagan, A. (1982) Friends of Friends. *Networks, Manipulations and Coalitions*. Oxford: Basil Blackwell.
72. Parsons, Talcott. (1947) (Trad.) "Introduction". En Max Weber. *The Theory of social and Economic Organization*. (Traducción y edición preparada por A.M. Henderson y Talcott Parsons). New York: Free Press.

73. Padioleau, J. G. (1976) La Formation de la Pensée Politique: développement longitudinal et déterminanis socio-cultureles. *Revue Francaise de Sociologie*. Vol.XVII.
74. Percheron, A. (1971) La Conception de L'Autorité Chez les Enfants Francais. *Revue Francaise des Sciences Politiques*. Vol. XXI.
75. ----- (1974) L'universe politique des enfants. Paris: Fondation Nationale des Sciences Politiques.
76. ----- (1978) La socialización política de los niños. En: Huisman, D. (Dirección). *Psicologia Social*. Barcelona: Plaza y Janes.
77. ----- (1980) L'élection de Président et les enfants. *Pouvoirs*. No.14.
78. Piaget, J. (1964) *Psicologia de la Inteligencia*. Buenos Aires: Editorial Psique.
79. ----- (1969b) *Biologia y Conocimiento*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
80. ----- (1973a) *El Lenguaje y el Pensamiento en el Niño*. Buenos Aires: Editorial Guadalupe.
81. ----- (1974a) *El Juicio y el Razonamiento en el Niño*. Estudio sobre la lógica del niño (I). Buenos Aires: Editorial Guadalupe.
82. ----- (1974b) *El Criterio Moral en el Niño*. Barcelona: Editorial Fontanella.
83. ----- (1975) *La representación del mundo en el niño*. Madrid: Ediciones Morata.
84. ----- (1977) *Estudios Sociológicos*. Barcelona: Editorial Ariel.
85. Predvechni, G.P., Kon I.S., Platanov, K.K. y otros (1977) *Psicologia Social*. Buenos Aires: Ediciones Ciencias del Hombre.
86. Prewitt, K. (1970) La tecnocracia en México: ni embrión ni garantía de profesionalismo. *Revista Mexicana de Sociologia*. Vol. 45, Núm. 3, julio-septiembre.
87. Prewitt, K. et.al. (1967) Poder político y clases sociales. (21ª edición) México: Siglo XXI.

88. Prieto, M. (1968) *La clase política*. México: Fondo de Cultura Económica.
89. Putman, R. (1976) "Elite transformation in advanced industrial societies: an empirical assessment of theory of technocracy", en *Comparative Political Studies*. Vol.10, Núm.3.
90. Raymond, Allen. (1983) *¿Qué es la tecnocracia?*. Madrid: Revista de Occidente.
91. Ridley, F. F. (1966) "French technocracy and comparative government", en *Political Studies*. (14) Febrero.
92. Ridolfi, Roberto (1963) *The Life of Niccolo Machiavelli*. Chicago: Chicago University Press. (Publicado originalmente en italiano).
93. Roig, C. y Billon-Grand, F. (1968) *La Socialisation Politique des Enfants*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
94. Rocher, G. (1979) *Introducción a la sociología general*. Barcelona: Editorial Herder.
95. Ronfeldt, David (1989) "Prospects for Elite Cohesión", en Wayne Cornelius et.al. (eds.), *Mexico's Alternative Political Futures*. San Diego: Center for US-Mexican Studies.
96. Sartori, Giovanni. (1984) *La política: lógica y método en las ciencias sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
97. Schwartz, Marc J. (1969) *Local-level Politics: Social and Cultural Perspectives*. Chicago: Aldine Publishing Co.
98. Scott, James C. (1965) "Corruption, Machine Politics and Political Change", *American Political Science Review*, diciembre.
99. Secord, M. y Backman, L. (1976) "The Study of Primary Group", en Daniel Lerner y Harold D. Laswell, *The Policy Sciences*. Stanford: Stanford University Press.
100. Segovia, Rafael. (1982) *La politización del niño mexicano*. México: El Colegio de México.

101. Smith, Peter N. (1981) *Los laberintos del poder: El reclutamiento de la élites políticas en México, 1900-1971*. México: El Colegio de México.
102. Stacey, B. G. (1982) Economic socialization in the pre-adult years. *British Journal of Social Psychology*. No.21.
103. Vélez, A. (1975) Las reformas sociales y la tecnocratización del estado mexicano, en *Revista Mexicana de Ciencia Política*, Vol.18 (nueva época), Núm. 70, octubre-diciembre.
104. Vernon, Raymond. (1983) *El político y el científico*. México: Premia.
105. Vigotsky, L.S. (1964) *Pensamiento y Lenguaje*. Buenos Aires: Editorial Lautaro.
106. Torney, J. V. y Hess, R. D. (1981) El desarrollo de actitudes políticas en los niños. En: G. S. Lesser. *La Psicología en la Práctica Educativa*. México: Trillas.
107. Weber Max (1974) (Trad.) *Economía y Sociedad*. (Traducción de Pedro Ramírez). México: Fondo de Cultura Económica.
108. White, E. (1969) Intelligence, individual differences, and learning an approach to political socialization. *The British Journal of Sociology*. Vol. XX, No.1, March.
109. Whitfield, John H. (1947) *Machiavelli*. Oxford: Blackwell.
110. Wilkinson R. (1964) *Small Groups and Political Behavior. A Study of Leadership*. Nueva Jersey: Pinceton University Press.